This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

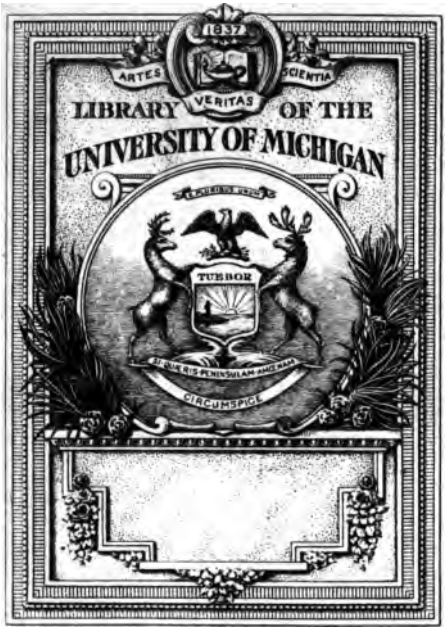
**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

Zn 107764

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



868
E66ar
1805

# LA
# ARAUCANA,
## DE
## DON ALONSO DE ERCILLA. y Zuñiga

*TOMO III.*

EN GOTHA,
POR STEUDEL Y KEIL,
1807.

Spanish collection
3-17-29
10215

# La Araucana.

## CANTO XXIV.

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada Turquesca con la huida de Ochali.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cánte la universal y gran jornada
En las Ausonias olas definida:
La sobervia Otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, o ſacras Muſas, vueſtra fuente,
Y dadme nuevo eſpíritu y aliento
Con eſtilo y lenguage conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir extenſa y claramente
Deſte naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que eſtan juntas a una
Debaxo deſte golpe de fortuna.

¿Quién baſtará á contar los esqüadrones,
Y el número copioſo de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Eſtandartes, enſeñas, y vanderas,
Las defenſas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios, e inſtrumentos,
Aparatos, diviſas, y ornamentos?

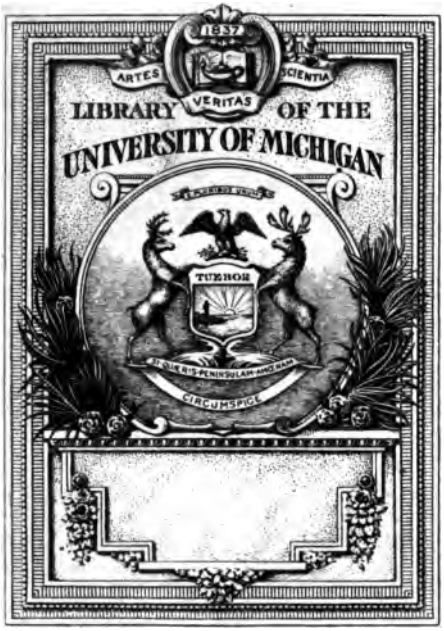
Ví Corvatos, Dalmacios, Esclavones,
Búlgaros, Albaneſes, Traſilvanos,
Tártaros, Tracios, Griegos, Macedones,
Turcos, Lidios, Armenios, Georgianos,
Sirios, Arabes, Licios, Licaones,
Numídas, Sarracenos, Africanos,
Genízaros, Sanjacos, Capitanes,
Chauces, Behelerbeyes, y Baxanes.

Ví allí tambien de la nacion de España
La flor de juventud y gallardia,
La nobleza de Italia y de Alemaña
Una audáz y bizarra compañia:
Todos ornados de riqueza eſtraña
Con animoſa mueſtra y lozania,
Y en las popas, carceſes, y trinquetes
Flámulas, vanderolas, gallardetes.

Aſí las dos armadas pues venian
En tal manera y orden navegando,
Que dos eſpeſos bosques parecian
Que poco á poco ſe iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la viſta desde lexos
Las agudas vislumbres y reflexos.

Por nueſtra armada al uno y otro lado
Una prèſta fragata discurria,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda preſencia y bizarria,
Un riquiſimo y fuerte pero armado
Con tanta autoridad, que parecia
En ſu dispoſicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del Dios Marte.

3 9015 07776764



Diciendo: ó valeroſa compañia,
Muralla de la Igleſia inexpugnable,
Llegada es la ocaſion, éſte es el dia,
Que dexais vueſtro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfia,
Y la invencible fuerza y fé inviolable
Moſtrad contra eſtos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vueſtras manos.

Que quien volver de aquí vivo deſea
Al patrio nido y caſa conocida,
Por medio deſa armada gente crea
Que ha de abrir con la eſpada la ſalida:
Aſí cada qual mire que pelea
Por ſu Dios, por ſu Rey, y por la vida,
Que no puede ſalvarla de otra ſuerte
Sinó es trayendo al enemigo a muerte

Mirad que del valor y espada vueſtra
Hoy el gran peſo y ſér del mundo pende,
Y entienda cada qual que eſtá en ſu dieſtra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apreſuremos la fortuna nueſtra,
Que la larga tardanza nos ofende:
Pues no eſtais de cumplir vueſtro deſeo,
Mas del poco de mar, que enmedio veo.

# LA
# ARAUCANA,
## DE
## DON ALONSO DE ERCILLA.

*TOMO III.*

EN GOTHA,
POR STEUDEL Y KEIL,
1807.

El valeroſo joven pues loando
Aquella voluntad aſegurada,
Con ſúbita preſteza el mar cortando
Atraveſó por medio de la armada:
De blanca eſpuma el raſtro levantando,
Qual luciente cometa arrebatada,
Quando veloz rompiendo el ayre eſpeſo
Le ſuele aſí dexar gran rato impreſo.

Aſíque brevemente habiendo pueſto
En orden las galeras y la gente,
A la ſuya Real ſe acoſtó preſto
Donde fue ſaludado alegremente:
Y ſeñalando á cada qual ſu pueſto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artilleria, y aliſtada
Iba la vuelta de la Turca armada.

Llevaba el cuerno de la dieſtra mano
El ſucetor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar mediterrano
Hará perpétua y célebre memoria:
Y Aguſtin Barbarigo Veneciano,
Proveedor de la armada Senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la ſinieſtra
Con orden no menor y bella mueſtra.

Pues los cuernos igüales y ordenados
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino:
La del Papa y Venecia á los coſtados
Aſí continuaban ſu camino,
Cargando con igüal compas, y eſtremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban ſeis galeazas delanteras
Baſtecidas de gente y artilladas,
Pueſtas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas:
Seguian luego de trás treinta galeras
Al general ſocorro ſeñaladas,
Donde el Marques de Santa Cruz venia
Con una valeroſa compañia.

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á ſobreviento
Ganándole la mar ſe aventajaba:
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar ſus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la ſentencia
Al valor de los brazos y excelencia.

Opueſto al Barbarigo, al cuerno dieſtro
Va Siroco Virrey de Alexandria
Con Memethbey coſario y gran maeſtro,
Que a Negroponto a la ſazon regía:
Ochali renegado iba al ſinieſtro
Con Carabey ſu hijo en compañia,
Y enmedio en la batalla bien cerrada
Alí, gran General de aquella armada.

El qual reconociendo el duro hado,
Y de ſu perdicion la hora poſtrera,
Como prudente Capitan y oſado
De la alta popa en la Real galera,
Con un ſemblante alegre y confiado,
Que moſtraba fingido por defuera,
El chriſtiano poder disminuyendo,
Hizo eſta breve plática diciendo:

No ſerá meneſter, ſoldados, creo,
Moveros, ni incitaros con razones,
Que ya por las ſeñales que en vos veo
Se mueſtran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deſeo
Deſos vueſtros fogoſos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vueſtro derecho.

Que jamás la fortuna á nueſtros ojos
Se moſtró tan alegre y descubierta,
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nueſtra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Deſta prolixa guerra, haciendo cierta
La eſperanza y el crédito eſtimado,
Que de vueſtro valor ſiempre habeis dado.

No os altere la mueſtra y el ruido
Con que ſe acerca la enemiga armada,
Que ſabed que eſe exército movido,
Y gente de mil Reynos allegada
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ſer cortada,
Y deis por vueſtra mano en ſolo un dia
Del mundo al gran Señor la monarquia.

Que eſas gentes ſin orden que allí vienen
En el valor y número inferiores
Son las que nos impiden y detienen
El ſer de todo el mundo vencedores:
Mueſtren las armas el poder que tienen,
Tomad deſos indignos poſeſores
Las provincias y reynos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

Que eſe ſu capitan envanecido,
Es de muy poca edad y ſuficiencia,
Indignamente al cargo promovido
Sin curſo, diſciplina, ni experiencia:
Y aſí preſuntuoſo y atrevido
Con ardor juvenil e inadvertencia
Trae á toda eſa gente condenada
A la furia y rigor de vueſtra eſpada.

No penſeis que nos venden muy coſtoſa
Los hados la victoria deſte dia,
Que lo mas deſa armada temeroſa
Es de la Veneciana Señoria:
Gente no exercitada ni induſtrioſa,
Dada mas al regalo y publicia,
Y a las blandas delicias de ſu tierra,
Que al robuſto exercicio de la guerra.

Y eſotra turba multa congregada
Es pueblo ſuez, bárbara canalla,
De diverſas naciones amaſada,
En quien conformidad jamás ſe halla:
Gente que nunca ſupo que es espada,
Que antes que ſe comience la batalla,
Y el eſpantoſo ſón de artilleria,
La romperá ſu misma vóceria.

Mas voſotros, varones invencibles,
Entre las armas, ásperas criados,
Y en guerras y trabajos inſufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habra ya tan terribles,
Ni contrarios exércitos ligados,
Que baſten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vueſtro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver glorioſamente
La riza y mortandad de vueſtra mano,
Y eſe interpueſto mar con mas creciente
Teñido en roxa ſangre el color cano:
Abrid pues y romped por eſa gente,
Echad á fondo ya el poder chriſtiano,
Tomando poſeſion de un golpe ſolo
Del Gange á Chile, y dè uno al otro polo.

Aſi el Baxa en el limitado trecho
Los dispueſtos ſoldados animaba
Y de la heroyca empreſa y alto hecho
El próſpero ſuceſo aſeguraba:
Pero en lo hondo del ſecreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran reſolucion del adverſario.

Y mas quando un Genízaro forzado
Que iba ſobre la gavia descubriendo,
Deſpues de haberſe bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dixo: el cuerpo de enmedio y dieſtr
lado,
Y el ſocorro que atrás viene ſiguiendo
Si mi viſta de aquí no deſatina
Es de la armada y gente ponentina.

Sintió el Baxá no menos que la muert
Lo que el chriſtiano cierto le afirmaba;
Pero moſtrando esfuerzo y pecho fuert
El ſecreto dolor diſimulaba:
Y aſi al cuerpo de enmedio, que por ſuert
Segun orden de guerra le tocaba,
Enderezó ſu eſqüadra aventajada
De ſus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los preciſos hados ſeñalaron,
Con una furia igüal y movimiento
Las potentes armadas ſe juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible eſtrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todó.

El humo, el fuego, el eſpantoſo eſtruendo
De los furioſos tiros escupidos,
El recio deſtroncar y encuentro horrendo
De las proas y máſtiles rompidos,
El rumor de las armas eſtupendo,
Las várias voces, gritos, y apellidos,
Todo en revuelta confuſion hacía
Eſpectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Priamo aſolada
Por tantas partes ſin ceſar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega eſpada
Con tal rigor y eſtrépito ſe oía;
Como la turca y la chriſtiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No ſolo arder el mar, hundirſe el ſuelo,
Pero venirſe abaxo el alto cielo.

El gallardo Don Juan reconocida
La enemiga Real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente:
Mas la Turca con ímpetu impelida,
Le ſale a recibir, donde igualmente
Se embiſten con furioſos encontrones
Rompiendo los herrados eſpolones.

No eſtaban las Reales aferradas,
Quando de gran tropél ſobrevinieron
Siete galeras Turcas bien armadas,
Que en la chriſtiana ſúbito embiſtieron:
Pero de no menor furia llevadas
Al ſocorro ſobre ellas acudieron
De la derecha y de la izquierda mano
La General del Papa, y Veneciano.

Dó con ſegunda autoridad venia
Por General del Sumo V. Pio
Marco Antonio Colona, á quien ſeguia
Una eſqüadra de mozos de gran brio:
Trás la qual al ſocorro arremetia
Por el camino y paſo mas vacío
La Patrona de Eſpaña y Capitana
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El Príncipe de Parma valeroſo,
Que iba en la capitana Ginoveſa,
Hendiendo el mar revuelto y eſpumoſo
Se arroja enmedio de la eſqüadra aprieſa
La confuſion y revolver furioſo
Y del humo la negra nube eſpeſa
La codicioſa viſta me impedia,
Y allí á muchos allí desconocia.

Mons de Leñi con ſu galera preſto
Por ſu parte embiſtió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros pueſto
El valeroſo Principe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapueſto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y ſingular prueba hacía
De ſu valor, virtud y valentia.

Luego con igual ímpetu, y denuedo
Llegan unas con otras á abordarſe,
Cerrándoſe tan juntas, que á pie quedo
Pueden con las espadas golpearſe:
No baſtaba la muerte á poner miedo,
Ni allí ſe vió peligro rehuſarſe,
Aunque al arremeter vieſſen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la ayrada gente deſeoſa
De executar ſus golpes ſe juntaban,
Y qual violenta tempeſtad furioſa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la prieſa hervoroſa
Con que las fieras armas meneaban,
La mar de ſangre ſúbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas, y coſtados
Se acometen y ofenden ſin ſoſiego,
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego:
No faltando en los pueſtos desdichados
Quien á los muertos ſucedieſe luego,
Que muerte, ni rigor de artilleria
Jamás baſtó á dejar plaza vacía.

Quién por ſaltar en el bajel contrario
Era en medio del ſalto atraveſado,
Quién por herir ſin tiempo al adverſario
Caía en el mar de ſu furor llevado,
Quién con beſtial definió temerario
En ſu nadar y fuerzas confiado,
Al odioſo enemigo ſe abrazaba,
Y en las revueltas olas-ſe arrojaba.

Quál ſerá aquel, que no temblaſe, viendo
El fin del mundo, y la total ruyna,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda, y culebrina:
El ſol los claros rayos recogiendo
Con faz turbada de color ſanguina
Entre las negras nubes ſe escondia,
Por no ver el deſtrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y roſtro ayrado
Sobre el rodante carro preſuroſo
De Teſifon y Aleto acompañado
Diſcurre el fiero Marte ſanguinoſo:
Ora ſacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el eſcudo fulminoſo,
Infundiendo en la fiera y braba gente
Ira, ſaña, furor, y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego yerra
Del pedazo del remo, ó de la entena:
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay coſa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fueſe buena,
Rotos bancos, poſtizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban
(Aunque del duro acero reſurtieſen)
En las ſangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en ſí los recibieſen:
Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverſo hado ſe rindieſen,
Haſta el forzoſo y poſtrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Quáles ſu propria ſangre reſolvien
Andan agonizando ſobreaguados,
Quáles tablas y gúmenas aſiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados:
Quáles hacer mas daño no pudiendo
A los menos heridos abrazados
Se dexan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es poſible contar la gran revuelt
Y el confuſo tumulto y ſon horrendo,
Vuela la eſtopa en vivo fuego envuelta
Alquitrán, y reſina, y pez ardiendo:
La preſta llama con la brea revuelta
Por la ſeca madera discurriendo
Con fieros eſtallidos y centellas
Creciendo amenazaba las eſtrellas.

Unos al mar ſe arrojan por ſalvarſ
Del crudo hierro y llamas perſeguidos,
Otros que habian probado el ahogar
Se abrazan á los leños encendidos:
Aſique con la gana de escaparſe
A qualquiera remedio vano aſidos,
Dentro del agua mueren abraſados,
Y enmedio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo ſoſtenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas reſurtian:
Y en las huidoras olas eſtribando
Los ya canſados brazos ſacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áſpero ruído
Del contino batir apreſurado,
El mar de todas partes rebatido
Hierve y reguelda cuerpos de apretado,
Y ſangriento, alterado, y removido
Qual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una eſpuma eſpeſa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la álta popa junto al eſtandarte
El ínclito Don Juan resplandecia
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una iluſtre compañia:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da prieſa, allá ſocorro envia,
Aſegurando á todos ſu perſona
Sobervio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requeſens de la otra vanda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo neceſita:
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Inſta, da prieſa, induce, y ſolicita
A la dieſtra, ſinieſtra, á popa, á proa
Ganando eſtimacion y eterna loa.

Pues el Conde de Pliego Don Fernando
Diligente, ſolícito, y cuidoſo
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoſo:
Aſí pues del chriſtiano y Turco vando
Cada qual inquiriendo un fin honroſo,
Procuraban matando como digo
Morir en el baxel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la prieſa,
Que el fin y dia poſtrero parecia,
De los tiros la recia lluvia eſpeſa
El ayre claro y roxo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no ceſa
De la preſta y contínua bateria,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas coſtas apartadas.

El buen Marques de Santa Cruz que estaba
Al ſocorro comun apercibido,
Viſto el trabado juego qual andaba,
Y desigũal en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo ſe arrojaba
Enmedio de la prieſa y gran ruido,
Embiſtiendo con ímpetu furioſo
Todo lo mas revuelto y peligroſo.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera Real con gran porfia,
Y que otra de refresco bien armada
A embeſtirla con ímpetu venia:
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defenſa ſe oponia,
Atajando con preſto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioſo ſin parar corriendo
Por la áspera batalla discurria,
Entra, ſale, y revuelve ſocorriendo,
Y á tres y á quatro á veces reſiſtia:
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que éſte dia
Enmedio del furor ſe ſeñalaron,
Y el mar con Turca ſangre acrecentaron?

Don Juan en éſto ayrado é impaciente
La eſpacioſa fortuna apreſuraba,
Poniendo eſpuelas y ánimo á ſu gente,
Que envuelta en ſangre agená y propria
andaba:
Ali Baxá no menos diligente
Con gran hervor los ſuyos eſforzaba,
trayéndoles contíno á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la Real chriſtiana aventajada
Por el grande valor de ſu caudillo,
A puros brazos y á rigor de eſpada
Abre recio en la Turca un gran portillo,
Por dó un grueſo tropél de gente armada
Sin poder los contrarios reſiſtillo
Entra con un rumor y furia eſtraña,
Gritando: cierra, cierra, España, España.

Los Turcos viendo entrada ſu galera
Del temor y peligro compelidos
Revuelven ſobre ſí, de tal manera
Que fueron los Chriſtianos rebatidos:
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes Eſpañoles ofendidos
Venciendo el nuevo golpe de la gente
Los vuelven á llevar forzoſamente

Haſta el arbol mayor, donde afirmando
El roſtro y pie con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero eſtrago y bárbara matanza:
Carga ſocorro de uno y otro vando,
Fatígales y aquexa la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudoſos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recudian,
Cauſaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros ſe impedian:
Pero de medicinas proveidos
Luego de nuevo á combatir volvian
Las enemigas fuerzas reprimiendo,
Que iban al parecer convaleciendo.

En éſta gran revuelta y deſatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á ſocorrer Don Bernardino
(Mas que de viſta de ánimo dotado)
Fue con ſúbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroſo
Los paſos y deſignio valeroſo.

Fue el poderoſo golpe de tal fuerte
Demás de la peſada y gran caída,
Que reſiſtir no pudo el peto fuerte,
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Alfin el joven con honrada muerte
Del todo aſeguró la inquieta vida,
Envaynando en España mil espadas
Encontra y daño ſuyo declaradas.

En eſto por tres partes fue embeſtida
La famoſa de Malta Capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemiſtad y furia inſana:
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audáz caballeria chriſtiana
La multitud pagana contraſtando
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el Virrey de Argel, cofario experto,
Que á la mira haſta entonces habia eſtado,
Hallando al cuerno dieſtro el paſo abierto
Que del todo no eſtaba bien cerrado,
Antes que ſe puſieſen en concierto
Furioſo ſe lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres baxeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Reſiſten aquel ímpetu y motivo;
Pero alcabo, ſeñor, ſobrepujando
A las fuerzas el número exceſivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioſo
De bautizada ſangre un rio espumoſo.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor ſu Capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada:
Y batiendo los remos ſe lanzaron
Con nueva rabia y prieſa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires chriſtianos.

Tanto fue el ſentimiento en los ſoldados,
Y la ſed de venganza de manera,
Que embiſtiendo á los Turcos por los lados
Entran haciendo riza carnicera:
Aſique victorioſos y vengados
Recobraron ſu honor y la galera,
Hallando ſolos vivos los primeros
Al General y quatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza:
Pues Sebastian Veniero contrastando
La Turca fuerza y bárbara fiereza
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La Capitana de Sicilia entanto
Tambien Portau Baxá la combatia,
La qual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los Christianos tanto
Que la ventaja desigüal suplia,
No solo sustentando igüal la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que Don Juan de la sangre de Cardona
Exercitando allí su viejo oficio
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio:
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El fabio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprimé la Turca confianza;
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha ayrada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y animó esforzado
Contrastaba la furia Sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir orden divina:
Que ya el último término llegado
De una furiosa flecha repentina
Fue herido en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fue grande el daño y sentimiento
De ver tal Capitan así caído,
No por eso turbó el osado intento
Del Veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento
A la venganza lícita movido
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fue recompensada bien su muerte.

En éſte tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno dieſtro,
Donde el ſagaz y aſtuto Juan Andrea
Se moſtraba muy plático maeſtro:
Tambien Hector Eſpínola pelea
Con uno y otro á dieſtro y ſinieſtro,
Señalándoſe enmedio de la furia
La experta y dieſtra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoria,
Ni haberſe la victoria declarado:
Quando el bravo Don Juan que en ſaña ardia
Caſi quexoſo del ſuspenſo hado,
Comenzó á mejorar ſin duda alguna
Declarada del todo ſu fortuna.

En eſto con gran ímpetu y ruído
Por el valor de la chriſtiana espada
El furor Mahométicó oprimido,
Y la Turca Real del todo entrada:
Dó el eſtandarte bárbaro abatido
La Cruz del Redentor fue enarbolada
Con un triunfo ſolene y grande gloria
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros Turcos ya turbados
Les fue los brazos luego entorpeciendo,
Dexándolos sin fuerzas desmayados:
Y las espadas y ánimos rindiendo
A su fortuna mísera entregados
Dieron la entrada franca como cuento
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexôrable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por más piadoso.

El astuto Ochali viendo su gente
Por la christiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego, y agua ya rendida:
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huída
Las barbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el Hijo de Carlos conociendo
Del traydor renegado el baxo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento:
Iban trás ellos al través saliendo
El de Bazan y el de Oria á sotavento
Con una esquadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia:
Y qual se vé tal vez saltar langosta
En multitud confusa; así á porfia
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Quál con brazos, con hombros, rostro, y pecho
El gran refluxo de las olas hiende,
Quál sin mirar el fondo y largo trecho
No sabiendo nadar, allí lo aprende:
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre el caro hijo atiende;
Que el miedo de respetos enemigo
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Aſique del temor mismo forzados
En la arenoſa playa pie tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo ſe escaparon:
Deshechos pues del todo y deſtrozados
Los miſerables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Auſtria al Otomano.

Eſtaba yo con gran contento viendo
El próspero ſuceſo prometido,
Quando en el globo el Mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fue el ayre ofuscando y revolviendo,
Y ceſó de repente el gran ruído,
Quedando en gran quietud la mar ſegura
Cubierta de una niebla y ſombra escura.

Luego Fiton con plática ſabroſa
Me llevó por la ſala paſeando,
Y ſin dexar figura cada coſa
Me fue parte por parte declarando:
Mas teniendo temor que os ſea enojoſa
La relacion prolixa, iré dexando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nueſtra hiſtoria.

Solo diré que con muy gran contento
Del Mago y Guaticólo despedido,
Aunque tarde llegué á mi aloxamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nueſtro cuento,
Que en larga digreſion me he divertido,
Digo que allí eſtuvimos dos ſemanas
Con falſas armas y esperanzas vanas.

Pero en reſolucion nunca ſupimos
De nueſtros enemigos cauteloſos,
Ni ſu deſignio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo ſuſpenſos y dudoſos:
Lo qual conſiderado nos partimos
Desmintiendo los paſos peligroſos,
En ſu demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el ſol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atraveſaba
De cultivadas lomas rodeado:
Y en la mas llana que á la entrada eſtaba
Por ſer lugar y ſitio acomodado
La gente ſe aloxó por eſqüadrones,
Las tiendas levantando y pavellones.

Eſtaba el campo apenas aloxado,
Quando de entre unos árboles ſalia
Un bizarro Araucano bien armado
Buscando el pavellon de don Garcia:
Y á ſu preſencia el bárbaro llegado
Sin mueſtra ni ſeñal de corteſia
Le comenzó á decir; pero entretanto
Será bien rematar mi largo Canto.

## CANTO XXV.

Aſientan los Españoles ſu campo en Millarapué: llega á deſafiarlos un Indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y ſangrienta: ſeñalanſe Tucapél y Rengo: cuéntaſe tambien el valor que los Españoles moſtraron aquel dia.

Coſa es digna de ſer conſiderada,
Y no paſar por ella facilmente,
Que gente tan ignorta y desviada
De la freqüencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que aſí dificilmente
Alcanzaron por curſo de la guerra
Los mas famoſos hombres de la tierra.

Dexen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forxaron:
Pues los últimos Indios moradores
Del Araucano Eſtado aſí alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les moſtró á formar los esqüadrones,
Repreſentar en orden la batalla,
Levantar caballeros y baſtiones,
Hacer defenſas, foſos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y quanto en uſo militar ſe halla?
Que todo es un baſtante y claro indicio
Del valor de eſta gente y exercicio.

Y ſobre todo debe ſer loado
El ſilencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fue ſecreto revelado
Por dadiva, amenaza, ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la experiencia;
Pues por maña jamas ni por espias
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Preſas de ſobreſalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento reſiſtieron
Con gran conſtancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los diſcurſos diferentes,
Que pudiera cauſar notable daño
Creciendo ſu cautela y nueſtro engaño.

Pero como ya dixe arriba, eſtando
Apenas nueſtro exército aloxado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó eſtaba el Capitan apoſentado?
Y á ſu preſencia él barbaro llegado
Con rono ſin respeto levantando,
H biêndoſe juntado mucha gente
Soltó la voz diciendo libremente:

O Capitan chriſtiano! ſi ambicioſo
Eres de honor con titulo adquirido,
Al oportuno tiempo venturoſo
Tu próspera fortuna te ha traido:
Que el gran Caupolicáno deſeoſo
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí ſe halla
Pide de ſolo á ſolo la batalla.

Que ſiendo de perſonas informado,
Que eres mancebo noble floreciente
En la arte militar exercitado,
Capitan y cabeza deſta gente:
Dándote por ventaja de ſu grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin excepcion de condicion alguna
Quiere probar tu fuerza y ſu fortuna.

Y aſí por entender que mueſtras gana
De encontrar el exército Araucano,
Te aviſa que al romper de la mañana
Se vendrá á preſentar en éſte llano:
Dó con firmeza de ambas partes llana
Enmedio de los campos mano á mano
Si quieres combatir ſobre eſte hecho
Remitirá á las armas el derecho,

Con pacto y condicion que ſi vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quiſieres
Sin uſar de respeto ni clemencia:
Y quando tú por él vencido fueres
Libre te dexará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sinó ſolo el honor de la vitoria.

Mira que ſolo en que éſta voz ſe e
tienda
Conſigues nombre y fama de valiente,
Y en quanto el claro ſol ſus rayos tien
Durará tu memoria entre la gente:
Pues alfin ſe dirá que por contienda
Entraſte valeroſa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano
Perſona por perſona, y mano á mano.

Eſto es á lo que vengo, y aſí pid
Te reſuelvas en breve á tu alvedrio
Si quieres por el término ofrecido
Reuſar o acetar el deſafio:
Que aunque el peligro es grande y c
nocido
De tu altiveza y ánimo confio,
Que alfin ſatisfarás con oſadia
A tu eſtimado honor y al que me env

Don Garcia le responde: ſoy co
tento
De acetar el combate, y le aſeguro
Que al plazo pueſto y ſeñalado aliento
Podrá á ſu voluntad venir ſeguro
El Indio que escuchando eſtaba atento
Muy alegre le dixo: yo te juro
Que éſta oſada reſpueſta eternamente
Te dexará famoſo entre la gente.

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia:
Algunos huvo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espia,
Que iba á reconocer con éste intento
La gente y pertrechado aloxamiento.

Venida pues la noche los soldados
En orden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos
Del sueño y graves armas fatigados:
Aunque crédito entero nunca dimos
Al Indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espacioſa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una:

Quando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres diſtintas partes dividido
El exercito barbaro ordenado,
Cada esqüadron de gente muy fornido,
Que con gran mueſtra y paſo apreſurado
Iban en igüal orden como cuento
Cercando nueſtro eſtrecho aloxamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegâſe anticipada
Se arroja por una áspera ladera:
Y al esqüadron ſinieſtro encaminada
Le acomete furioſa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoſo
No reſiſtiera el ímpetu furioſo.

Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel esqüadron algo adelante,
El paſo haſta ſu gente retirando
Hizo calar las picas á un inſtante:
Donde los pies y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro eſtraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos ſin alas con ligero vuelo
Deſocupan atónitos las ſillas,
Otros vueltas las plantas ácia el cielo
Imprimen en la tierra las coſtillas:
Y los que no probaron allí el ſuelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas ſe moſtraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De ſus golpes los nueſtros no faltaron,
Que todos ſin errar fueron derechos,
Quáles de vanda á vanda atraveſaron,
Quáles atropellaron con los pechos:
Todos en un inſtante ſe mezclaron
Viniendo á las espadas mas eſtrechos
Con tal prieſa y rumor, que parecia
La espantoſa Vulcanea herreria.

El bravo General Caupolicano
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, deſtroza, mata, y echa á tierra:
Hallándoſe muy junto á Berzocano
Los dientes y el furioſo puño cierra,
Descargándole encima tal puñada,
Que le abolló en los cascos la celada.

Trás éſte otro derriba y otro mata,
Que fue por ſu desdicha el mas vecino
Abre, deſtroza, rompe, y desbarata
Haciendo llano el áspero camino:
Y al Yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino
Sin poderle valer los mas cercanos
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton que deſeando
Andaban de encontrarſe en éſta danza,
Se acometen furioſos descargando
Los brazos con igũal ira y pujanza:
Y las altas cabezas inclinando
A ſu peſar uſaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada qual de preſto ſe endereza
Comenzando un combate fiero crudo,
Ya tiran á los pies, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo:
Así pues anduvieron una pieza;
Mas paſar adelante eſto no pudo,
Que un gran tropél de gentes que enviſtieron
Por fuerza á ſu peſar los departieron.

Don Miguél, y Don Pedro de Aven-
daño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortes, y Juan Jufré con riesgo eſtraño
Suſtentan todo el peſo de ſu vanda:
Tambien hacen efecto y mucho daño
Reynoſo, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguia, Laſarte, Caſtañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues Don Luis de Toledo peleando,
arranza, Aguayo, Zúñiga y Caſtillo
eſiſten al furor del Indio vando
on Diego Cano, Perez, y Ronquillo:
os primos Alvarados Juan y Hernando,
edro de Olmos, Paredes, y Carrillo
erriban á ſus pies gallardamente
unque á coſta de ſangre mucha gente.

El esqüadron de enmedio viendo aſida
or el cuerno derecho la contienda,
celerando el tiempo y la corrida
cude á ſocorrer la furia horrenda;
as nueſtra gente en tercios repartida
ſale á recibir á toda rienda,
del terrible eſtruendo y fiero encuentro
tierra ſe apretó contra ſu centro.

Hubo muchas caídas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos,
Lanzas, gorgúces, y armas enhaſtadas
Volaron haſta el cielo en mil pedazos
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándoſe con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapél habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un b
ſoldado,
Poco del dieſtro golpe ſatisfecho
Le arrebató un eſtoque acicalado
Con el qual barrenó á Guillermo el pec
Y de un rebés, y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de ſus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo facilmer
Y dió á Juan de Inarauna tal herida
Que la armada cabeza por la frente
Cayó ſobre los hombros dividida:
Tira una punta y á Picól valiente
Le hechó fuera las tripas y la vida;
Pero en éſta ſazon inadvertido
De mas de diez espadas fue herido.

Carga ſobre él la gente foraſtera
Al rumor del eſtrago que ſonaba,
Y cercándole entórno como fiera
En confuſo monton le fatigaba:
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con caſtigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor ſe enciende
Quanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad ſe ofrece:
Lo mas dudoſo y de mas riesgo emprende,
Y poco lo poſible le parece;
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo impoſible.

El ûltimo esqüadron y mas copioſo
Su derrota y deſignio proſiguiendo,
Con paſo aunque ordenado preſuroſo
Por la tendida loma iba ſubiendo:
Y en el dispueſto llano y eſpacioſo
Nueſtro esqüadron del todo descubriendo
Se detuvo algun tanto aſtutamente
Reconociendo el ſitio y nueſtra gente.

Delante deſta esqüadra pues venia
El mozo Galvarino ſargenteando,
Que ſus troncados brazos descubria
Las llagas aun ſangrientas amoſtrando:
De un canto al otro aprieſa discurria
El daño general repreſentando
Encendiendo en furor los corazones
Con mueſtras eficaces y razones.

Diciendo: o valentíſimos ſoldados,
Tan dignos deſte nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Hán pueſto el ſér y crédito Araucano!
Eſtad de la victoria confiados,
Que eſe tumulto y aparato vano
Es todo el remanente, y ſon las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

Y éſta poſtrer batalla fenecida
De voſotros aſí tan deſeada,
No queda coſa ya que nos impida,
Ni lanza enhieſta, ni contraria espada:
Mirad la muerte infame ó triſte vida
Que eſtá para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos exceſivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos,

Que ſi en éſta batalla ſois vencidos
La ley perece y libertad ſe atierra,
Quedando al duro yugo ſometidos,
Inhábiles del uſo de la guerra:
Pues con las brutas beſtias ſiempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas ſerviles,
Y baxos exercicios mugeriles.

Tened, varones ſiempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente éſta vitoria
Todas vueſtras hazañas aſegura:
Conſiderad, ſoldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que como digo
Un tan breve trabajo trae conſigo.

Que aquel que ſe moſtráre buen ſoldado
Tendrá en ſu mano ſer lo que quiſiére,
Que todo lo que habemos deſeado
La fortuna con ello hoy nos requiere:
Tambien pienſe que queda condenado
Por rebelde y traydor quien no venciere,
Que no hay vencido juſto y ſin caſtigo
Quedando por jüez el enemigo.

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el esqüadron apenas obediente
Podia sufrir el orden y tardanza:
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dexó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro esqüadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada qual traia
Se embisten los ayrados esqüadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en raxas por los ayres discurrieron,
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron:
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trávaſe entre ellos un combate horrendo
Con hervoroſa prieſa y rabia eſtraña,
Todos en un teſon igũal poniendo
La eſtrema induſtria, la pujanza y maña:
Sube á los cielos el furioſo eſtruendo,
Retumba entórno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espeſa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el corage, crece la contienda,
Y el batir ſin ceſar ſiempre mas fuerte,
No hay malla y paſta fina que defienda
La entrada y paſo á la furioſa muerte:
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en ſu figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero eſtrago
De espeſa y negra ſangre un ancho lago.

Rengo orgulloſo que al ſinieſtro lado
Iba ſiempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta eſtimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea:
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Viéndoſe el Araucano pues ſin maza,
No por eſo amaynó al furor la vela,
Antes con gran preſteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela:
Y al punto ſin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con ſolo el trozo de baſton cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con ligereza y dieſtro brio
Hurtando el cuerpo aſí, que el Italiano
Con la eſpada azotó el ayre vacío:
Quiſo hacello otra vez, mas ſalió en vano
Que, entrando recio al punto del desvío
Fue el Ginoves tan preſto, que no pudo
Sinó cubrirſe con ſu roto escudo.

Echó por tierra la furioſa espada
Del defenſivo escudo una gran pieza,
Baxando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;
Haſta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en ſí vuelto, viéndoſe tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo Ginoves que al fiero Marte
Penſara desmembrar, recio le aſía;
Pero ſalió engañado, que en éſte arte
Ninguno al dieſtro joven excedia:
Revuelvenſe por una y otra parte,
El uno al pie del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con dieſtras y engañoſas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoſo y diligente
Unas veces ayrado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente:
Tampoco Juan Remon ocioſo eſtaba,
Que de ſoldado y Capitan prudente
Con igüal disciplina y exercicio
Uſaba en ſus lugares el oficio.

Santillan, y Don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Baſtida,
Galdamez, Don Francisco Ponce, Ibarra
Dando muerte, defienden bien ſu vida:
El Fator Vega, y Contador Segarra
Habian echado á parte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Paſaronlo pues mal al otro lado
Segun la mucha gente que acudia,
Si Don Felipe, Don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegria,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y Don Juan de Pineda en compañia
Con valeroſo esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el eſtrago
Florencio de Esquivel, y Altamirano,
Villaroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, ſinó la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la ſazon un gran ruido
En el otro esqüadron de medio dia,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de ſu esfuerzo y valentia
Se habia por la batalla aſí metido,
Que volver á los ſuyos no podia,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acoſado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera
Muchos en daño ageno escarmentando:
Pero la turba acá y allá ligera
Le vá por todas partes aquexando
Con tiros, palos y armas enhastadas,
Como á fiera de lexos arrojadas.

Uno dexa tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura,
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna, ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque como digo combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible:
Y por mas que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y contínuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Eſtaba ya en el ſuelo una rodilla,
Que aun apenas aſí ſe ſuſtentaba;
Y la gente ſolícita en quadrilla
Sin dexarle alentar le fatigaba,
Quando de la otra parte por la orilla
De la alta loma Tucapél llegaba,
Haciendo con la uſada y fuerte maza
Por donde quiera que iba, larga plaz

Como el toro feroz desjarretado
Quando brama la lengua ya ſacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada qual probar ſu eſpada,
Y en eſto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Aſoma otro famoſo de Xarama,
Que deshace la junta y la derrama;

Aſí el famoſo Rengo ya en el ſuel
Hincada una rodilla combatia
Enmedio del monton, que ſin recelo
Poco á poco cerrándole venia;
Quando el ſangriento y bravo Tucapélc
Que por allí la grita le traia,
Viéndole aſí tratar ſin poner duda
Rompe por el tropél á darle ayuda,

Dexó por tierra quatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dexaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapél embravecidos
Las armas y la grita enderezaron:
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacía tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dixo: aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte
Que el impár Tucapél está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafio.

Rengo le respondió: si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado:
En esto mas ligero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pie, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta,

Tucapél replicó: sería baxeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazón aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza, y entereza,
Que el tiempo llegará que ésta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.

No se dixeron mas, y por la via
Los dos competidores Araucanos
Haciéndose amistad y compañia
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el esqüadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida, ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cabernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro vando
Y de golpes la furia apreſurada
Como ventoſa y negra nube, quando
Del Vulturno ó del Zéfiro arrojada
Lanza una piedra ſúbita, dexando
La rama de ſus hojas despojada,
Y los muros, los techos, y texados
Son con prieſa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furioſas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas riguroſas
Los ſanguinoſos cuerpos deſangraban:
El gran rumor y voces espantoſas
En los vecinos montes reſonaban:
El mar confuſo al fiero ſón retruxo
De ſus hinchadas olas el refluxo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por ſu valor Caupolicano
Contraſtaba al furor del duro hado:
A pura fuerza el esqüadron chriſtiano
Del contrario teſon ſobrepujado
Comenzó poco á poco á perder tierra
Acia la eſpeſa falda de la ſierra.

Fue tan grande la prieſa deſta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el Araucano en voz ſonora
Se cantó la victoria y vencimiento:
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
Encontra de la parte mejorada,
Barajando la ſuerte declarada.

Que el último esqüadron donde eſtribaba
Nueſtro poſtrer remedio y eſperànza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero eſtrago y gran matanza:
Que ni el valor de Ongolmo allí baſtaba,
Ni del fuerte Lincóya la pujanza;
Ni yo baſto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro Canto.

## CANTO XXVI.

Daſe noticia del fin de la batalla y retirada de los Araucanos: la obſtinacion y pertinacia de Galvarino y ſu muerte: aſimismo ſe pinta el jardin y eſtancia del Mago Fiton.

Nadie puede llamarſe venturoſo
Haſta ver de la vida el fin incierto,
Ni eſtá libre del mar tempeſtuoſo
Quien ſurto no ſe ve dentro del puerto,
Venir un bien trás otro es muy dudoſo,
Y un mal trás otro mal es ſiempre cierto,
Jamás próſpero tiempo fue durable,
Ni dexó de durar el miſerable.

El exemplo tenemos en las manos
Y nos mueſtra bien claro aquí la hiſtoria
Quan poco les duró á los Araucaños
El nuevo gozo y engañoſa gloria:
Pues llevando de rota á los Chriſtianos
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que como os dixe el esqüadron postrero
Adonde por teſtigo yo venia,
Ganando tierra ſiempre mas entero
Al bárbaro enemigo retrahia,
Que aunque el fuerte Lincóya el delantero
A la adverſa fortuna reſiſtia,
No pudo reſiſtir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una eſpeſa y áſpera quebrada,
Que enmedio de dos lomas ſe hacia,
La bárbara canalla quebrantada
La dañoſa ſobervia y oſadia
Ya del torpe temor ſeñoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el roſtro ayrado
Que clara á todo ya ſe habia moſtrado.

Siguen los nueſtros la victoria aprieſa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y ſelva eſpeſa
Inquieren lo ſecreto y escondido:
El gran eſtrago y mortandad no ceſa,
Súena el deſtrozo y áspero ruído.
Tirando á tiento golpes y eſtocadas
Por la eſpeſura y matas intrincadas.

Jamas de los monteros en ojeo
Fue caza tan buscada y perſeguida,
Quando con ancho círculo y rodeo
Es á término eſtrecho reducida:
Que con impacientíſimo deſeo
Atajados los paſos y huída
Arrojan en las fieras monteſinas
Lanzas, dardos, venablos, javalinas:

Como los nueſtros haſta allí Chriſtianos,
Que los términos lícitos paſando
Con crueles armas y actos inhumanos
Iban la gran victoria desluſtrando:
Que ni el rendirſe pueſtas ya las manos
La obediencia y ſervicio proteſtando,
Baſtaba á aquella gente deſalmada
A reprimir la furia de la eſpada,

Aſí el entendimiento y pluma mia,
Aunque uſada al deſtrozo de la guerra,
Huye del grande eſtrago que eſte dia
Huvo en los defenſores de ſu tierra:
La ſangre que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las láſtimas, las voces y gemidos
De los míſeros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor esqüadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo dexaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Aſí la trompa á retirar tocaron,
Y con paſo aunque, largo, concertado
Altas y campeando las vanderas
Se dexaron calar por las laderas.

No ſerá bien paſar calladamente
La braveza de Rengo ſin medida,
Pues que desbaratada ya ſu gente,
Y pueſta en rota y míſera huida,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo ſuſtenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroſo
Solo eſtuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructuoſo,
Y gente ya ninguna de ſu vando,
Con paſo tardo, grave y eſpacioſo
Volviendo el roſtro atrás de quando en quando
Tomó á la mano dieſtra una vereda
Haſta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente deſtrozada
Habia el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y mueſtra confiada
En esquadron formado y recogido
Vuelven el roſtro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor tambien andaba,
La grita y nuevo eſtrépito ſintiendo
Que en el vecino bosque reſonaba,
Apreſuré los paſos acudiendo
Acia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos Eſpañoles conocidos.

Eſtaba á un lado Juan Remon gri-
tando:
Caballeros, entrad que todo es nada;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudoſa entrada:
Yo pues á la ſazon á pie arribando
Donde eſtaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiſo obligarme allí públicamente,

Diciendo: o Don Alonſo! quien pro-
cura
Ganar eſtimacion y aventajarſe,
Éſte es el tiempo y éſta es coyuntura
En que puede con honra ſeñalarſe:
No impida vueſtra ſuerte éſta eſpeſura
Donde quieren los Indios entregarſe,
Que al que abriere la entrada defendida
Le ſerá la victoria atribuída.

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya escuſarme,
Por lo eſpeſo del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, Don Simon y Coronado.

Los quales de vivir deſeſperados
Los obſtinados Indios embiſtieron,
Que en una eſpeſa muela bien cerrados
Las eſpañolas armas atendieron:
En eſto ya al rumor por todos lados
De nueſtra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia preſuroſa
Una guerra ſangrienta y peligroſa.

Renuévaſe el deſtrozo reduciendo
A término dudoſo el vencimiento,
El menos animoſo acometiendo
El mas dificultoſo impedimento.
¿Quál ſerá aquel que pueda ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deſte y de aquel otro la herida,
Y quien á qual allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los ayrados pechos,
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan eſtrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, á puños, y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:
Que la gente Araucana en poca de hora
En aquel ſitio eſtrecho deſtrozada
Quiſo rendir al hierro antes la vida,
Que al odioſo Español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demas con paſos ordenados
Como ya dixe atrás ſe retiraron:
De manera que ya nueſtros ſoldados
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioſo de priſiones,
Volvieron á ſu aſiento y pavellones.

Fueron entre eſtos preſos escogidos
Doce los mas dispueſtos y valientes,
Que en las nobles inſignias y veſtidos
Moſtraban ſer perſonas preeminentes:
Eſtos fueron allí conſtituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por exemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la ſazon al ſeñalar llegando
De la cruda ſentencia condolido,
Salvar quiſe uno dellos, alegando
Haberſe á nueſtro exército venido:
Mas él luego los brazos levantando,
Que debaxo del peto habia escondido,
Moſtró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no ſanos.

Era pues Galvarino éſte que cuento,
De quien el Canto atrás os dió noticia,
Que porque fueſe exemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por juſticia:
El qual con el uſado atrevimiento
Moſtrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos deſta ſuerte:

O gentes fementidas, deteſtables,
Indignas de la gloria deſte dia!
Hartad vueſtras gargantas inſaciables
En éſta aborrecida ſangre mia:
Que aunque los fieros hados variables
Traſtornen la Araucana monarquía,
Muertos podrémos ſer, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

No penſeis que la muerte rehuſamos,
Que en ella eſtriba ya nueſtra esperanza,
Que ſi la odioſa vida dilatamos
Es por hacer mayor vueſtra venganza:
Que quando el juſto fin no conſigamos,
Tenemos en la eſpada confianza
Que os quitará en noſotros convertida
La gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues ya, qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y juſto pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda ſatisfago:
Pero ſi algun disguſto y pena tiene
Eſte importante y deſeado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con eſtos dientes y troncados brazos.

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz ſolicitaba
De la infelice vida ya canſado,
Que largo eſpacio á ſu peſar duraba:
Y en el gentil propósito obſtinado
Diciéndonos injurias procuraba
Un fin honroſo de una honroſa eſpada,
Y rematar la míſera jornada.

Yo que eſtaba á par dél conſiderando
El propósito firme y oſadia,
Me opuſe contra algunos procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia:
Pero alfin los miniſtros porfiando
Que á la ſalud de todos convenia,
Forzado me apartè, y él fue llevado
A ſer con los Caciques juſticiado.

A la entrada de un monte, que vecino
Eſtá de aquel aſiento en un repecho,
Por el qual atravieſa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran ſolenidad y deſatino
Fue el inſulto y caſtigo injuſto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hu.ieſe acoſtumbrado,
Quedó caſi por uſo de aquel dia
Un modo de matar jamás uſado:
Que á cada Indio de aquella compañia
Un baſtante cordèl le fue entregado,
Diciéndole que el arbol eligieſe
Donde á ſu voluntad ſe ſuſpendieſe,

No tan preſto los pláticos guerreros
Del cierto aſalto la ſeñal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando:
Quanto aquellos Caciques que ligeros
Por los mas grandes arboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas ſe colgaron.

Mas uno dellos algo arrepentido
De ſu ligera prieſa y diligencia,
A nueſtra devocion ya reducido
Vuelto pidió para hablar licencia:
Y habiéndoſela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos chriſtianos comoviendo
Habló contritamente aſí diciendo:

Valeroſa nacion, invicta gente,
Donde el eſtremo de virtud ſe encierra,
Sabed que ſoy Cacique, y decendiente
Del tronco mas antigüo deſta tierra:
No tengo padre, hermano, ni pariente,
Que todos ſon ya muertos en la guerra,
Y pues ſe acaba en mí la decendencia
Os ruego uſeis conmigo de clemencia.

Quiſiera proſeguir, ſi Galvarino
Que le miraba con ayrada cara,
De ſúbito ſaliéndole al camino
La doméſtica voz no le atajara,
Diciendo: puſilánime, mezquino,
Desluſtrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran baxeza aſi te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

Dime, infame, traydor de fé mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor ſuerte
El vivir en eſtado miſerable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverſo tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoſo medio
Te ſáque de la mano éſte remedio.

Apenas la razon habia acabado,
Quando el noble Cacique arrepentido
Al cuello el corredizo lazo echado
Quedó de una alta rama ſuspendido:
Trás él fue el audaz bárbaro obſtinado
Aun á la misma muerte no rendido,
Y los robuſtos robles deſta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dexando el infelice aloxamiento
Todo de cuerpos bárbaros ſembrado,
Llegamos ſin desmán ni impedimento
A la baxada y ſitio desdichado,
Dó Valdivia fundó la Caſa-fuerte,
Y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el ſitio de la caſa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas ſeguro eſtaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo eſtorbar ſe ſalteaba,
Haciendo ſiempre inſtancia y diligencia
De traerla ſin ſangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviſo ſe tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dexando un trecho atrás la compañia
Cerca de un bosque eſpeſo y alta ſierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: donde vais que no hay ſalida?

Volví el roſtro y las riendas ácia el lado
Donde la eſtraña voz habia ſalido,
Y ví á Fiton el Mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido
Sobre el herrado junco recoſtado,
Que como fue de mí reconocido,
Del caballo ſalté ligeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

El me dixo: por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en eſa vueſtra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nueſtros tal matanza;
Pero aunque mas razon y cauſa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero; ni ſerá juſto dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

Que es orden de los cielos que padezca
Eſta indómita gente ſu caſtigo,
Y antes que contra Dios ſe enſobervezca
Le abaxe la ſobervia el enemigo:
Y aunque vueſtra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demas el duro hado
Os tiene ſu deſcuento aparejado.

Si la fortuna aſí á pedir de boca
Os abre el paſo próſpero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Alcabo ſacareis deſta jornada:
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que tambien deſta vanda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver aſí maravillado,
Y mas de la ſinieſtra profecia,
Mi caballo en un libano arrendado
Le quiſe hacer un rato compañia:
Y alfin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la eſpeſura y breña eſtraña
Haſta llegar al pie de la montaña.

En un lado ſecreto y escondido
Donde no habia resquicio, ni aberrura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura:
Y luego con horríſono ruído
Se abrió una eſtrecha puerta y boca escura,
Por dó trás el entré erizado el pelo
Piſando á tiento el peñascoſo ſuelo.

Salimos á un hermoſo verde prado
Que recreaba el ánimo y la viſta,
Dó eſtaba en ancho quadro fabricado
Un muro de belleza nunca viſta
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatiſta,
En las puertas de cedro barreadas
Mil ſabroſas hiſtorias entalladas.

Abriéronſe en llegando el Mago al punto,
Y en un jardin entramos espacioſo
Dó ſe puede decir que eſtaba junto
Todo lo natural y artificioſo:
Hoja no discrepaba de otra un punto
Haciendo quadro, ó círculo hermoſo,
Enmedio un claro eſtanque dó las fuentes
Murmurando embiaban ſus corrientes.

No produce natura tantas flores,
Quando mas rica Primavera embia,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioſo habia:
Los frescos y ſuavíſimos olores,
Las aves y ſu acorde melodia
Dexaban las podencias y ſentidos
De un ageno descuido poſeidos.

De mi fin y camino me olvidára
Segun ſuſpenſo eſtuve una gran pieza,
Si el anciano Firon no me llamára
Haciéndome ſeñal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóbeda de alabaſtro, que á la pieza
Del milagroſo globo respondia,
Adonde ya otra vez eſtado habia.

Quiſiera ver la bola, mas no oſaba
Sin licencia del Mago avecinarme;
Mas él que mis deſignios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Aſido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á ſeñalarme,
El mundo me moſtró como ſi fuera
En ſu forma real y verdadera.

Pero para decir por orden quanto
Vi dentro de la gran poma lucida,
Es cierto meneſter un nuevo Canto,
Y tener la memoria recogida:
Aſí, ſeñor, os ruego que entre tanto,
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis ſi lo dexo en éſte punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

## CANTO XXVII.

Popeſe la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famoſas por natura y por guerras: cuentaſe tambien como los Españoles levantaron un Fuerte en el valle de Tucapél: y como D. Alonſo de Ercilla halló á la hermoſa Glaura.

Siempre la brevedad es una coſa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es guſtoſa
Quanto mas breve y menos afectada:
Y aunque ſea la prolixa provechoſa,
Nos importuna, canſa, y nos enfada,
Que el manjar mas ſabroſo y ſazonado
Os dexa quando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ſer ſabroſo al guſto y al oído?
Pero aunque de agradar es mi deſeo,
Eſtoy ya dentro en la ocaſion metido,
Que no ſe puede andar mucho en un paſo,
Ni encerrar gran materia en chico vaſo.

Quando á alguno, ſeñor, le pareciere,
Que me voy en el curſo deteniendo,
El eſtraño camino conſidere,
Y que mas que una poſta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere,
Y aſí á nueſtro propóſito volviendo
Os dixe como el Indio Mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las coſas parecian
En ſu forma diſtinta y claramente:
Los campos y ciudades ſe veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Haſta las mas menudas ſabandijas.

El Mágico me dixo: pues en éſte
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reſte
Verás del univerſo la gran traza,
Lo que hay del Norte al Sur, del Leſte
al Oeſte,
Y quanto ciñe el mar, y el ayre abraza
Rios, montes, lagunas, mares, tierras
Famoſas por natura y por las guerras.

Mira al principio de Aſia á Calcedonia
Junto al Bósforo en frente de la Tracia
A Lidia, Caria, Licia, y Licaonia,
A Panfilia, Bitinia, y á Galacia:
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia, y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoſo,
Que entra en el mar de Perſia caudaloſo.

Mira la Syria, ves allí la indina
Tierra de Promiſion de Dios privada,
Y á Nazaren dichoſa en Paleſtina,
Dó á Maria Gabriél dio la embaxada:
Ves las ſacras reliquias y ruina
De la ciudad por Tito deſolada,
Dó el Autor de la vida escarnecido
A vergonzoſa muerte fue traido.

Mira el tendido mar Mediterrano,
Que la Europa del Africa ſepara,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano
Que abrió Moyſen ſus aguas con la vara:
Mira el golfo de Ormuz y mar Perſiano,
Y aunque á partes la tierra no eſtá clara,
Verás ácia la vanda descubierta
Las dos Arabias feliz y deſierta.

Mira á Perſia y Carmania, que confina
Con Suſiana al lado del poniente,
Donde el forjado acero ſe fulmina
De paſta y temple fino y excelente:
Drangiana, y Gedroſia que camina
Haſta el mar de India y ferias del Oriente,
Y adelante ſiguiendo aquella via
Verás la caluroſa Aracoſía.

Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India al Levante prolongada,
Ves el Catay, y ſu ciudad de Canta,
Que ſobre el Indo mar eſtá fundada:
La China, y el Maluco y toda quanta
Mar ſe eſtiende del Oſte, y la apartada
Trapobana famoſa antiguamente
Término y fin poſtrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
Ácia la Trapiſonda dilatados,
Y otros Reynos pequeños comarcanos
Tributarios de Perſia y aliados:
Los Iberos que llaman Gorgianos,
Y los pobres Circaſos derramados,
Que ſu lunada tierra en parte angoſta
Toma del mar mayor toda la coſta.

Ves el revuelto Cirro caudaloſo,
Que la Iberia y Albania aſí rodea,
Y el alto monte Caúcaſo fragoſo,
Que ſu cumbre gran tierra ſeñora:
Mira el Reyno de Colcos tan famoſo
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jaſon vino
En busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia memorable
Por ſu ciudad de Tauris ſeñalada,
Y al ſur la religioſa y venerable
Soltonia ſin reſpeto arruinada
Por la Tartara furia irreparable
Del grande Taborlan, que de paſada
Quanto encontró lo puſo por el ſuelo,
Qual íra ó rayo ſúbito del cielo.

Haſta un angoſto paſo peñascoſo
Que lo va los coſtados eſtrechando,
De donde con eſtrépito furioſo
Se va en las Cataratas embocando:
Despues mas ancho, grave y eſpacioſo
Llega á Meroe gran isla coſteando,
Que contiene tres Reynos eminentes
En leyes y coſtumbres diferentes.

Mira al Cayro que incluye tres ciudades,
Y el palacio Real de Dultibea,
Las torres, los jardines, y heredades,
Que ſu eſpacioſo círculo rodea:
Las Pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque ſea
Señal de ſus riquezas la hechura,
Fue mas que el edificio la locura.

Mira los despoblados arenoſos
De la deſierta y ſeca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos caluroſos,
Donde habita la bruta y negra gente:
Mira los Troglodítas belicoſos,
Y los que baña Gambra en ſu corriente
Mandingos, Monicongos, y los feos
Zapes, Biafras, Geloſos, Guineos.

Ves de la coſta de Africa el gran trecho,
Los puertos ſeñalados y lugares
De las bocas del Nilo haſta el eſtrecho
Por dó ſe comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto ſi mirares
Verás aun las reliquias y el eſtrago
De la ciudad famoſa de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundoſa,
A Cerdeña, y á Córcega de frente,
Y en la coſta de Italia la vicioſa
Tierra que va corriendo ácia el Poniente:
Mira la iluſtre Nápoles famoſa,
Y á Roma que gran tiempo antigüamente
Se vió del univerſo apoderada,
Y de cada nacion deſpues hollada.

Mira en Toſcana á Sena, y á Florencia,
Y dexando la coſta al mediodia
A Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y Señoría:
Padua, Mantua, Cremona, y á Plaſencia,
Milan, la tierra y Parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia,
Carlos prendió á Francisco Rey de Francia.

Mira Alexandria, y por Liguria entrando
A la ſobervia Génova y Saona,
Y el Piamonte y Saboya atraveſando
A Leon, á Toloſa y á Bayona:
Y ſobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orliens, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Gueldres, Friſia, Olanda,
Ingalaterra, Eſcocia, Ibernia, Irlanda;

A Dinamarca, Dacia, y á Noruega
Acia el mar de Dantiſco y coſta heleda,
Y á Suecia que al confin de Gocia llega,
Que eſtá entórno del mar fortificada,
De donde á la Gelandia ſe navega:
Y mira allá á Grolandia deſviada
Del ſolar curſo y la Zodiaca via,
Dó hay ſeis meſes de noche, y ſeis de dia.

Mira al Norte á Moſcovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan ſu término y medida
Las Riſeas montañas por un lado:
Y de las fuentes del Tanais tendida
Llega al monte Iperboreo y mar helado,
Confina con Sarmacia y Tartaría,
Y córre por el Auſtro haſta Ruſia.

Mira á Libonia, Pruſia, Lituania,
Samogacia, Podolia, y á Suría,
A Polonia, Sileſia, y á Germania,
A Morabia, Bohemia, Austria, y Hungria,
A Corvacia, Moldavia, Traſilvania,
Valaquia, Vulgaria, Eſclavonía,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

Mira al Poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de dó es cierto
Que procede y ſe eſtiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y ſobre el puerto
Los anchos muros del ſolar de Ercilla,
Solar antes fundado que la villa.

Ves á Burgos, Logroño, y á Pamplona,
Y baxando al poniente á la ſinieſtra
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
A Leon, y á Galicia, de la dieſtra:
Ves la ciudad famoſa de Lisbona,
Coimbra, y Salamanca que ſe muéſtra,
Felice en todas ciencias, dó ſolía
Enſeñarſe tambien Nigromancía.

Mira á Valladolid que en llama ardiente
Se irá como la Fenix renovando,
Y á Medina del Campo casi enfrente,
Que las ferias la van mas ilustrando:
Mira á Segovia y su famosa puente,
Y el Bosque, y la Fonfrida atravesando
Al Pardo, y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto y montuoso
Al pie del alto puerto algo apartado,
Que aunque le ves desierto y pedregoso
Ha de venir enbreve á ser poblado:
Allí el Rey Don Felipe victorioso
Habiendo al Franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable
De suntuosa fábrica y grandeza,
La máquina del qual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza:
Será edificio eterno y memorable
De inmensa magestad y gran belleza,
Obra alfin de un tal Rey, tan gran christiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego á Madrid, que buena ſuerte
Le tiene el alto cielo aparejada,
Y á Toledo fundada en ſitio fuerte
Sobre el dorado Tajo levantada:
Mira adelante á Cordoba, y la muerte
Que ayrada amenazando eſtá á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo ſobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

Mira á Sevilla, ves la realeza
De templos, edificios, y moradas,
El concurſo de gente y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas:
Que de oro, plata, perlas, y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y ſalen otras dos de mercancia
Con gente, municion, y artilleria.

Mira á Cadiz, donde Hercules famoſo
Sobre ſus hados prósperos corriendo
Fixó las dos colunas victorioſo
NIHIL ULTRA en el marmol escribiendo:
Mas Fernando Católico glorioſo
Los mojonados términos rompiendo
Del ancho y nuevo mundo abrió la via,
Porque en un mundo ſolo no cabia.

Mira por el Oceano baxando
Entre el húmido Noto y el Poniente
Las islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro eſpecialmente:
Que falta de agua la natura obrando
Las aves, animales, y la gente
Beben la que de un arbol ſe diſtila
En una bien labrada y ancha pila.

Mira á la vanda dieſtra las Tercer
Que eſtan de Portugueſes ocupadas,
Y corriendo al ſudueſte las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca viſtas estrangeras,
Entre las quales ſon mas ſeñaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Xamayca.

Ves de Bahama la canal angoſta,
Y ſiguiendo al poniente la Florida,
La tierra inútil, y lueída coſta
Haſta la nueva España proſeguida:
Donde Cortés con no pequeña coſta
Y gran trabajo y riesgo de la vida
Sin término enſanchó por ſu perſona
Los límites de Eſpaña y ſu corona.

Mira á Xalisco, y Mechoacan famoſa
Por la raiz medicinal que tiene,
Y á Mégico abundante y populoſa,
Que el Indio nombre antiguo aun hoy retiene:
Ves al Sur la poblada y montuoſa
Tierra, que en punta á prolongar ſe viene,
Que los dos anchos mares por los lados
Le van adelgazando los coſtados.

A Panamá, y al nombre de Dios mira,
Que ſus eſtrechos términos defienden
A dos contrarios mares que con ira
Romper la tierra y anegar pretenden:
Ves la fragoſa ſierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que ſe eſtienden
De ſanta Marta y cabo de la Vela
Haſta el lago y ciudad de Venezuela.

A Vogota, y Cartama, que confina
Con Arma y Cali tierra prolongada,
Popayan, Paſto, y Quito, que vecina
Eſtá á la Equinocial linea templada:
Mira allá á Puerto viejo dó la mina
De ricas esmeraldas fue hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del Euro, de Volturno y Mediodia.

Ves Guayaquil que abunda de madera
Por ſus eſpeſos montes y ſombrios,
Tumbez, Payta y ſu puerto, que es primera
Escala donde ſurgen los navios:
Piúra, Loxa, la Zarza, y Cordillera
De dó nacen y baxan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de ſuelo,
Donde jamás cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas ſierras
Baxo la Zona Tórrida nevadas,
Los Mojos, Bracamoros y las tierras
De incultos Chachopoyas habitadas:
Caxamarca, y Truxillo, que en las guerras
Fueron famoſas ſiempre y ſeñaladas,
Y la ciudad inſigne de los Reyes
Silla de las Audiencias y Virreyes.

Y á Guanuco, Guamanga y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco antiguo pueblo y ſeñalado
Aſiento de los Ingas y Orejones:
Mira el Solſticio y Trópico paſado
Del Auſtral Capricornio las regiones
De várias gentes bárbaras eſtrañas,
Los rios, lagunas, valles, y montañas.

Mira allá á Chuquiabo que metido
lá á un lado la tierra al Sur marcada,
adelante el riquísimo y crecido
:rro de Potosí, que de cendrada
ata de ley y de valor subido
iene la tierra envuelta y amasada,
aes de un quintal de tierra de la mina
as dos arrobas son de plata fina.

Ves la villa de Plata la postrera
or el Levante á la siniestra mano,
atravesando la alta Cordillera
alchaqui, Pilcomayo, y Tucomano:
os Iuries, los Diaguitas, y ribera
)e los Comechingones, y el gran llano
fructifero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto.

Ves volviendo á la costa los collados
Que corren por la vanda de Atacama,
Y la desierta costa y despoblados
Dó no hay ave, animal, yerba, ni rama:
Ves los Copayapos Indios granados,
Que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
)e Maule, y el de Itata, y Biobío.

Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, Eſtado libre y poderoſo,
Cañete, la Imperial, y ácia el Levante
La Villa rica, y el volcan fogoſo:
Valdivia, Oſorno, el Lago, y adelante
Las islas y Archipielago famoſo,
Y ſiguiendo la coſta el Sur derecho
Chiloé, Coronados, y el eſtrecho.

Por donde Magallanas con ſu gente
Al mar del Sur ſalió deſembocando,
Y tomando la vuelta del Poniente
Al Maluco guió norueſteando:
Ves las islas de Acaca, y Zabu enfrente,
Y á Matan dó murió alfin peleando,
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.

Ves las manchas de tierras tan cubier-
tas,
Que pueden ſer apenas diviſadas,
Són las que nunca han ſido descubiertas,
Ni de eſtrangeros pies jamás piſadas:
Las quales eſtarán ſiempre encubiertas
Y de aquellos celages ocupadas
Haſta que Dios permita que parezcan,
Porque mas ſus ſecretos ſe engrandezcan.

Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender si tiempo hubiera
De los celeſtes cuerpos la excelencia:
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los aſtros y influencia,
Várias revoluciones, movimientos,
Los curſos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mia
Dexarte mas contento y ſatisfecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes haſta el ſitio largo trecho:
Aſí haciéndome el Mago compañia
Me truxo haſta ponerme en el derecho
Camino, dó encontré luego mi gente,
Que me andaba á buscar confuſamente.

Llegamos al aſiento en punto, quando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gaſtamos tiempo procurando
Reducir á la paz los enemigos:
Unas veces por bien acariciando,
Otras por amenazas y caſtigos,
Haciendo ſin parar corredurias
Por los vecinos pueblos y alquerias.

Más no baſtando diligencia en eſto,
Ni las promeſas, medios, y partidos,
Que en ſu protervo intento y preſupuesto
Eſtaban ſiempre mas endurecidos:
Viſta pues la importancia de aquel pueſto
Por eſtar en la tierra mas metidos,
Con maduro conſejo fue acordado
Suſtentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
De algunos baſtimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y berza eſtaban:
Don Miguel de Velasco y Avendaño
Con los que más á punto ſe hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañia,
Tomamos de Cautén la recta via.

Aunque con riesgo ſin contraſte alguno
Los peligroſos términos paſamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad ſalvos llegamos,
Donde á los moradores de uno á uno
Con palabras de amor los obligamos,
No ſolo á dar gracioſa la comida,
Pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Aſique alegres ſin rumor de guerra
Con pan, frutas, ſemillas, y ganados
Dimos preſto la vuelta por la tierra
De pacificos Indios, y alterados:
Y al descubrir de la Purena ſierra
Hallamos una escolta de ſoldados,
Digo de nueſtra gente que venia
A aſegurar la peligroſa via.

El ſol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nueſtra gente
Del canſancio y trabajo padecido:
Pero al romper del alva alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruído,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las esqüadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una eſpeſa y gran quebrada,
Quando ví de través ſalir corriendo
Una muger al parecer turbada:
Yo trás ella los preſtos pies batiendo
Luego de mi caballo fue alcanzada;
El que ſaber el fin deſto deſea
Atentamente el otro Canto lea.

## CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida: asáltan los Araucanos á los Españoles en la quebrada de Puren, pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagaje: retiranse alegres, aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caída
Del que está del peligro descuidado:
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y trás prosperidad adversidades.

Es fortuna tan vária, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Quando el mal dentro en casa nos fatiga:
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere

Que yo de acuchillado en esto siento,
Que es de temer en parte la ventura,
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé como dixe, que en su trage
Mostraba ser persona de linage.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura,
Un natural donayre y apostura.

Yo queriendo ſaber á qué venia
Sola por aquel bosque y aſpereza,
Con mas ſeguridad que prometia
Su bello roſtro y rara gentileza:
La aſeguré del miedo que traía,
La qual dando un ſuspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazon moviera,
Comenzó ſu razon de tal manera:

No ſé ſi ya me quexe desdichada,
O agradezca á los hados ya mi ſuerte,
Que me abren puerta, y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte:
Pero ſi ya la hiſtoria deſaſtrada
Quieres ſaber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco ſentimiento,
Te ruego que al proceſo eſtés atento.

Mi nombre es Glaura en fuerte hora nacida,
Hija del buen Cacique Quilacûra,
De la ſangre de Friſo esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura:
Respetada de muchos y ſervida
Por mi linage y vana hermoſura;
Mas ay de mí! quánto mejor me fuera
Ser una ſimple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego adredemente
Truxo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente:
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre como amigo aficionado
Que yo le regaláse me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba:
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya bacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

O fue el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que ésta sería mas cierto como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo, y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia:
Mas ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el mísero entonces padecia,
Que á término he llegado al pie del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadia)
Sus erradas quimeras deshacia.

Eſtando ſola en mí apoſento un dia
Temeroſa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas ſe ponia
Con grande turbacion, y deſatiento:
Diciendome temblando: o Glaura mia,
Ya no baſta razon, ni ſufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor reſiſtir pueda.

Tú, ſeñora, ſabrás que el dia primero
De mi felice y próſpera venida
Me truxo amor al término poſtrero
Deſta penoſa y desdichada vida:
Mas ya que por tu amor y cauſa muero,
Quiero ſaber ſi dello eres ſervida,
Porque ſiéndolo tú, no ſiento coſa
Que pueda para mí ſer tan dichoſa.

Viéndole al parecer determinado
A qualquiera violencia y deſacato,
Diſimuladamente por un lado
Sali dél ſin moſtrar algun recato,
Diciéndole de lexos: ó malvado,
Inceſtuoſo, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amiſtad jurada,
Y ley de parantesco conſervada!

Iba éſtas y otras coſas yo diciendo,
Que el repentino enojo me moſtraba,
Quando con prieſa ſúbita y eſtruendo
Un chriſtiano esqüadron nos ſálteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nueſtra alta caſa entórno rodeaba
Saltando Fresolano en mi preſencia
A la debida y juſta reſiſtencia,

Diciendo: ó fiera tigre endurecida,
Inhumana, y cruel con los humanos!
Vuelve acaba de ſer tú la homicida,
No dexes que hacer á los Chriſtianos,
Vuelve, verás que acabo aquí la vida
(Pues no puedo á las tuyas) á ſus manos,
Que aunque no ſea la muerte tan honroſa,
Alomenos ſerá la mas piadoſa.

Aſí furioſo ſin mirar en nada
Se arroja enmedio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atraveſó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi eſpíritu canſado
De dar vida á éſte cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruído
Solo armado de esfuerzo y confianza,
Mas luego en el costado fue herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

Acá y allá turbada alfin por una
Montaña comencé luego á emboscarme
Dexándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme:
Asique ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alexarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr, no me movia.

Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo el peligro y mal presente
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

Iba pues ſiempre miſera corriendo
Por eſpinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paſo los atentos ojos:
Quando por unos árboles ſaliendo
Vi dos negros cargados de deſpojos,
Que luego en el inſtante que me vieron
A la miſera preſa arremetieron.

Fui dellos preſtamente despojada
De todo quanto allí venia veſtida,
Aunque yo triſte no eſtimaba en nada
El perder los veſtidos y la vida:
Pero el honor y caſtidad preciada
Eſtuvo á punto ya de ſer perdida;
Mas mis voces y quexas fueron tantas,
Que á láſtima y piedad movia las plantas.

Uſó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolan á mis clamores,
Que viſto el acto inorme y la inſolencia
De aquellos enemigos violadores
Corrió con provechoſa diligencia,
Diciendo: perros, bárbaros, traydores,
Dexad dexad al punto la doncella,
Sinó la vida dexaréis con ella.

Fueron ſobre él los dos en continente,
Mas él flechando el arco que traía,
Al mas adelantado y diligente
La flecha haſta las plumas le escondia:
Hizoſe atrás dos paſos dieſtramente,
Y al otro la ſegunda flecha embia
Con brúxula tan cierta y dieſtro tino,
Que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioſo y emperrado;
Mas Cariolan valiente y prevenido
En la arte de la lucha exercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De ſu deſtreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos ácia el cielo
Le trabucó de espaldas en el ſuelo,

Y ſacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la hijada
Tres veces la metió y ſacó ſangrienta:
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolan de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo aſí el oficio,
Que medroſa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar alfin murmuraciones
Y no moſtrarme ingrata al beneficio
En tal ſazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

Y temiendo que gente acudiría
Por el eſpeſo monte nos metimos,
Donde ſin raſtro ni ſeñal de via
Un gran rato perdidos anduvimos:
Pero, ſeñor, al declinar del dia
A la ribera de Lauquén ſalimos,
Por dó venia una esqüadra de Chriſtianos
Con diez Indios atras preſas las manos.

Descubriéronnos ſúbito en ſaliendo,
Que en todo alfin nos perſeguia la fuerte,
Sobre noſotros de tropel corriendo,
Aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte:
Pero mi nuevo eſpoſo allí temiendo
Mucho mas mi deshonra, que ſu muerte,
Me rogó que en el bosque me escondieſe
Mientras que él con morir los detuvieſe.

Luego el temor á traſtornar baſtante
Una flaca muger inadvertida,
Me perſuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la eſtimada vida:
Aſí cobarde, tímida, inconſtante
A los primeros ímpetus rendida
Me entré viéndolos cerca á toda prieſa
Por lo mas agrio de la ſenda eſpeſa.

Y en lo hueco de un tronco, que texido
De zarzas y maleza entórno eſtaba,
Me escondí ſin aliento ni ſentido,
Que aun apenas de miedo reſollaba:
De donde escuché luego un gran ruído
Que el bosque cerca y lexos atronaba,
De espadas, lanzas, y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

Fue poco á poco al parecer ceſando
Aquel rumor y grita que ſe oía,
Quando la obligacion ya calentando
La ſangre que temor helado habia,
Revolví ſobre mí conſiderando
La maldad y traycion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera,
Que en él, quedára viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dexé destinada:
Mas quando no ví rastro, ni manera
De le poder hallar sola y cuitada,
Podrás ver que sentí, pues era cierto,
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

Solté ya sin temor la voz envano
Llamando al sordo cielo, injusto, y crudo,
Preguntaba: dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo:
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo
En mis entrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

No te quiero cansar, ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia,
No sabiendo que hacer ni aconsejarme
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme,
Mas por torpeza y gran maldad tenia,
Que aquel dolor en mí tampoco obráse
Que á quitarme la vida no bastáse.

En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Alcabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Acia el campo Español he dado vuelta
De noche, y desde lexos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que ésta gente
Era la vuelta de Cautén pasada,
Tambien que habia de ser forzosamente
Por éste paso estrecho la tornada:
Quise venir en trage diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvia.

¿Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad agena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena:
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Alfin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es
fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.

Aſí la bella joven laſtimada
Iba ſus desventuras recontando,
Quando una grueſa bárbara emboscada
Que eſtaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una ſúbita algarada
Las ſalidas y paſos ocupando,
Creciendo Indios aſí, que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al inſtante un Yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra
Diciéndome: ſeñor, echate al rio,
Que yo te ſalvaré que ſé la tierra:
Que penſar reſiſtir es desvario
A la gente que cala de la ſierra,
Bien puedes, o ſeñor, de mí fiarte
Que me verás morir pór escaparte.

Yo que al mancebo el roſtro revolvia
A agradecer la oferta y buen deſeo,
Ví á Glaura que ſin tiento arremetia
Diciendo: o juſto Dios, qué es lo que veo?
Eres mi dulce eſpoſo? ay vida mia,
En mis brazos te tengo y no lo creo:
Qué es eſto? eſtoy ſoñando, ó eſtoy
despierta?
Ay que tan grande bien no es coſa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento
Alegre tanto dél como admirado,
Viſto de Glaura el míſero lamento
En felice ſuceſo rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ſer revuelto el tiempo y limitado,
Dixe: amigos á Dios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.

Sin otro ofrecimiento ni promeſa
Piqué al caballo que ſalió ligero;
Pero aunque mas los Indios me den prieſa
Quiero, ſeñor, que aquí ſepais primero
Como á la entrada de la ſelva eſpeſa
Cariolán vino á ſer mi priſionero,
Quando medroſa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, ſacro ſeñor, que yo venia
Con algunos amigos, y ſoldados,
Despues de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados:
Mas ya que á nueſtro aſiento me volvia
Con diez priſioneros bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestáse el miedo;
Pero con gran desprecio y alta frente
Apercibiendo el arco estuvo quedo:
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y á Acebedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fue la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro Araucano,
Que no fue el gran tropél de gente parte
A que dexáse un solo paso el llano:
Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar envano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera
Al animoso mozo aficionado,
Enmedio me lancé diciendo: afuera,
Caballeros, afuera haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado,
Y darle así la muerte ya sería
No esfuerzo ni valor, mas villania.

Todos ſe detuvieron, conociendo
Quan mal el acto infame les eſtaba,
Solo el Indio no ceſa pareciendo
Que de alargar la vida le peſaba:
Alfin la daga y paſo recogiendo,
Pues ya la corteſia le obligaba,
Revuelto á mí me dixo: ¿qué te importa
Que ſea mi vida larga, ó que ſea corta?

Pero de mí ſerá reconocida
La obra pia y voluntad humana,
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana:
Que á quien ha de vivir míſera vida
No le puede eſtar mal muerte temprana,
Aſique en no matarme como digo
Cruel miſericordia uſas conmigo.

Mas porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recibido,
Me pongo en tu poder y aſi me entrego
A mi fortuna míſera rendido:
Eſto dicho, la daga arrojó luego
Doméſtico el que indómito habia ſido,
Quedando desde allí ſiempre conmigo,
No en figura de ſiervo, mas de amigo.

Ya el exercicio y belicoſo eſtruendo
De las armas y voces reſonaban,
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá ſocorro demandaban:
Era la ſenda eſtrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban,
Que el bagaje, la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paſo y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
Acia la entrada y paſo del Eſtado,
Deſpues ya en forma oblica largo trecho
De dos áſperos cerros apretado:
Y vienen á ceñirle en tanto eſtrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angoſta aquella via
Un arroyo que lleva en compañia.

Aſí á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuſo remolino
La tempeſtad de tiros reparando:
No baſta de la paſta el temple fino,
Grevas, petos, celadas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al ſuelo van descalabrados
Sin poder en las ſillas ſoſtenerſe,
Otros qual rana ó ſapo aporreados
No pueden aunque quieren, removerſe:
Otros á gatas, otros derrengados
Arraſtrando procuran acogerſe
A algun reparo ó hueco de la ſenda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en éſte paſo eſtrecho el enemigo
La gente y municion en orden pueſta,
Tenia á nueſtros ſoldados como digo
De ventaja las piedras y la cueſta:
Donde puedo afirmar como teſtigo,
Que era la lluvia tan eſpeſa y preſta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abaxo en piezas ſe venia.

Como quando ſe ve el ayrado cielo
De eſpeſas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruinar el ſuelo
De rayos, piedra, y tempeſtad cargado;
Las aves mata enmedio de ſu vuelo,
La gente, beſtias, fieras, y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defenſas, y guaridas;

Así los Eſpañoles conſtreñidos
De aquel granizo y tempeſtad furioſa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun arbol ó peña cabernoſa:
Dó reparados algo y defendidos
Con la virtud antigua generoſa
Cobrando nuevo esfuerzo y eſperanza
A la victoria aſpiran y vanganza.

Y desde allí con la preſteza uſada
Las apuntadas miras aſeſtando
Les comienzan á dar una rociada
Muchos en poco tiempo derribando:
Ya por la áſpera cueſta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan eſtraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la coſa, y entre tanto
Que en éſta eſtrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto
Donde mayores voces reſonaban,
Se habian los Indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas ſaqueaban,
Haciendo grande riza y ſacrificio
En la gente de guarda y de ſervicio.

Quién con carne, con pan, fruta, ó
pescado
Sube, ligeramente á la alta cumbre,
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre;
Del alto y baxo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Qual vanda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion havia:
Y así rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué dó estaban hasta diez soldados
En un hucco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida:
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto,

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso:
Y adonde estaba el General llegados,
Que sabido el desorden y el exceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos exemplar castigo.

Y habiendo en Talcamavida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del Estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde despues de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dixo libremente todo quanto
Podrá ver quien leyere el otro Canto.

## CANTO XXIX.

Entran los Araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas: pide Tucapél que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacada brava y animosamente.

O quánta fuerza tiene, o quánto incita
El amor de la patria! pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos:
Qualquier peligro y muerte facilita,
Al padre, al hijo, á la muger dexamos
Quando en trabajo á nuestra padria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos!

Buen teſtimonio deſto nos han ſido
Las hazañas de antiguos ſeñaladas,
Que por la châra patria han convertido
En ſus mismas entrañas las espadas:
Y ſu glorioſa fama han eſtendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Caſſio, Filon, Cosdro Atenienſe,
Régulo, Ageſilao, y el Uticenſe.

Entrar pues en el número merece
Eſta Araucana gente, que con tanta
Mueſtra de ſu valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta:
Y en el firme propóſito parece,
Que ni rigor del hado y toda quanta
Fuerza pone en ſus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en ſolos tres meſes perdido
Quatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triſte ni abatido,
Mas con valor grandíſimo y conſtancia:
Eſtaban como atrás habeis oido
En conſejo de guerra, haciendo inſtancia
En darnos otro aſalto, mas la mano
Tomo diciendo aſí Caupolicano:

Conviene, o gran Senado religioſo!
Que vencer ó morir determinemos,
Y en ſolo nueſtro brazo valeroſo
Como último remedio confiemos:
Las caſas, ropa, y mueble infructuoſo,
Que al descanſo nos llaman abraſemos,
Que habiendo de morir todo nos ſobra,
Y todo con vencer deſpues ſe cobra.

Es neceſario y juſto que ſe entienda
La grande utilidad que deſto viene,
Que no es bien que haya aſiento en la hacienda
Quando el honor aun ſu lugar no tiene:
Ni es razon que ſoldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las caſas y heredades.

Aſique en éſta guerra tan reñida
Quien pretende descanſo como digo
Pienſe que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitáre al enemigo;
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto
Sinó ſolo matar, ó quedar muerto.

Oído allí por los Caciques eſto
Muchos ſuſpenſos ſin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado geſto
Enarcando las cejas ſe miraron:
Pero rompiendo aquel ſilencio pueſto
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en ſu favor tantas razones,
Que ſe llevó tras ſí las opiniones.

Aſí el valiente Ongolmo no eſperando
Que otro en tal ocaſion le precedieſe,
Aprueba á voces la demanda, inſtando
En que por obra luego ſe puſieſe:
Siguió éſte parecer Purén jurando
De no entrar en poblado haſta que vieſe
Sin medio, ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz ſegura.

Lincóya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezoſos,
Que aun mas de lo poſible prometieron
Segun eran gallardos y animoſos:
Tambien Rengo y Gualemo ſe ofrecieron,
Y los demas Caciques orgulloſos
Talcaguan, Lemolemo, y Orompello,
Haſta el buen Colocólo vino en ello.

Reſueltos pues en eſto y decretado
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo que á todo habia callado
Con gran ſoſiego y con atento oído,
Deſpues del alboroto ſoſegado,
Y aquel arduo negocio difinido,
Pueſto en pie levantó la voz ardiente,
Que jamas hablar pudo blandamente,

Diciendo: Capitanes, yo el primero
En lo que el General propone vengo,
Por parecerme juſto, y aſi quiero,
Que ſe abraſe y aſuele quanto tengo:
En lo demas al brazo me refiero,
Que ſi un mes en ſu fuerza le ſoſtengo,
Pienſo escoger deſpues á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

Y ſi algun miſerable no concede
Lo que tan juſtamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar orden excluido:
Que ya por nueſtra parte no ſe puede
Venir á ningun medio, ni partido
Sin dexar de perder, pues la contienda
Es ſobre nueſtra libertad y hacienda.

Aſique yo tambien determinado
De ſeguir vueſtros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado,
Que muevo nuevas cauſas y qüeſtiones,
Del natural honor eſtimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dexar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio á parte.

Ya tendreis en memoria el deſafio
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Aſimismo el que tuve con ſu tio,
Que quiſo mas morir deſeſperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y quanto á mi peſar ſe ha dilatado,
Quiero ſin eſperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deſeo.

Que aſaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues ſe trata
Que conmigo ha de entrar en eſtacado,
Y aſi vanaglorioſo lo dilata:
Mas yo de tanta dilacion canſado,
Pues que cada ocaſion lo desbarata,
Pido que nueſtro campo ſe fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

Pues ya Peteguelén viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa:
Y así se me escapó mañosamente,
Que fue puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

Tambien Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido:
Y debaxo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Quando el ayrado Rengo echando fuego
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: la batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego,
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.

Arremetiera Tucapel, ſi en eſto
Caupolicán, que á tiempo ſe previno,
Con preſta diligencia enmedio pueſto
La vóz no le atajára y el camino:
Y con ſevera mueſtra y grave geſto
Reprehendiendo el loco deſatino,
Por rematar entre ellos la porfia
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo ſeñalado,
Que fue para de aquel en quatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoſo fin muchas porfias:
Quién apoſtaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién grangerias,
Algunos que ganar no deſeaban
Las uſadas mugeres apoſtaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un eſento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatieſen mano á mano:
Publicando en pregon las condiciones
Por el eſtilo y término Araucano,
Para que á todos manifieſto fueſe,
Y ninguno ignorancia pretendieſe.

Llegado el plazo al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado;
Luego la bullicioſa compañia
Comenzó á rodear el eſtacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana, ni texado
De donde descubrirſe algo pudieſe,
Que cubierto de gente no eſtuvieſe.

El ſol algo encendido y perezoſo
Apenas del oriente habia ſalido,
Quando por una parte el animoſo
Tucapel aſomó con gran ruído:
Por otra pues no menos orgulloſo
Al mismo tiempo aparecer ſe vido
Al fantáſtico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera mueſtra y paſo tardo.

Las robuſtas perſonas adornadas
De fuertes petos dobles relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Haſta el embeyne de los pies armados:
Mazas cortas de acero barreadas,
Grueſos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada qual ceñido
Un corbo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, ſeñor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de tornéo,
Por las quales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodéo,
Deſpues que con viſtoſo y gentil arte
Su término acabaron y paſeo,
Ayroſo cada qual quedó á ſu lado
Dentro de la gran plaza y eſtacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Qual ſe requiere en actos ſemejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes:
Ceſó luego el eſtrépito y bullicio
En todos los atentos circunſtantes,
Oyendo el ſón de la trompeta en eſto,
Que robó la color de mas de un geſto.

Luego los dos famoſos combatientes,
Que la tarda ſeñal ſolo atendian,
Con bizarros y ayroſos continentes
En paſo igüal á combatir movian:
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos de tales golpes ſe herian,
Que eſtuvo cada qual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegára el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igüal decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fue de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo enmedio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado
Suspensos los sentidos y la mente:
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el ayrado bárbaro furioso
Mas del honor, que del dolor sentido:
Así fuera de término rabioso
De soverbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fue en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueſo eſtremo deſcargó en vacío:
Fue el golpe aunque furioſo tolerable,
Quitándole la fuerza el desvario,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fue al ſoslayo el Araucano
Se fue un poco al través desvaneciendo,
Alfin puſo en el ſuelo la una mano,
Soſtener la gran carga no pudiendo:
Pero viendo el peligro no liviano
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con ſu deſenvoltura y maza preſta
Le vuelve aun mas peſada la respueſta.

Era coſa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la deſtreza,
Las entradas, heridas, y reparos:
Tanto que temo ya de mi torpeza
No poder por ſus términos contaros
La mas reñida y ſingular batalla,
Que en relacion de bárbaros ſe halla.

Aſí el fiero combate igüal andaba,
Y el golpear de un lado y de otro eſpeſo,
Que el mas templado golpe no dexaba
De magullar la carne ó romper hueſo:
El ayre cerca y lexos retumbaba
Lleno de eſtruendo y de un aliento grueſo,
Que era tanto el rumor y bateria,
Que un exército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de fuerte la celada,
Que vió lleno de eſtrellas todo el ſuelo,
Y la cabeza le quedó atronada:
Pero en ſí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan preſto á Rengo al desviarſe,
Que nó tuvo lugar de repararſe.

Cayó el peſado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que tódos le tuvieron ya por muerto,
Y eſtuvo adormecido una gran pieza:
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada ſe endereza,
Y ſobre Tucapel furioſo aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole ſin maza en éſta guerra,
Que en dos trozos ſaltó lexos quebrada,
La ſuya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida eſpada:
En eſto Tucapel otra vez cierra
La ſuya fuera en alto levantada;
Mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano
Hizo que descargáſe el golpe envano.

Llegó el cuchillo al ſuelo y gran pedazo
Aunque era duro, en él quedó enterrado,
Y en éſte impedimento y embarazo
Fue Tucapel herido por un lado:
De ſuerte que el ſinieſtro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando ſegundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debaxo del escudo recogido
Rengo el deſaforado golpe espera,
El qual fue en dos pedazos dividido
Con la creſta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el ſuelo ſe tendiera;
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y deſatiento.

No por eſto medroſo ſe retira,
Antes hacer cruda venganza pienſa,
Y aſí lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofenſa,
Furioſo de revés un golpe tira
Con la eſtrema pujanza y fuerza inmenſa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióſe tan adentro que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo qual arrojando el roto escudo
Valerſe de los brazos le convino:
Tucapel que robuſto era y membrudo
Al mismo tiempo le ſalió al camino,
Echándole los ſuyos de manera
Que un grueſo y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de ſeis de dos el era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las preſas cada uno
Con viva fuerza y con igüal deſtreza
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la induſtria y arte.

Aſíque pecho á pecho forcejando
Andaban con furioſo movimiento,
Tanto los duros brazos añudando,
Que apenas recibir pueden aliento:
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aſpira cada qual al vencimiento,
Procurando por fuerza como digo
De poner en el ſuelo al enemigo.

Era cierto eſpectáculo eſpantoſo
Verlos tan recia y duramente aſidos,
Llenos de ſangre y de un ſudor copioſo
Los roſtros y los ojos encendidos:
El aliento ya grueſo y preſuroſo,
El forcejar, gemir, y los ronquidos,
Sin descanſar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoria.

Mas Tucapel ardiendo en viva ſaña
Teniéndoſe por floxo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deſte y de aquel lado:
Rengo con gran deſtreza y cauta maña
Recogido en ſu fuerza y reportado
Su opinion y propóſito ſoſtiene,
Y en igüal eſperanza ſe mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiſo rebatir el pie derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo ſuspende de tierra ſobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le eſtremece, ſacude, y tiene eſtrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le dexa tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo facilmente
Dar fin al hecho, y rematar la guerra,
Rengo que era dieſtríſimo y valiente
Hizo con fuerza pie cobrando tierra:
Y de rabioſa cólera impaciente
De un fuerte rodeon ſe deſafierra,
Llevándoſe en las manos apretado
Quanto en la dura preſa habia agarrado.

Fue Tucapel un rato descompueſto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia pueſto
Hincó en el ſuelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas preſto
Rajando los escudos en haſtillas,
Con tempeſtad de golpes preſuroſos
Mas fuertes que al principio, y mas furioſos.

Eſtaban los preſentes admirados
De aquel duro teſon y valentia,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la ſangre que el ſuelo humedecia:
Los arneſes y escudos deſtrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sinó ſolo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al ſoslayo la rodela,
Que aunque de grueſos cercos guarnecida
Entró como ſi fuera blanda ſuela:
No quedó alli la eſpada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaraguel de ñudo grueſo
Penetrando la carne haſta el hueſo.

No ſe vió corazon tan ſoſegado,
Que no dieſe en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda mueſtra y roſtro ayrado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lexos arrojado
De un furor infernal ya poſeído
De ſuerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí penſó quedar ſeguro.

Guarte, Rengo, que baxa, aguarda, aguarda
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamas gobernó bárbara eſpada:
Mas quien el fin deſte combate aguarda
Me perdone ſi dexo deſtroncada
La hiſtoria en éſte punto, porque creo
Que aſi me eſperará con mas deſeo.

## CANTO XXX.

Contiene eſte Canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo: aſimismo lo que Pran Araucano paſó con el Indio Andreſillo, Yanacóna de los Eſpañoles.

Qualquiera deſafio es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Quando no va el deſignio enderezado
Al bien comun y univerſal provecho:
Y no por cauſa propria y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y eſtacadas
Juſtifica las armas condenadas.

Muchos querran decir que el deſafio
Es de derecho y de coſtumbre uſada,
Pues con el ſér del hombre y alvedrio
Juntamente la ira fue criada:
Pero ſugeta al freno y ſeñorio
De la razon, á quién encomendada
Quedó para que aſí la corrigieſe,
Que los términos juſtos no escedieſe.

Y el Profeta nos da por documento,
Que en ocaſion y á tiempo nos ayremos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no paſemos:
Pues dexados llevar del movimiento
Del ſér y la razon de hombres perdemos,
Es viſto que difieren en muy poco
El hombre ayrado, y el furioſo loco.

Y aunque ſe diga y es verdad que ſea
Impetu natural el que nos lleva,
Por la alteracion de ira ſe vea,
Que á combatir la voluntad ſe mueva,
A execucion, el acto, la pelea
Es lo que ſe condena y ſe reprueba,
Cuando aquella paſion que nos induce
Del yugo de razon no ſe reduce.

Por donde claramente si se mira
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En quanto á la razon fuere obediente:
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede contar Campion, el combatiente
Usar della en el tiempo necesario,
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardia,
O por jatancia vana, ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentia,
O por rencor, por odio ó por venganza:
Si es por declaracion de la porfia
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo prefuncion y orgullo vano
Como fieras se estan despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Quanto lexos de justa su querella.

Digo, que los combates aunque uſados
corrupcion del tiempo introducidos
de todas las leyes condenados,
:n razon militar no permitidos:
'o en algu os caſos reſervados,
: ſerán á ſu tiempo referidos,
teria á los ſoldados importante
un que lo verémos adelante.

Déxolo aquí indeciſo, porque viendo
brazo en alto á Tucapel alzado,
culpo me caſtigo, y reprehendo
haberlo tanto tiempo aſí dexado:
o á la hiſtoria y narracion volviendo
oiſtes ya gritar á Rengo ayrado
: baxaba ſobre él la fiera eſpada
el gallardo brazo gobernada.

El qual viéndoſe junto, y que no pudo
ir del grave golpe la caída,
5 con ambas manos el eſcudo,
perſona debaxo recogida:
ſe detuvo en él el filo agudo,
baſtó la celada aunque fornida,
: todo lo cortó, y llegó á la frente
iendo una abundante y roxa fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pie dificilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo,
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los pies desbaratado,
Pero volviendo á recobrarse presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y nudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende sacude, y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza, y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En eſto Rengo á tiempo el pie trocado
el firme Tucapel ciñó el derecho,
entre los duros brazos apretado
rgó ſobre él con fuerza el duro pecho:
ie tanto el forcejar, que ambos de lado
n poderlo escuſar á ſu despecho
ieron á un tiempo en tierra de manera
mo ſi un muro, ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
mienzan por el campo á revolcarſe,
con puños de tierra á un tiempo luego
ocuran y trabajan por cegarſe:
anto que alfin el uno y otro ciego
o pudiendo del hierro aprovecharſe,
on las agudas uñas y los dientes
muerden y apedazan impacientes.

Aſi fieros, ſangrientos y furioſos
uál ya debaxo, quál ya encima anda-
ban,
los roncos aceros preſuroſos
el apretado pecho reſonaban:
as no por eſto un punto vigoroſos
la rabia y el ímpetu afloxaban,
oſtrando en el teſon y larga prueba
iar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas quando
Los dos Campiones de valor igüales
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor, y aliento,
Los pechos garleando levantados
Llenos de polvo y de sudor sangriento:
Los brazos y los pies enclavijados,
Sin muestra, ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo qual de sus amigos fue juzgado
Ser notoria ventaja y mejoria:
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco aliento y corazon latiente.

El gran Caupolicano que aſiſtiendo
Como jüez de la batalla eſtaba,
El grave caſo y pérdida ſintiendo
Apriesa en la eſtacada plaza entraba:
El qual ſin detenerſe un punto viendo,
Que alguna ſangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas ínclitos varones.

Y ſiguiendo detrás con todo el reſto
De la nobleza y gente mas preciada
Fue con honra ſolene y pompa pueſto
Cada qual en ſu tienda ſeñalada:
Donde acudiendo á los remedios preſtó,
Y la ſangre con tiempo reſtañada,
La cura fue de ſuerte que la vida
Les fue en breve ſazon reſtituída.

Paſado el punto y término temido
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del caſco Tucapel ſentido
No dexaba curarſe braveando:
Pero el prudente General ſufrido
Con blandura la cólera templando,
Aſí de poco en poco le reduxo,
Que á la razon doméſtico le truxo.

Mas viendo la comarca tan poblada
Fértil de todas cosas y abundante
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante:
Quedó primero la ciudad trazada,
De la qual hablarémos adelante,
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó despues el nombre y el asiento.

Dexando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y pláticos soldados,
En orden de batalla, y són de guerra
Rompimos por los términos vedados:
Y atravesando de Puren la sierra
De la hambre y las armas fatigados
A la Imperial llegamos salvamente
Donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegar
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados corrompidas:
Y el exceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demas por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos ſatisfecho
Del ſueño y hambre míſera tranſida,
Quando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra entórno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo aſí nueſtra fuerza dividida,
Ayuntaban la ſuya con motivo
De no dexar preſidio, ni hombre vivo.

Luego pues haſta treinta apercibidos
De los que mas en orden nos hallamos,
Por la eſpeſura de Tirú metidos
La barrancoſa tierra atraveſamos:
Y los tomados paſos desmentidos
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar, ni dormir noche, ni dia
Al preſidio Eſpañol y compañia.

Donde ya nueſtra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra revelada,
Que por eſtraño caſo acontecido
De la junta y deſignio fue aviſada:
Y habiendo alegremente agradecido
El ſocorro y ayuda no penſada,
Nos dió del caſo relacion entera,
El qual paſa, ſeñor, deſta manera.

El Araucáno exército entendiendo
Que ſu próſpera ſuerte declinaba,
Y que Caupolicán iba perdiendo
La gran figura en que primero eſtaba;
En ſecretos concilios discurriendo,
Del Capitan ya odioſo murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conſervar la dignidad del cargo.

No con tan ſuelta voz y atrevimiento
Que el mas libre y oſado no temieſe,
Y del menor edicto y mandamiento
Quanto una ſola mínima excedieſe:
Que era tanto el caſtigo y escarmiento
Que no ſe vió jamás quien ſe atrevieſe
A reprobar el orden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo alfin como prudente
El revolver del hado incontraſtable,
Y la poca obediencia de ſu gente
Viéndole ya en eſtado miſerable:
Que la buena fortuna facilmente
Lleva ſiempre tras ſí la fé mudable,
Y un mal ſuceſo y otro cada dia
La mas ardiente devocion reſfria:

Quiſo dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él ſe declaráſe,
Y no dexar remedio y coſa alguna
Que para ſu deſcargo no intentáſe:
Entre muchas alfin reſuelto en una
Antes que ſu intencion comunicáſe,
Con la preſteza y orden que convino
De municiones y armas ſe previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro exâminâſe,
Y algun ſuceſo y ſúbita mudanza
Los animos del todo resfriáſe:
Con ànimoſa mueſtra y confianza
Mandó que de la gente ſe apretáſe
Al tiempo y hora del ſilencio mudo
El mas copioſo exército que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,
En la qual reſolvió, que convenia
Dar el aſalto al Fuerte por el lado
De la poſta de Ongolmo al mediodia:
Que de cierto eſpion era avifado
Como la gente que en defenſa habia,
Demas de eſtar ſegura y descuidada
Era poca, viloña y deſarmada.

Que el Capitan auſente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Haſta dexar la tierra reducida:
Y en las nuevas conquiſtas ocupado
Sin poder ſer la plaza ſocorrida,
Enbreve por aſalto facilmente
Podian entrarla, y degollar la gente.

Fue tan grave y ſevero en ſus razones,
Y tal la autoridad de ſu preſencia,
Que ſe llevó los votos y opiniones
En gran conformidad ſin diferencia:
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de ſeguir haſta morir de veras
En entrambas fortunas ſus vanderas.

Luego Caupolicano reſoluto
Habló con Pran ſoldado artificioſo,
Simple en la mueſtra, en el aſpecto bruto,
Pero agudo, ſutil y cauteloſo,
Prevenido ſagaz, mañoſo, aſtuto,
Falſo, diſimulado, malicioſo,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, ſolícito, y ſecreto.

El qual en puridad bien inſtruído
n lo que el arduo caſo requeria,
e pobre ropa y parecer veſtido
el preſidio Eſpañol tomó la via:
fingiendo ſer Indio foragido
: entró por la Chriſtiana rancheria
ntre los Indios mozos de ſervicio,
ando en la ſimple mueſtra dello indicio.

Debaxo de la qual miraba atento
n moſtrar atencion lo que paſaba,
con diſimulado advertimiento
is ocultos deſignios penetraba:
l vez entrando en el guardado aſiento
i la figura rúſtica notaba
gente, armas, el orden, ſitio, y traza,
i mas fuerte, y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
las perſonas menos recatadas
i mañoſamente escudriñando
s ſecretos y coſas reſervadas:
aquí y allí los ánimos tentando
scaba con razones disfrazadas
iſo capaz y ſuficiente ſeno
nde vaciar pudieſe el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto!
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los Yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones,
Que Pran á su proposito traía,
Vino el otro á decir las vexaciones
Que el Araucano Estado padecia,
Los insultos agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza, y tyranía
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia sido
Tan presto el falso amigo á la parada;
Hallando voluntad y grato oido,
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: ſi ſientes, o ſoldado!
La perdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y eſtado
De nueſtra opreſa patria miſerable,
Hoy la fortuna y poderoſo hado
Moſtrándonos el roſtro favorable,
Ponen ſolo en tu mano libremente
La vida y ſalvacion de tanta gente.

Que el gran Caupolicano que en la tierra
Nunca ha ſufrido igüal, ni competencia,
Y en paz ocioſa, y en ſangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere vieno el valor que en tí ſe encierra
Tu induſtria grande, y grande ſuficiencia
Fiar en ocaſion tan oportuna
El eſtado comun de tu fortuna.

Y que á tí cómo á cauſa ſe atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una coſa quiere que ſea ſuya
Con la qual queda ufano y ſatisfecho,
Que es haber elegido tal ſujeto
Para tan grande y importante efeto.

Pues á tí libremente cometido
Puede fuceſo próſpero eſperarſe,
Y á tu dichoſa y buena ſuerte aſido
Quiere llevado della aventurarſe:
Y aſí en figura humilde reveſtido
Porque de mí no puedan recatarſe,
Vengo qual ves, para que deſte modo
Te dé yo parte dello, y ſeas el todo.

Haciéndote ſaber como querria
(Si no es de algun oculto inconveniente)
Dar el aſalto al Fuerte al mediodia
Con furia grande y número de gente;
Por haberle aviſado cierta eſpia
Que en aquella ſazon ſeguramente
Deſcanſan en ſus lechos los ſoldados
De la moleſta noche trabajados.

Y ſin recato la ferrada puerta
(No ſiendo á nadie entonces reſervada)
Franca de par en par ſiempre eſta abierta,
Y la gente durmiendo deſcuidada:
La qual de ſalto facilmente muerta,
Y la plaza despues desmantelada
En la region Antártica no queda
Quien reſiſtir nueſtra pujanza pueda.

Aſique de tu ayuda confiado
Que todo ſe lo allana y aſegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y ſombra eſcura:
Adonde de ſu exército apartado
Debaxo de palabra y fé ſegura
Quiere comunicar ſólo contigo
Lo que ſumariamente aquí te digo.

Enſancha, enſancha el pecho, que ſi quieres
Gozar deſta ventura prometida,
Demas del grande honor que conſiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo ſiempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

Mira pues lo que deſto te parece,
Conoce el tiempo y la ocaſion dichoſa,
No ſeas ingrato al cielo que te ofrece
Por ſolo que la acetes tan gran coſa:
Da la mano á tu patria, que perece
En dura ſervidumbre vergonzoſa,
Y pide aquello que pedir ſe puede,
Que todo deſte aquí ſe te concede.

Dió fin con eſto á ſu razon atento
Al ſemblante del Indio ſoſegado,
Que ſin alteracion, y movimiento
Haſta acabar la plática habia eſtado:
El qual con roſtro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propueſta
Dió fin mas detenerſe éſta reſpueſta:

Quién pudiera aquí dar baſtante indicio
De mi intrínſeco gozo y alegria
De ver que eſtá en mi mano el beneficio
De la chara y amada patria mia:
Que ni riqueza, honor, cargo, ni oficio
Ni el gobierno del mundo y monarquia
Podrán tanto conmigo en éſte hecho,
Quanto el comun y general provecho.

Que ſufrir no ſe puede la inſolencia
Deſta ambicioſa gente deſtrenada,
Ni el diſoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene uſurpada:
Por lo qual la divina providencia
Tiene ya la ſentencia declarada,
Y el exemplar caſtigo merecido
Al Araucano brazo cometido.

Vuelve á Caupolican y de mi parte
ſi pronta voluntad le ofrece cierta,
)ue quanto en eſto quieras alargarte,
:e ſacaré yo á ſalvo de la oferta:
mañana ſin duda por la parte
le la inculta marina mas deſierta
:ré con él, dó tratarémos largo
eſto que desde aquí tomo á mi cargo.

Por la ſoſpecha que nacer podria,
:rá bien que los dos nos apartemos,
deshecha por hoy la compañia
donde nos aguardan arribemos:
)ue mañana despacio al mediodia
on mayor libertad nos hablarémos,
de mí quedarás mas ſatisfecho:
Dios, que es tarde, á Dios, que es largo el trecho.

Aſí luego partieron el camino
levándole diverſo y diferente,
)ue el uno al Araucano campo vino,
el otro adonde eſtaba nueſtra gente;
l qual con gozo y ánimo malino
lablando al Capitan ſecretamente
.e dixo punto á punto todo quanto
)irá quien escuchâre el otro Canto.

## CANTO XXXI.

Cuenta Andreſillo á Reynoſo lo que con Bran dexba concerrado; habla con Caupolican cauteloſamente, el qual engañado viene ſobre el Fuerte, penſando hallar á los Eſpañoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traycion ſobre amiſtad forjada,
Que al cielo, tierra, y al infierno indina:
Que aunque el ſeñor de la traycion ſe agrada
Quiere mal al traydor, y le abomina;
Tal es éſte nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces veréis que el alevoso
En eſtado ſeguro permanece,
De nadie amado, á todo el mundo odioſo
Que el mismo intereſado le aborrece:
Amigo en todo tiempo ſoſpechoſo
Aunque trate verdad no lo parece,
Y alcabo no ſe escapa del caſtigo
Que la misma maldad lleva conſigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debaxo de ſeguro al enemigo,
¿Qué ſerá aquel que al enemigo vende
La libertad y ſangre del amigo,
Y que él con roſtro de leal pretende
Ser traydor á ſu patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarſe puede el ſabio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverſo, inſolente, del malvado,
Pero no del traydor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido,
No hay contra el desleal ſeguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andreſillo, que dexaba
Al amigo engañado y ſatisfecho
El qual con la gran prieſa que llevaba
En poco eſpacio atraveſó gran trecho:
Y puesto ante Reynoſo el qual eſtaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándoſe el traydor de ſu malicia
Della y de la traycion le dió noticia,

Diciéndole: ſabrás que uſando el hado
Hoy de piadoſo término contigo,
Las coſas de manera ha rodeado
Que puedo ſerte provechoſo amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dexado
La muerte ó ſalvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andreſillo
La arbitraria ſentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fé debida
A mi tierra y nacion por tu reſpeto,
Quiero, ſeñor, ſacrificar la vida
Por escapar la tuya deſte aprieto,
Y encontra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áſpero decreto,
Desviando gran número de eſpadas
Que eſtan á tu coſtado enderezadas,

Tras eſto allí le dixo todo quanto
Con Pran le ſucedió y habeis oido,
Que ſi me acuerdo en el paſado Canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reynoſo atónito de eſpanto,
Y con ánimo y roſtro agradecido
Los brazos amoroſos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la aſtucia y artificio
Con que del trato doble uſado habia,
Exágeró el famoſo y gran ſervicio
Que á todo el Reyno y chriſtiandad hacía,
Diciendo que tan grande beneficio
Siempre en nueſtra memoria duraria,
Con honroſo premio de preſente
Sería remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia
Sin que noticia dello á nadie dieſe
En el tiempo y lugar que pueſto habia
Con el vecino Capitan ſe vieſe,
Que de la viſta y habla entenderia
Lo que mas al negocio conviniеſe,
Truyéndole por mañas y rodeo
Al eſperado fin de ſu deſeo.

Hizolo pues así; pero antes deſte
A la ſalida de un eſpeſo valle
Halló al amigo en centinela pueſto
Eſperándole ya para guialle:
Donde Caupolicán con ledo geſto
Saliendo algunos paſos á encontralle,
Adelantado un trecho de ſu gente
Le recibió amoroſa y cortesmente,

Diciendo: o Capitan, hoy por el cielo
En éſta dignidad conſtituido,
A quien la redencion del patrio ſuelo
Juſta y meritamente ha cometido:
Bien ſé que ſolo con honrado zelo
De virtud propria y de valor movido
Aſpiras arribar dó ningun hombre
Tendrá pueſto adelante mas ſu nombre.

Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y deſignio valeroſo
De tu fortuna proſpera guiado,
Que promete ſuceſo venturoſo,
Eſtoy reſuelto, eſtoy determinado
Que con golpe de gente numeroſo
Démos ſiendo tú ſolo nueſtra guia
Sobre el Fuerte Eſpañol á mediodia.

Para lo qual ha ſido mi venida
orda y ſecretamente en éſta parte,
)onde ſiendo tu boca la medida
)uiero del juſto premio aſegurarte:
[ ver ſi á tí éſta empreſa cometida
)uieres della y noſotros encargarte,
)ando como cabeza y dueño en todo
l orden, la inſtruccion, la traza y modo.

Que demas de las honras te aſeguro
le parte del Senado un Señorio,
por el fuerte Epónamon te juro,
ue eſto ſerá escogido á tu alvedrio:
n tus manos me pongo y aventuro,
á tu buen parecer remito el mio,
ara que des el orden que convenga,
el eſperado bien no ſe detenga.

Pues con tu ayuda y mi eſperanza
cierta
)ue me prometen próspera jornada
n una parte oculta y encubierta
engo cerca de aquí mi gente armada:
antes que ſea de algunos descubierta,
la plaza enemiga preparada,
ue es el peligro ſolo que eſto tiene,
preſurar la execucion conviene.

Reſuélvete, o varon, y determina
Como de tí ſe eſpera brevemente,
Que detras deſte monte á la marina
Eſtá el copioſo exército obediente:
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas, y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con eſperanza y ánimo gallardo.

El traydor pertinaz que atento eſtaba
A quanto el General le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia:
Bien que algun tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varón la valentia,
El ſer gallardo, y el feroz ſemblante
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robuſto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoſo relevado
Sobre el alto creſton de la celada:
En la derecha ſu baſton ferrado,
Ceñida al lado una tajante eſpada,
Repreſentando en talle y apoſtura
Del furibundo Marte la figura.

Viſto por Andreſillo quan barato
Podia ſalir con el malvado hecho,
Teniendo en ſu traycion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre ſemblante y roſtro grato,
Aunque con doble y engañoſo pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano
Tal reſpueſta volvió á Caupolicano.

O gran Apó, no pienſes que movido
Por honra, por riqueza, ó por eſtado
A tus pies y obediencia ſoy venido
A ſervirte y morir determinado:
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede mas ſer deſeado
No me provoca tanto, ni me inſtiga,
Quanto la gran razon que á ello me obliga.

Gracias al cielo doy pues mi eſperanza
En tu prudencia y gravedad fundada
La ſiento ya con próſpera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada:
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apreſures la jornada,
Siguiendo la fortuna que ſe muéſtra
Declarada en favor de parte nueſtra.

Que nueſtros enemigos ſin recelo
A las armas de noche acoſtumbrados
Quando va el ſol en la mitad del cielo
Descanſan en ſus toldos deſarmados:
Y desnudos y echados por el ſuelo
En vino y dulce ſueño ſepultados
Paſan la ardiente ſieſta en gran repoſo,
Haſta que el ſol declina caluroſo.

Y ſi eſtás como dices prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocaſion te pido,
No dexando paſar éſta bonanza,
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente ſi daña la tardanza,
Y pues no te detiene coſa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

Que á darte la victoria yo me obligo
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae conſigo,
Y ella misma es el premio verdadero:
Baſta lo que en ſervirte yo conſigo,
Y aſí graciosamente me prefiero
De ponerte ſin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado al tiempo quando
Vaya el ſol en mitad de ſu jornada
Vendrá á mi eſtancia Pran, donde aguardando
Eſtaré ſu venida deſeada:
Y en el Preſidio y franca plaza entrando
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado ſueño
Sin prevencion, y al parecer ſin dueño.

Eſta noche callada y quietamente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerſe en esqüadron la gente
Una milla del Fuerte y mas vecino:
Y quando aſóme el ſol por el oriente
Echada en recogido remolino,
Baxas las armas por la luz del dia,
Aguárde allí el aviſo y orden mia.

Quiero ver, pues que dello eres ſervido
Por ir del todo alegre y ſatisfecho,
Tu dichoſo esqüadron conſtituído
Para tan alto y ſeñalado hecho:
Por quien Arauco ya reſtituído
En ſus primeras fuerzas y derecho,
Echada la Eſpañola tyranía
Eſtenderá ſu nombre y monarquia.

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por ſeguro,
Diciéndole razones que moviera
No un corazon movible, pero un muro:
Y en ſeñal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueſo mazo de Chaquita prima,
Coſa entre ellos tenida en grande eſtima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pie de un alto cerro montuoſo
Vió el Araucano exército emboscado
De brava gente y número copioſo:
Quedó el traydor de verlo algo turbado,
Y en la falſa y mudable fé dudoſo;
Que en el ánimo vario y movedizo
Hacé el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada
Dándole espuelas y ánimo baſtante,
La duda tropelló repreſentada,
Llevando el mal propóſito adelante:
Y aſí encubriendo la intencion dañada
Con mentiroſas mueſtras y ſemblante
Loó el traydor encarecidamente
El ſitio, el orden, armas, y la gente.

Y deſpues de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Viſto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado
Llegó al preſidio al rematar del dia,
Adonde le eſperaba ya Reynoſo
De ſu larga tardanza ſoſpechoſo.

Hizo con ſingular advertimiento
De ſu jornada relacion copioſa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nueſtra llegada á tiempo provechoſa,
Què ſi eſtuviſteis á mi Canto atento,
Por la montaña y coſta montuoſa
Al ſocorro llegué aquel miſmo dia
Con los treinta que dixe en compañia.

Gaſtóſe aquella noche previniendo
Las armas e inſtrumentos militares,
El foſo, muro, y plaza requiriendo,
Señalando á la gente ſus lugares:
Haſta que fue la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triſte ſeñal del dia eſperado
Por tanta ſangre y muerte ſeñalado.

Jamas ſe vió en los términos Auſtrales
Salir el ſol tan tardo á ſu jornada,
Rehuſando de dar á los mortales
La claridad y luz acoſtumbrada:
Alfin ſalió cercado de ſeñales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco roſtro al cielo
Por no mirar al Araucano ſuelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente
Con igüales deſignios y eſperanza,
Aunque con hado y fuerte diferente:
Veis aquí á Pran, que ſolo y á la uſanza
De los Mitayos Indios diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo
Viene á buscar al alevoſo amigo.

Que á la ſalida de ſu rancho eſtaba
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que ſe paſaba
El tiempo del concierto aun no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado,
Que ſiempre en lo que mucho ſe deſea
No hay brevedad que dilacion no ſea.

Llegado Pran le aſeguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida
Habia el murado ſitio descubierto
Sin ſer de nadie viſta, ni ſentida:
Y con paſo callado y gran concierto
Doméſtica, ordenada, y recogida,
Los pechos y las armas arraſtrando
Venia derecha al Fuerte caminando.

Con mueſtra del deſignio diferente
Dió Andreſillo ſeñal de ſu alegria
Diciendo, que ſin duda nueſtra gente
Ya ſegun ſu coſtumbre dormiria:
Luego diſimulada y quietamente
Sin mas ſe detener de compañia
Entraron en el Fuerte preparado
El falſo engañador y el engañado.

Vieron en ſus eſtancias recogidos
Todos los oficiales y ſoldados,
Sobre ſus lechos ſin dormir dormidos
Con aviſo y cuidado descuidados:
Los arneſes acá desguarnecidos,
Los caballos allá deſenſillados,
Todo de induſtria al parecer revuelto,
En un mudo ſilencio y ſueño envuelto.

Viſto el repoſo Pran, viſto el ſoſiego,
Y poca guardia qúe en el Fuerte habia,
Alegre dello tanto, quanto ciego
En no ver la ſoſpecha que traía:
Sin detenerſe un ſolo punto luego
Por una corta ſenda que el ſabía,
Haciendo de ſus pies y aliento prueba
Fue á dar al campo la eſperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspueſto,
Quando Andreſillo en tono levantado
Dixo: o fuertes ſoldados, en quien pueſto
Eſtá el fin de la guerra deſeado!
Tomad las vencedoras armas preſto,
Y romped el ſilencio ya escuſado,
Saliendo á toda prieſa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo.

Marinero jamas tan diligente
De entre la vedixoſa bernia ſalta,
Qu ndo los gritos del piloto ſiente,
Y la borrasca ſúbita le aſalta,
Como noſotros que ligeramente
Oyendo de Andreſillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu ſalimos,
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al uſado peto arremetia,
Quién encaxa la gola y la celada,
Quién enſilla el caballo, y quién ſalia
Con arcabuz, con lanza, ó con eſpada:
Fue en un punto la grueſa artilleria
A las abiertas puertas aſeſtada,
Llenos de tiros mil de mil maneras
Los traveſes, cortinas, y troneras.

Pueſta en orden la plaza y encargando
Segun el puéſto á cada qual ſu oficio,
El ſilencio importante encomendando
Travó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel preſidio tan callando
Que la gente extramuros de ſervicio,
Viſto el ſoſiego y gran quietud juzgaba
Qué todo en igüal ſueño repoſaba.

No fue Pran en el curſo negligente,
Pues apenas eſtabamos armados,
Quando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y ſordamente
Baxas las armas, y ellos inclinados,
Que entráran, ſi la viſta ya no fuera
Mas preſta que el oído y mas ligera.

Como el curſado cazador que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo baxo viene
Entre la yerba y matas escondido:
Ya apreſura el andar, ya le detiene,
Mueve y aſienta el paſo ſin ruido
Haſta ponerſe cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor ſilencio y mayor tiento
Los encubiertos Indios parecieron,
Y ſobre nueſtro Fuerte en un momento
A treinta y menos paſos ſe puſieron:
De dó ſin ſón de trompa, ni inſtrumento
En callado tropél arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado, que descuido abiertas

No ſé con qué palabras, con qué guſto
Eſte ſangriento y crudo aſalto cuente,
Y la laſtima juſta, y odio juſto,
Que ambas coſas concurren juntamente:
El ánimo ahora humano, ahora robuſto.
Me ſuspende, y me tiene diferente,
Que ſi al piadoſo celo ſatisfago,
Condéno y doy por malo lo que hago.

Si del aſalto y ocaſion me alexo,
Dentro della y del Fuerte eſtoy metido,
Si en éſte punto y término lo dexo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido:
Aſí dudoſo el ánimo y perplexo
Deſtos juntos contrarios combatido,
Lo déxo al otro Canto reſervado,
Que de conſejo eſtoy neceſitado.

## CANTO XXXII.

Arremeten los Araucanos el Fuerte: son rebatidos con miserable estrago de su parte: Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo: cuenta D. Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera Historia y vida de Dido.

Excelente virtud, loable cosa
De todos dignamente celebrada
Es la clemencia ilustre y generosa
Jamas en baxo pecho apostentada:
Por ella Roma fue tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debaxo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes Reyes.

No conſiſte en vencer ſolo la gloria,
Ni eſtá allí la grandeza y excelencia,
Sino en ſaber uſar de la vitoria
Iluſtrándola mas con la clemencia:
El vencedor es digno de memoria
Que en la ira ſe hace reſiſtencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y aſí no es el vencer tan glorioſo
Del Capitan cruel inexôrable,
Que quanto fuere menos ſanguinoſo,
Tanto ſerá mayor, y mas loable:
Y el correr del cuchillo riguroſo
Mientras dura la furia es disculpable,
Mas paſado deſpues á ſangre fria
Es venganza, crueldad, y tyrania.

La mucha ſangre derramada ha ſido
(Si mi juicio y parecer no yerra)
La que de todo en todo ha deſtruído
El eſperado fruto deſta tierra:
Pues con modo inhumano han excedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquiſtas
Crueldades inormes nunca viſtas.

Y aunque éſta en mi opinion dellas
es una,
La voz comun encontra me convence,
Que alfin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es juſto y lícito al que vence:
Mas dexada éſta plática importuna
Me parece ya tiempo que comience
El crudo eſtrago y exceſivo modo
En parte juſto, y laſtimoſo en todo.

Dexé el bárbaro campo ſobre el Fuerte
Enmedio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil generos de armas prevenida;
Llevado pues del hado y dura ſuerte
Con preſto paſo y con fatal corrida
Emboca por la puerta y falſa entrada
El gran tropél de gente amontonada.

Dios ſempiterno, ¡qué fracaſo eſtraño,
Qué riza, qué deſtrozo y bateria
Huvo en la triſte gente, que al engaño
Ciega penſando de engañar venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La eſpantoſa y tremenda artilleria,
El ñublado de tiros turbulento,
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados
Lloviendo lexos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas, y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Quando con grande estrépito rebienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela, y máquinas avienta:
Con mas estruendo, y con mayor ruína
La fuerza de la pólvora violenta
Voló y hizo pedazos en un punto
Quanto del esqüadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el exército Araucano,
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna
Que errárse el golpe, ni cayese envano:
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así aunque yo apresure mas la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,
Quando por verſe fuera en campo raſo
Los caballos á un tiempo eſpoleados
Rompen la entrada y ocupado paſo,
Y en los ſegundos Indios, que ovillados
Eſtaban como atónitos del caſo,
Hacen riza y mayor carniceria,
Que pudiera hacer la artilleria.

Quién aqueſte y aquel alanceando,
Abre ſangrienta y ancha la ſalida,
Quién á dieſtro y ſinieſtro golpeando
Priva aqueſtos y aquellos de la vida:
No hay ánimo, ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida,
Ni eſpada de tan grueſo y boto filo
Que no deſtile ſangre hilo á hilo.

Quiſiera aquí deſpacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos,
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,
Otros, que era gran láſtima mirallos,
Las entrañas y ſeſos descubiertos,
Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros ſin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miſerable y laſtimoſo duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el ayre y cóncavo del cielo:
Luchando con la muerte los caídos
Se tuercen y rebuelcan por el ſuelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diverſos lugares y heridas.

Ya que libre dexó el ſúbito eſpanto
Al embaucado Pran que eſtaba fuera,
Viſto el deſtrozo cierto y falſo quanto
El traydor de Andreſillo le dixera:
La pena y ſentimiento pudo tanto,
Que aunque escaparſe el míſero pudiera,
Enmedio de las armas deſarmado
A morir ſe arrojó deſesperado.

Mas los últimos Indios venturoſos,
A los quales llegó ſolo el eſtruendo,
Volviendo las eſpaldas preſuroſos
Mueſtran las plantas de los pies huyendo:
Los nueſtros del alcance deſeoſos
En carrera veloz los van ſiguiendo,
Hiriendo y derribando en los poſtreros
Los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes que eſtimaban
La ganada opinion mas que la vida,
Volviendo el pecho y armas refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida:
Y aunque con grande esfuerzo peleaban
Era preſto la guerra difinida,
Que la furioſa muerte allí ſu espada
Traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo quando
Se forman por mil partes los ñublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueſte frígido ſoplando
Los impele y arroja amontonados,
Haſta buscar del Abrego el reparo
Dexando el cielo raſo, y ayre claro:

Aſí la gente atónita y turbada
En partes dividida ſe eſparcia,
Y á las veces juntándoſe esforzada
Haciendo cuerpo y roſtro revolvia:
Pero de la violencia arrebatada
Dexó el campo y vanderas aquel dia,
Quedando de los rotos esqüadrones
Gran número de muertos y priſiones.

Deshechos pues del todo y deſtruidos,
Y acabado el alcance y ſeguimiento,
Los preſos y despojos repartidos
Volvimos al dexado aloxamiento:
Donde trece Caciques elegidos
Para exemplar caſtigo y escarmiento,
A la boca de un grueſo tiro atados
Fueron dándole fuego juſticiados.

Muchos habrá de preguntar ganoſos
Si en el monton y número de gente
Algunos de los Indios valeroſos
Fueron muertos allí confuſamente:
Pues en todos los hechos peligroſos
Rengo, Orompello, y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera
Abriendo ſiempre el paſo y la carrera.

Reſpondo á eſto: ſeñor, que no venia
Capitan, ni Cacique ſeñalado,
Viſto que el General uſado habia
De fraude y trato entre ellos reprobado,
Diciendo ſer vileza y cobardia
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria ſin gloria y alabanza
La que por baxo término ſe alcanza

Aſí que una arrogancia generoſa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego, ni otra coſa
Quiſo en ello venir ni dar ayuda:
Teniendo por hazaña vergonzoſa
Vencer gente ſin armas y desnuda,
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence ſin él, vence ſin honra.

Quedó Caupolican deſta jornada
Roto, deshecho, y falto de pujanza,
Que fue mucha la ſangre derramada,
Y poca de ſu parte la venganza:
El qual viendo la turba amedrentada,
Y el ardor resfriado y la eſperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente
Dando licencia á la canſada gente.

Quíſoſe entretener mientras paſaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de ſí que peleaba
Con canſada fortuna envegecida:
Aſí la gente en partes derramaba
Con orden que eſtuvieſe apercibida
En qualquiera ocaſion y movimiento,
Para el primer aviſo y mandamiento.

Y con ſolos diez hombres retirado
Gente de confianza y valentia,
Ora en el monte inculto, ora en poblado
Desmintiendo los raſtros parecia,
Y en lugares ocultos aloxado
Jamas gran tiempo en uno reſidia,
Uſando de ſu bárbara inſolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Noſotros en ſu incierto raſtro á tino
Andabamos haciendo mil jornadas,
No dexando lugar circunvecino
Que no dieſemos ſalto y trasnochadas:
Y en los mas apartados del camino
Hallábamos las caſas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo, que de grado volveria
A ſus yermas eſtancias y heredades,
Pero que el General los compelia
Uſando de inhumanas crueldades:
Y ſi en eſto remedio ſe ponia,
Llanas eſtaban ya las voluntades
Para dexar las armas los ſoldados
De la prolixa guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano, y sierra
donde no fuese el bárbaro buscado:
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamas señal, ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo, ni tormento
Pudo sacar noticia o rastro alguno,
Ni caricia, interés, ni ofrecimiento
Jamas á corromper bastó á ninguno:
Andábamos atónitos y á tiento
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compania
Una esqüadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta rancheria
De domésticos Indios ausentados,
Que por ser grande el bosque y la distancia
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una muger herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble trage y parecer vestida:
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté, qué ocasion la habia traído
Á lugar tan estraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido,
Y de inhumana crueldad usado:
Ella con rostro y ánimo caído,
Y el tono del hablar debilitado,
Me dixo: es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dexo y desvario,
Que el humano contento trae consigo,
Aun no es cumplido un mes que el padre mio
Usando de privado amor conmigo
Me dió esposo elegido á mi alvedrio,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal y de tantas partes, que yo creo,
Que en él hallára término el deseo.

Pero ſu esfuerzo raro y valentia,
Que della por extremo era dotado,
Le truxo á la temprana muerte el dia
Que fue nueſtro esqüadron despedazado:
Donde cerca de mí que le ſeguia
Un tiro le paſó por el coſtado,
Que fuera menos crudo y mas derecho
Si abriera antes el paſo por mi pecho.

Cayó muerto quedando yo con vida;
Vida mas enojoſa que la muerte;
Mas viéndome un ſoldado aſi afligida
(En parte condolido de mi ſuerte)
Me dió por acabarme éſta herida
Con brazo aunque piadoſo no tan fuerte,
Que mi eſpíritu ſuelto le ſiguieſe,
Y un bién tras tanto mal me ſucedieſe.

Dió conmigo en el ſuelo facilmente,
Aunque no me privó de mi ſentido,
Baſando el golpe y furia de la gente
En confuſo tropel con gran ruído:
Pero luego un Cacique mi pariente,
Que en un hoyo al paſar quedó eſcondido,
En brazos me ſacó del gran tumulto,
Trayéndome á éſte bosque y ſitio oculto,

Donde eſpero morir cada momento;
Mas ya como eſperado bién ſe tarda,
Que es coſtumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda:
Y aunque ya de mi vida al fin me ſiento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Ni la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deſeo la impide y la detiene.

La vida aſi me canſa y aborrece
Viendo muerto á mi eſpoſo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le ſigo:
Y pues el tiempo éſta ocaſion me ofrece,
Uſa tú de piedad, ſeñor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el ſoldado
Dexó por floxo brazo comenzado.

Aſi la triſte joven luego, luego
Demandaba la muerte, de manera
Que algun ſimple de láſtima á ſu ruego
Con bárbara piedad condecendiera:
Mas yo, que un tiempo aquel rabioſo fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Mas cruel el amor que la herida,
Corrí preſto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto conſolado,
Y traído á que vieſe claramente,
Que era el morir remedio condenado,
Y para el muerto eſpoſo impertinente:
Con el zumo de yerbas aplicado
(Medicina ordinaria deſta gente)
Le apreté la herida laſtimoſa,
No tanto quanto grande peligroſa.

Dexando pues un prático ladino
Para que poco á poco la llevãſe,
Y en los tomados paſos y camino
Del peligro al paſar la aſeguráſe,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartáſe
Supe que ſe llamaba Lauca, y que era
hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del Preſidio caminando
Sin hallar otra coſa de importancia
Iba con los ſoldados platicando
De la fé de las Indias y conſtancia,
De muchas aunque bárbaras loando
El firme amor y gran perſeverancia,
Pues no guardó la caſta Eliſa Dido
La fé con mas rigor á ſu marido.

Mas un ſoldado joven que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
Á Dido por tan caſta y recogida,
Pues en la Eneyda de Maron vería,
Que del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de ſu deſeo
Rompió la fé y promeſa á ſu Siquéo.

Viſto pues el agravio tan notable,
Y la objecion ſiniestra del ſoldado
Por el gran teſtimonio incompenſable
A la caſta Feniſa levantado,
Pareciéndome coſa razonable
Moſtrarle que en aquello andaba errado
El y todos los mas que me escuchaban,
Que en la miſma opinion tambien eſtaban:

Les dixe, que queriendo el Mantuano
Hermoſear ſu Eneas floreciente,
Porque Ceſar Aguſto Octaviano
Se preciaba de ſer ſu descendiente,
Con Dido uſó de término inhumano
Infamándola injuſta y falſamente,
Pues vemos por los tiempos haber ſido
Eneas cien años antes que fue Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que aſí Virgilio á Dido disfamáſe,
Haciendo inſtancia todos en pedirme,
Que ſu vida y discurſo les contáſe:
Yo penſando tambien con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo afloxáſe,
Los quiſe complacer, y tambien quiero
Daros aquí razon de mí primero.

Cuento una vida caſta, una fé pura
De la fama y voz pública ofendida,
En eſta no penſada coyuntura
Por raro exemplo y ocaſion traída:
Y una falſa opinion que tanto dura
No ſe puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraygado.

Y pues de aquí al preſidio yo no hallo
Coſa que ſea de guſto, ni contento,
Sin dexar de picar ſiempre el caballo,
Ni del tiempo perder ſolo un momento,
No pudiendo exîmirme, ni escuſallo
Por ſer hiſtoria y agradable el cuento,
Quiero gaſtar en él ſi no os enfada
Eſte rato y ſazon deſocupada.

Que el áſpero ſujeto deſabrido,
Tan ſeco, tan eſtéril y deſierto,
Y el eſtrecho camino que he ſeguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que búsco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad ſin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene ſordo y atronado
El rumor de las armas inquieto,
Siempre en un mismo ſer continuado
Sin mudar ſón, ni variar ſujeto:
Por eſpaciar el ánimo canſado,
Y ſer el tiempo cómodo y quieto,
Hago éſta digreſion, que acaſo vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
Que deſtruye una honra es bien oída,
Y á la Reyna de Tyro injuſtamente
Infama y culpa ſu inculpable vida;
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en ſu honor reſtituida,
¿Por qué no debe ſer ſiendo cantada
En qualquiera ſazon bien escuchada?

Que la cauſa mayor que me ha movido,
Demas de ſer qual veis importunado,
Es el honor de la conſtante Dido
Inadvertidamente condenado:
Préſte pues atencion y grato oído
Quien á oír la verdad es inclinado,
Que el mal ofende aun dicho en paſatiempo,
Y para decir bien ſiempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fue fundada
Setenta años contados comunmente
Por Dido, iluſtre Reyna venerada
Por dioſa un tiempo de la Tyria gente
Del Rey Belo ſu padre fue caſada,
Con el ſumo Pontífice aſiſtente
Del gran templo de Alcides, el qual era
Deſpues del Rey la dignidad primera.

Eſte es aquel Siquéo ya nombrado
A quien Dido guardó la fé inviolable,
Varon ſabio en ſus ritos, y abaſtado
De bienes y teſoro ineſtimable:
Mas lo que para alivio habia llegado,
Fue cauſa de ſu muerte miſerable;
Que enfin lo que cudicia mucha gente
Ninguno lo poſee ſeguramente.

Dexó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los conſejos poſtrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo qual aunque duró los dias primeros,
De cudicia el hermano corrompido
Por haber los teſoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la muger ſu muerte tanto,
Que no baſtando á reſiſtir la pena,
Soltó con doloroſo y fiero llanto
De lágrimas un fluxo y ancha vena,
Y cubriendo de triſte y negro manto
Los bellos miembros y la faz ſerena,
Con pompa funeral ceremonioſa
Dió al cuerpo ſepultura ſuntuoſa.

Y aunque del caſto amor notable indicio
Fue el ſobervio ſepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la Reyna y ſentimiento:
Que ſiempre con devoto ſacrificio,
Y continuos ſollozos y lamento
Llamando al ſordo eſpíritu haciа
A las frias cenizas compañia,

Diciendo: ¿es juſto, dioſes, que yo quéde
En éſte ſolitario apartamiento?
Ay! que de tibia fé y amor procede
No acabar de matarme el ſentimiento:
El mal no es grande que ſufrir ſe puede,
Y corto al que no báſta ſufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.

Aunque el odio y rencor diſimulaba
Contra el pérfido hermano poderoſo,
Venganza al cielo ſin ceſar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioſo:
Y quando ſola á ratos ſe hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoſo
Soltaba con un báxo ſón gimiendo
La reprimida rabia y voz diciendo:

¿Traydor, dime qué caſo irremediable
Debaxo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan deteſtable
Contra tu misma ſangre cometida?
Si fue ſed de riquezas inſaciable,
Quitárasle el teſoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia inſana
El amor y reſpeto de tu hermana.

Si no miraſte, ingrato, al beneficio,
Que dél como cuñado recibias,
Miráras al nefario ſacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fue accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu enorme intento y deſatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áſpero camino
El teſoro alcanzáras pretendido:
Mas el mal quando viene por deſtino
No puede ſer á tiempo prevenido.
Ay! qué aprovecha el lamentarme ahora!
Que ſiempre es tarde ya quando ſe llora.

¿Porqué, fiero enemigo, aſí quiſiſte
Dexarte arrebatar de tu deſeo
Tan ciego de codicia, que no viſte
Que matabas á Dido con Siquéo?
Materia de maldad al mundo diſte
Con un hecho atrocíſimo y tan feo,
Que durará en los ſiglos por memoria
De tu traycion la abominable hiſtoria.

¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traydor, siendo tyrano
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

Mas si húyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas pues que huyo,
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo:
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama, y mi opinion destrúyo,
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona ligera y facilmente.

¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas, me le detiene:
Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

Mas ya que el ſer tú Rey y recatado
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con mueſtra doble y hermandad fingida:
Y quando pienſes verte apoderado,
Quedarás con mi ſúbita partida
Sin hermana, teſoro, y ſin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.

Aſí la triſte Reyna doloroſa
Sobre el rico ſepulcro lamentando
Paſaba vida triſte y ſoledoſa
La venganza y el tiempo deſeando:
Pero de alguna fuerza receloſa,
De ſu prudencia y discrecion uſando
Doméſtica, amoroſa y blandamente,
Al hermano escribió, que eſtaba auſente;

Haciéndole entender, que ya canſada
Del llanto y ſoledad que padecia,
En aquellos palacios y morada
Dó tuvo un tiempo alegre compañia,
De la triſte memoria laſtimada
Dando algun vado á ſu dolor, queria
Irſe con él poniendo fin al lloro
Con todas ſus riquezas y teſoro.

Para lo qual ſecreta y preſtamente
Una fornida flota le embiáſe,
Donde con todo ſu teſoro y gente
En arribando al puerto ſe embarcáſe:
Porque con el ſeguro conveniente
El mar que eſtaba enmedio atraveſáſe,
Que era ſolo el temído impedimento
De ſu eſperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioſo
Rey de aquello que tanto deſeaba,
Viendo que al fin y puerto venturoſo
Sus coſas la fortuna encaminaba:
Alegre mas que nunca y codicioſo
Luego una grueſa flota despachaba
De naves y galeras baſtecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deſeada
Con preſta y no penſada diligencia,
Dó la gente del Rey deſembarcada
Fue luego á dar á Dido la obediencia:
Que moſtrando placer de ſu llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En ſiendo tiempo la cuidoſa Dido
A ſu gente mandó que ſe apreſtáſe,
Y con alarde y público ruído
Los empachados muebles embarcáſe:
Haciendo que de noche y escondido
En ſu nave el teſoro ſe cargáſe
Con tan grande ſecreto, que ninguno
Tuvo dello noticia o raſtro alguno.

Tenia ſeſenta caxas prevenidas
Llenas de grueſa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas
Con dobles planchas de metal herradas:
Eſtas fueron en público traídas
Donde á viſta de todos embarcadas
Daban mueſtra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y teſoro.

Luego Eliſa con tierno ſentimiento
Del laſtimado pueblo ſe embarcaba,
Dando preſto la vela al manſo viento,
Que favorable en popa respiraba:
La nave con ſereno movimiento
El llano y ſoſegado mar cortaba,
Comenzando á ſeguir toda la flota
De la alta Capitana la derrota.

Aquella noche y el ſiguiente dia
Corrió con viento próſpero la armada,
Mas ya que el mar las coſtas encubria,
Y del todo ſe vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañia
Al borde de ſu nave congregada
Hizo entórno allegar la demas gente,
Que á la viſta tambien fueſe preſente;

Diciéndoles con pecho valeroſo,
Que ſu deſignio y pretenſion no era
Ir al injuſto hermano cauteloſo,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoſo
Debaxo de hermandad y fé ſincéra,
Movido de ſacrílego deſeo
Habia dado la muerte á ſu Siquéo.

Por donde ella tambien no aſegurada
De ſus ſecretos fraudes y trayciones
Queria dexar la chára patria amada,
Su Reyno, ſu morada y poſeſiones:
Y al mar dudoſo y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con ſeguro viviria
Lexos de ſu dominio y tyrania.

Y pues que ſus riquezas habian ſido
La cauſa de ſu daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo ſerian quizá del ſeguimiento,
Todas conſigo las habia traído
Con voluntad y reſoluto intento
De echarlas en el mar dó pereciesen,
Porque jamas á ſu poder viniesen.

Hizo luego ſacar allí tras eſto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifieſto
En el profundo mar fueron lanzados:
Los miniſtros del Rey con triſte geſto
Atónitos, confuſos, y turbados
Se miraban, teniendo por eſtraña
De la animoſa Reyna la hazaña.

Y por el grave caſo discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del Rey mozo conociendo
Que el perdído teſoro aumentaria,
Suſpenſos y medroſos no ſabiendo
Qué razon ó descargo baſtaria
A que el ayrado Rey no los culpáſe,
Y en ellos ſu furor no executáſe.

Pues como la entendida Reyna vieſe
Camino y coyuntura aparejada,
Por dó á ſu devocion ſe reduxeſe
La gente del hermano amedrentada:
Antes que el tiempo y la tardanza dieſe
Lugar á alguna novedad penſada,
Haciendo ſoſegar toda la gente
Les dixo proſiguiendo lo ſiguiente:

Amigos, que del firme intento mio
Habeis viſto á los ojos ya la prueba,
Y como la fortuna á ſu alvedrio
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, ſi ya no es desvario,
A dar al Rey la deſabrida nueva
Del teſoro anegado, y mi huída
A tierra y á region no conocida.

Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á ſu preſencia
Sin el teſoro y prenda deſeada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vueſtra cerviz la mano ayrada,
Sin escuchar descargo, ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

Y pues es de temer la tyrania,
Y el ímpetu de un mozo Rey ayrado,
Que así del châro Reyno y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañia
No se verá de mí desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
erá participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Asique pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve,
i al Rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y éste dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
or no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades,
Que en vosotros habrán de executarse,
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dexarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
olo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que estan todos los bienes
ugetos á peligros y baybenes.

A las razones de la Reyna atentos
Los turbados miniſtros eſtuvieron,
Y en la perplexa mente y penſamientos
Mil coſas en un punto revolvieron:
Alcabo aunque diverſos los intentos
Todos de un parecer ſe reſolvieron
De ſeguirla haſta el fin en ſu viage,
Dándole la obediencia y vaſallage.

La fé con juramento eſtablecida
Sin que ninguno dellos rehuſáſe,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezáſe,
Donde gracioſamente recibida
Como allí ſu deſignio declaráſe,
Llevó del Ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes conſigo.

Para á tiempo caſarlas con la gente
Que en ſu ſervicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deſeaba:
Aſí la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoſo ſerá ſegun me ſiento
Dividir en dos partes éſte cuento.

## CANTO XXXIII.

Proſigue Don Alonſo la navegacion de Dido haſta que llegó á Biſerta: cuenta como fundó á Cartago, y la cauſa por qué ſe mató: tambien ſe contiene en éſte Canto la priſion de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragoſa,
Y dan en la del vicio mas ſeguida,
Le donde es el volver dificil coſa:
El paſo es llano y facil la ſalida
De la vida reglada á la anchuroſa,
Y mas agrio el camino y exercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Aſſi Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en ſu crianza,
Y con grandes principios prometido
De juſto y liberal buena eſperanza:
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve ſazon tan gran mudanza,
Que no ſolo de bienes fue avariento,
Pero inhumano, pérfido y ſangriento.

Lo qual nos dice bien la alevoſia
De la ſecreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentiſimo vivia
En la ley de hermandad aſegurado:
Mayormente que entonces parecia
El Rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falſa y engañoſa,
Que la que trae la mueſtra virtuoſa.

Eſta no le ſalió como penſaba,
Sino al contrario en todo y diferente,
Pues no ſolo no vió lo que eſperaba,
Pero perdió las naves y la gente;
La Reyna viento en popa navegaba
Como dixe la vuelta del poniente,
Tocando con ſus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes receloſa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa:
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y ferril suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el ayre claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo qual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Quanto un cuero de buey circundaria:
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la Reyna en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el ſitio ſeñalado
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueſo buey, que deſollado
Hizo èſtirar el cuero en ſu preſencia:
Y en tiras ſutilíſimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la Reyna ſagaz y aviſo eſtraño
Le quiſieron poner nombre de engaño.

Pero recompenſó la demaſia
Dexándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los ſuyos que trahia
Los ocultos teſoros escapados:
Que uſado del ardid y aſtucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque quando el hermano lo ſupieſe
Faltando la ocaſion no la ſiguieſe.

Corregidas las faltas y defectos
Al orden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente Reyna electos
Cónſules, Magiſtrados, y Oficiales:
Y traídos maeſtros arquitectos
Juntos los neceſarios materiales
Dió principio la Reyna valeroſa
A la labor de la ciudad famoſa.

Fue la ciudad por orden fabricada
oſtrándoſe los hados mas propicios,
abreve ennoblecida e iluſtrada
e ſuntuoſos y altos edificios:
la nueva República ordenada
eyes inſtituyó creando oficios
on que el pueblo en razon ſe mantuvieſe,
paz y orden política vivieſe.

Y por el gran valor y entendimiento
on que el pueblo obediente gobernaba,
ba ſiempre el concurſo en crecimiento,
los términos cortos dilataba:
ſique que el trato y agradable aſiento
os ánimos y guſtos provocaba,
iniendo á avecindarſe muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en eſtos tiempos aun no habia
a invencion del papel despues hallada,
Que en pieles de animales ſe escribia,
Y era qualquiera piel carta llamada:
Del qual nombre aun uſamos hoy en dia,
Aſi aquella ciudad edificada
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hízoſe en poco tiempo tan famoſa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era coſa de ver maravilloſa
El trato de las gentes y freqüencia:
Moſtrando aquella Reyna valeroſa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros Príncipes y Reyes
De ſu nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal ſu ſer, tal ſu cordura
Que por dioſa vinieron á tenella,
Ninguna de ſu tiempo en hermoſura
Pudo ponerſe al parangon con ella:
Aſíque por milagro de natura
Como coſa no viſta iban á vella,
Que no ſé en las idólatras del ſuelo
A quien mayores partes dieſe el cielo.

Grandes matronas hubo que animoſas
Por la fama á la muerte ſe entregaron,
Otras que por hazañas milagroſas
Las opreſas Repúblicas libraron:
Pero todas perfectas tantas coſas
Como en Dido en ninguna ſe juntaron,
Fue rica, fue hermoſa, fue caſtíſima,
Sábia, ſagaz, conſtante y prudentíſima.

Llegó luego la voz desto al oido
el franco Yarbas Rey Musilitano,
ozo brioso y de valor, temido
n todo el ancho término Africano:
l qual con juvenil furia movido
e un impaciente y nuevo amor lozano,
la Reyna despacha Embaxadores
e su consejo y Reyno los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
ue por ella pasaba cada hora,
uisiese con felice casamiento
e su persona y Reyno ser señora:
ónde no, que con justo sentimiento
omo de tan gran Rey despreciadora
obre ella con exército vendria,
su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embaxada en el Senado,
ue no quiso la Reyna estar presente,
es fue á los Senadores intimado
l ruego y la amenaza juntamente:
anstóles turbacion, considerando
l casto voto y vida continente,
ue la constante Reyna profesaba,
ue al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio dificil adelante:
Aſique ante la Reyna parecieron
Con triſte roſtro y tímido ſemblante,
Baxos los ojos, la color turbada,
Moſtrando desplacer con la embaxada,

Diciéndole: ſabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento
Por la parlera fama encarecido,
Y deſta tu ciudad el crecimiento:
De una loable pretenſion movido
Pide que ſin algun detenimiento
Veinte de tu conſejo mas inſtrutos
Vayan á reformar ſus eſtatutos.

Y ſiendo de ſufrir áſpera coſa
Impropria á nueſtra edad y profeſiones,
Dexar la patria châra y paz ſabroſa
Por ir á incultas tierras y naciones
A corregir de gente ſedicioſa
Las coſtumbres y viejas condiciones,
Todos tus conſejeros lo reuſan,
Y con cauſas legítimas ſe escuſan.

Viendo que el chârо y último ſoſiego
Sin eſperanza de volver perdemos,
Y no condecendiendo al impio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos,
Pues con grueſo poder y armada luego
Al indignado joven Rey tendrémos,
Para aſolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo inſigne y celebrada fama.

Eſto es enſuma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nueſtra canſada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados:
Pues no es razon ſi por razon ſe mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dexemos nueſtras caſas y manida
En el último tercio de la vida.

Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la canſada poſtrimera
Gocemos del deſcanſo que ganamos,
Y á nueſtra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura,
Y dé á nueſtras cenizas ſepultura.

Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el Mauritano Rey protesta,
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.

Estuvo atenta allí la Reyna Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasára
De sus casas y quicios los sacára;

Diciendo: amigos chàros, que á los hados
Jamas os ví rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruinada?

Es á todos comun, á todos llano,
Que debe como miembro y parte unida
Poner por ſu ciudad el ciudadano
No ſolo ſu deſcanſo, mas la vida,
Y por razon y por derecho humano
De juſta deuda natural debida
A posponer el hombre eſtá obligado
Por el ſoſiego público el privado.

Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que baſtára ofrecer la vida mia,
Que preſto el judicioſo mundo viera
Quan voluntariamente la ofrecia:
Y pues habeis paſado la carrera
Por tan eſtrecha y trabajoſa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais quanto habeis hecho.

Viſto los Senadores como Dido
Por el camino de razon llevada
En el armado lazo habia caído
En ſus mismas palabras enredada,
Cambiando en roſtro alegre el afligido,
Las manos altas, y la voz alzada
Le dicen todos juntos: como eſtamos,
Tus urgentes razones aprobamos.

Juſtamente, ſeñora, ſentenciaſte
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baſte
Contra la autoridad de tu decreto:
Y porque tiempo en eſto no ſe gaſte
Es bien que te aclaremos el ſecreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu ſentencia.

Sabrás Reyna que Yarbas no te embia
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene ſu Reyno y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañia,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honroſas condiciones,
Y un infinito número de dones.

Advierte, que ſi acaſo no acetares
El ſanto conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Aſuelen á Cartago de cimiento,
Aſíque en tu eleccion, y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

Que ſi el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerſe por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga:
Y no puedes con cauſa ſuficiente
Dexar de redimir nueſtra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La ſucesion y fruto deſeado.

Quando á ſeguir eſtés determinada
El caſto infructuoſo preſupueſto,
Mira á tus pies ésta ciudad poſtrada,
Y al inocente cuello el lazo pueſto,
Que por tí renunció la patria amada
Debaxo de promeſa y de proteſto,
Que al descanſo y quietud que pretendias
El ſoſiego comun antepondrias.

Sintió la Reyna tanto al improviſo
La gran demanda y condicion propueſta,
Que por mas que encubrir la pena quiſo,
Della el roſtro señal dió manifieſta:
Mas con ſu discrecion y grande aviſo
Suſpendiendo algun tanto la reſpueſta,
Soltó la voz ſerena y ſoſegada,
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite:
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto.

Que es mostrar liviandad, y demas deso
Falto á la obligacion y fé que debo,
Si del intento casto y voto expreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo,
Aunque combatida de contrarios
Son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfacion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los Reyes.

Yarbas no ſe dará por enemigo
n quanto el fin de los tres meſes llega,
paſado éſte término me obligo
le reſponderle grata á lo que ruega:
'omar pues menos plazo del que digo
ſi honeſtidad y eſtimacion lo niega,
no conviene á Dido dar diſculpa,
ue es indicio de error, y arguye culpa.

Cerróſe aquí la Reyna, y fue forzado
lacer con los de Yarbas nuevo aſiento,
ue aguardaſen el tiempo ſeñalado
ara determinar el caſamiento:
os quales por el ruego del Senado,
el gracioſo hospedaje y tratamiento
uedaron en Cartago aquellos dias
on grandes regocijos y alegrias.

Y aunque el Senado en la demanda inſtaba
or el provecho y general ſoſiego,
a Reyna la respueſta dilataba
ando gratos oidos á ſu ruego:
entre tanto en ſecreto aparejaba
o que tenia penſado desde luego,
ue era acabar la vida miſerable
rimero que mudar la fé inmudable.

Llegado aquel funeſto último dia
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la Reyna ſe veſtia
Subiendo en un eſento y alto eſtrado,
Al pie del qual una hoguera havia
Para la imóla y ſacrificio uſado,
De donde á los atentos circunſtantes
Les dixo las palabras ſemejantes:

O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo moſtraſtes,
Que por ſeguir mis hados y camino
Vueſtras caſas y patria renunciaſtes:
Hoy la fortuna y áſpero deſtino
Por el último fin de ſus contraſtes
Me fuerzan á dexar á coſta mia
Vueſtra châra y amable compañia.

Si apartarme de amigos tan leales
Hace eſſa mi partida dolorosa,
Los conſultados dioſes celeſtiales
No disponen, ni pueden otra coſa:
Y aſí por desviar los grandes males,
Que tienen á Cartago temeroſa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la cauſa de por medio.

Que pues del cielo el áſpero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad pueſta en aprieto
A quebrantar la fé me neceſita,
Quiero cortar á Yarbas el ſujeto
Del engañado amor que aſí le incita,
Dando á mi vida fin, pues deſte modo
Faltando la ocaſion ceſará todo.

Eſto ſerá con darme yo la muerte,
Y aunque os parezca eſte remedio eſtraño
Es mas facil, mas breve, y menos fuerte,
Y enfin particular y poco el daño:
Pues ſin peligro vueſtro deſta ſuerte
Saldrá el errado Yarbas de ſu engaño,
Y yo conſervaré con mas pureza
Del caſto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida
La vexacion redimo de Cartago,
Dexando exemplo y ley eſtablecida,
Que os obligue á hacer lo que yo hago:
Y con mi limpia ſangre aquí eſparcida
Al cielo y á la tierra ſatisfago,
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fé primera.

No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y ſolemniza,
Que una breve fatiga y muerte honrada
Aſegura la vida y la eterniza:
Que ſi el cuchillo de la parca ayrada
Al que quiere vivir le atemoriza,
No os debe de peſar ſi Dido muere,
Pues vive el que ſe mata quando quiere.

A Dios, á Dios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido ſatisfecho,
Y no les dixo mas con el deſeo
Que tenía de acabar el fiero hecho:
Aſí llamando el nombre de Siquéo
Se abrió con un puñal el caſto pecho,
Dexándoſe caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fue ſu muerte ſentida en tanto grado,
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caſo ſeñalado
Un ſuntuoſo templo le fundaron,
Donde con ſacrificio y culto uſado
Mientras las coſas próſperas duraron
De aquella ſu ciudad ennoblecida
Por dioſa de la patria fue tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores
fuerra la memorable Reyna Dido,
or cien ſabios ancianos ſenadores
)e allí adelante el pueblo fue regido:
creciendo el concurſo y moradores
'ino á ſer poderoſo y tan temido,
)ue un tiempo á Roma en ſu mayor grandeza
.e puſo en gran trabajo y eſtrecheza.

Eſte es el cierto y verdadero cuento
)e la famoſa Dido disfamada,
)ue Virgilio Maron ſin miramiento
'alſeó ſu hiſtória y caſtidad preciada
or dar á ſus ficciones ornamento,
ues vemos que éſta Reyna importunada
udiéndoſe caſar y no quemarſe,
ntes quemarſe quiſo, que caſarſe.

Iban todos atentos escuchando
:l eſtraño ſuceſo peregrino,
)uando al Fuerte llegamos acabando
.a hiſtoria juntamente y el camino:
( en él aquella noche repoſando
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un Indio que acaſo inadvertido
Fue de una eſcolta nueſtra priſionero,
Hombre en las mueſtras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de pies ligero,
Con promeſas y dádibas vencido
Dixo: yo me reſuelvo y me preſiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande General Caupolicano.

En un áſpero bosque y eſpeſura
Nueve millas de Ongolmo desviado
Eſtá en un ſitio fuerte por natura
De ciénagas y foſos rodeado:
Donde por ſer la tierra tan ſegura
Anda de ſolos diez acompañado,
Haſta que vueſtra próſpera creciente
Apláque el gran furor de ſu corriente.

Por una eſtrecha y deſuſada via
Sin que pueda haber dello ſentimiento
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando vueſtra gente en ſalvamento;
Y antes que ſe descubra el claro dia
Dareis en el oculto aloxamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo
Pena de la cabeza lo que digo.

Fue la razon del mozo bien oida
iéndole en ſu promeſá tan conſtante,
aſí luego una esqüadra prevenida
le gente experta y número baſtante,
ara toda ſoſpecha apercibida,
levando al Indio amigo por delante
alió á la prima noche en gran ſecreto
on paſo largo y caminar quieto.

Por una ſenda angoſta é intrincada
ubiendo grandes cueſtas y baxando
el ſolícito bárbaro guiada
a á paſo tirado caminando:
las la escura tiniebla adelgazada
or la vecina Aurora reparando,
anto á un arroyo y pedregoſa fuente
olvió el Indio diciendo á nueſtra gente:

Yo no paſo adelante, ni es poſible
guir éſte camino comenzado,
ue el hecho es grande y el temor terrible
ue me detiene el paſo acobardado,
naginando aquel aſpecto horrible
el gran Caupolican contra mí ayrado
uando venga á ſaber que ſolo he ſido
l ſoldado traydor que le ha vendido.

Por éſte arroyo arriba, que es la guia
Aunque ſin raſtro alguno, ni vereda,
Dareis preſto en el ſitio y rancheria,
Que eſtá enmedio de un bosque y arboleda:
Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad prieſa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vueſtra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dexandoos como os dexo en éſte pueſto,
Adonde falvamente os he traído
Poniéndome á peligro manifieſto:
Y pues al punto juſto habeis venido
Os conviene dar prieſa y llegar preſto,
Que es irrecuperable y peligroſa
La perdida del tiempo en qualquier coſa.

Y ſi ſienten rumor desta venida,
El ſitio es ocupado y peñascoſo,
Facil y ſin peligro la huída
Por un derrumbadero montuoſo:
Mirad que os daña ya la detenida,
Seguid hoy vueſtro hado venturoſo,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el Indio mover el pie adelante;
Ni amenaza de muerte, o vida o presa
A sacarle del tema fue bastante:
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dexándole amarrado á un grueso pino
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pagizo y gran bohío:
La plaza enderredor fortificada
Con un despeñadero sobre el rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Hozas, casillas, ranchos, y cabañas.

La centinela en esto descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado General valiente:
Pero los nuestros en tropél corriendo
Le cercaron la casa de repente
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paſo entórno embarazado,
Y el preſente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiſo abrir á ſu modo la ſalida:
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caída,
Topó una viga arriba atraveſada
Dó la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un ſoldado á tiempo atraveſando
Por delante acercándoſe á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta:
En eſto el paſo el Indio retirando
Viſto el remedio y la defenſa incierta,
Amoneſtó á los ſuyos que ſe dieſen,
Y en ninguna manera reſiſtieſen.

Salió fuera ſin armas requiriendo
Que entraſen en la eſtancia, aſegurados
Que eran pobres ſoldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados:
Y aſi con prieſa y turbacion temiendo
Ser de los foragidos ſalteados,
A la ocupada puerta habia ſalido
De las uſadas armas prevenido.

Entraron de tropél donde hallaron
Ocho ó nueve ſoldados de importancia,
Que rendidas las armas ſe entregaron
Con mueſtras aparentes de ignorancia:
Todos atras las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al Capitan diſimulado
Con dobladas priſiones y cuidado.

Que aſeguraba con ſereno geſto
Ser un baxo ſoldado de linage,
Pero en ſu talle y cuerpo bien dispueſto
Daba mueſtra de ſer gran perſonage:
Gaſtóſe algun espacio y tiempo en eſto
Tomando de los otros mas lenguage,
Que todos conteſtaban que era un hombre
De eſtimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nueſtros á gran furia andaba
El permitido robo y grita uſada,
Que rancho, caſa y choza no quedaba,
Que no fueſe deshecha y ſaqueada:
Quando de un toldo que vecino eſtaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una muger huyendo aprieſa
Por lo mas agrio de la breña eſpeſa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el qual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande estremo dél y della amado.

Trúxola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y muger tan importante:
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Quando la triste Palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No rebentó con llanto la gran pena,
Ni de flaca muger dió allí la muestra,
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: la robusta mano agena
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia y piedad contigo usára
Si ese cobarde pecho atravesára.

¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
inchó la redondez de sus hazañas,
ue con solo la voz temblar hacias
is remotas naciones mas estrañas?
:es tú el Capitan que prometias
e conquistar enbreve las Españas,
someter al Artico emisferio
yugo y ley del Araucano Imperio?

Ay de mí! cómo andaba yo engañada
in mi altiveza y pensamiento ufano,
endo que en todo el mundo era llamada
esia muger del gran Caupolicano:
agora miserable y desdichada
)do en un punto me ha salido envano,
éndote prisionero en un desierto
diendo haber honradamente muerto.

¿Qué son aquellas pruebas peligrosas,
ie así costaron tanta sangre y vidas?
s empresas difíciles dudosas
r tí con tanto esfuerzo acometidas?
)ué es de aquellas victorias glorioſas
sos atados brazos adquiridas?
)do alfin ha parado y se ha resuelto
ir con esa gente infame envuelto.

¿Dime, faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miráras á ésta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Quando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
Con que el lícito amor me habia ligado,
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cria, criale tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado,
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.

Diciendo esto colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fue por otra parte en el instante:
Enfin por abreviar, ninguna cosa
De ruegos, ni amenazas fue bastante
A que la madre ya cruel volviese,
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la via,
Por la qual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la sida guia,
Que atada al tronco por temor dexaron,
Y en larga esqüadra al declinar del dia
Entraron en la plaza avanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los Indios diligencia,
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolicán, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese:
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Huvo entre tantos uno que dixese
Que era mas que un incógnito soldado
De baxa estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos despues mas animados
Quando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados
El sospechado engaño declaraban:
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse alcabo no podia,
Dexando aquel remedio infructuoso
Quiso tentar el último que habia:
Y así llamando al Capitan Reynoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dixo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

## CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reynoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve christiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado: los Araucanos se juntan á la eleccion del nuevo General: manda el Rey Don Phelipe levantar gente para entrar en Portugal.

O vida miserable y trabajosa
á tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
pues nunca huvo ninguno sin caída:
Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
que no sea amarga alcabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
que el dexo del delayte es el tormento.

Hombres famoſos en el ſiglo ha habido
A quien la vida larga ha desluſtrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte ſe hubiera anticipado:
Anibal deſto buen exemplo ha ſido,
Y el Conſul que en Farſalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el ſegundo,
Mas el lugar primero deſte mundo.

Eſto confirma bien Caupolicano,
Famoſo Capitan y gran guerrero,
Que en el término Americo Indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna aſí la mano
Dilatándole el término poſtrero,
Que fue mucho mayor que la ſubida
La miſerable y ſúbita caída.

El qual reconociendo que ſu gente
Vacilando en la fé titubeaba,
Viendo que ya la próſpera creciente
De ſu fortuna aprieſa declinaba,
Hablar quiſo á Reynoſo claramente:
Que venido á ſaber lo que paſaba,
Preſente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro, grave deſte modo:

Si á vergonzoso eſtado reducido
Me hubiera el duro y áſpero deſtino,
Y ſi éſta mi caída hubiéra ſido
Debaxo de hombre y Capitan indino,
No tuviera el brazo aſí desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por éſte proprio pecho con mi eſpada
Cumpliendo el curſo y míſera-jornada.

Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir ſin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida:
Ni pienſes que á la muerte tengo miedo,
Que aqueſa es de los próſperos temida,
Y en mí por experiencia he ya probado
Quán mal le eſtá el vivir á un desdichado.

Yo ſoy Caupolican, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del Araucano Señorio
Tiene el mando abſoluto y regimiento:
La paz eſtá en mi mano y alvedrio,
Y el hacer y afirmar qualquier aſiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dexó á Puren desmantelado,
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado:
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus pies á que te pida
Por un muy breve término la vida.

Quando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas, es mas clemente,
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente:
Aplaca el pecho ayrado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus manos
Ha de faltar cabeza en el Estado,
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado:
Y pues conoces ya á los Araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentár nueva fortuna error seria
Yendo tan cuesta abaxo ya la mia.

Mira que á muchos vences en ven-
certe,
'rena el ímpetu y cólera dañoſa,
)ue la ira exâmina al varon fuerte,
' el perdonar venganza es generoſa:
.a paz comun deſtruyes con mi muerte,
uſpende ahora la eſpada riguroſa,
)ebaxo de la qual eſtan á una
Ii desnuda garganta y tu fortuna.

Aſpira á más, y á mayor gloria
atiende,
Io quieras en poca agua aſí anegarte,
)ue lo que la fortuna aquí pretende
olo es que quieras della aprovecharte:
onoce el tiempo y tu ventura entiende,
)ue eſtoy en tu poder ya de tu parte,
' muerto no tendrás de quanto has he-
cho
inó un cuerpo de un hombre ſin provecho.

Que ſi éſta mi cabeza desdichada
udiera, o Capitan, ſatisfacerte,
'endiera el cuello á que con eſa eſpada
ematáras aquí mi triſte ſuerte:
ero dexa la vida condenada
l que procura apreſurar ſu muerte,
' mas en éſte tiempo, que la mia
.a paz univerſal perturbaria.

Y pues por la experiencia claro has
visto,
Que libre y preso, en público y secreto
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto,
Haré yo establecer la ley de Christo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al Rey Phelipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
Que yo sé que el exército y Senado
En todo aprobarán lo que hiciere:
Y el plazo puesto y término pasado
Podré tambien morir si no cumpliere,
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.

No dixo el Indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida, ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fue condenado en pública sentencia:
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fé y conocimiento
Se quiso bautizar y ser christiano:
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo Castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fé verdadera le informaron:
Cercado de una gruesa compañia
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo
De la qual el verdugo iba tirando,
Cercado entórno de armas, y el menudo
Pueblo detras mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba;

. . . . . .

Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado
De todas partes á la vista esento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado
Sin mudanza y señal de sentimiento
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

. . . . . .

Puesto ya en lo más alto revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóſe él mismo al palo donde habia
e ſer la atroz ſentencia executada
on un ſemblante tal, que parecia
ener aquel terrible trance en nada,
iciendo: pues el hado y ſuerte mia
le tienen éſta ſuerte aparejada,
enga, que yo la pido, yo la quiero,
ue ningun mal hay grande ſi es poſtrero.

Luego llegó el verdugo diligente,
ue era un negro Gelofo mal veſtido,
l qual viéndole el bárbaro preſente
ara darle la muerte prevenido:
ien que con roſtro y ánimo paciente
as afrentas demas habia ſufrido,
ufrir no pudo aquella aunque poſtrera,
iciendo en alta voz deſta manera:

¿Cómo? qué en chriſtiandad y pecho honrado
abe coſa tan fuera de medida,
ue á un hombre como yo tan ſeñalado
e dé muerte una mano aſí abatida?
aſta, baſta morir al mas culpado,
ue alfin todo ſe paga con la vida,
es uſar deſte término conmigo
nhumana venganza y no caſtigo.

¿No hubiera alguna eſpada aquí de quantas
Contra mí ſe arrancaron á porfia,
Que uſada á nueſtras míſeras gargantas
Cercenára de un golpe aqueſta mia?
Que aunque enſaye ſu fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en éſte dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Tóque al gran General Caupolicano.

Eſto dicho, y alzando el pie derecho
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abaxo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y del ſúbito enojo reducido,
Le ſentaron deſpues con poca ayuda
Sobre la punta de la eſtaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
Por mas que las entrañas le rompieſe
Barrenándole el cuerpo fué baſtante
A que al dolor intenſo ſe rindieſe:
Que con ſereno término y ſemblante
Sin que labio, ni ceja retorcieſe
Soſegado quedó, de la manera
Que ſi ſentado en tálamo eſtuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados
Por orden y despacio le tiraban:
Y aunque en toda maldad exercitados
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traía derecho,
Y enbreve fin dexar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho
Por dó aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Parécceme que siento enternecido
Al mas cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al qual, señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente,
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda execucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de fuerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dexar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa
Causando alteracion y movimiento:
Luego la turba incrédula y dudosa
Con nueva turbacion y desatiento
Corre con priesa y corazon incierto
A ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bañaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba,
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aun tocado despues les parecia,
Que era cosa de sueño ó fantasía.

Nó la afrentoſa muerte impertinente
Para temor del pueblo executada,
Ni la falta de un hombre aſi eminente
En que nueſtra eſperanza iba fundada;
Amedrentó, ni acobardó la gente,
Antes de aquella injuria provocada
A la cruel ſatisfacion aſpira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con ſed rabioſa de vengarza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y eſperanza
Del oficio y baſton ya pretendido,
Antes que ſoſegáſe la tardanza
El ánimo del pueblo removido
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubieſe de eſcribir la braveria
De Tucapel, de Rengo, y Lepomande,
Orompello, Lincoya, y Lebopia,
Puren, Cayopil, y Mareande,
En un eſpacio largo no podria,
Y fuera meneſter libro mas grande,
Que cada qual con hervoroſo afecto
Pretende allí y aſpira á ſer electo.

Pero el Cacique Colocolo viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cárgo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensageros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron:
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen
Solos á la ligera sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido
La convocada gente del Senado
Al término llegó constituido:
Y entre ellos Tucapel determinado
Dó por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera o señal de convenencia,
Fundando cada qual su desvario
En la fuerza del brazo y alvedrio.

Entrados como digo en el Consejo
Los Caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo
Segun su antigüa preeminencia armados:
Colocolo sagaz y cauto viejo
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera
Adelantó la voz desta manera:

Pero ſinó es canſais, ſeñor, primero
Que os diga lo que dixo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el deſignio á nueſtro Polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El ſujeto que tomo baſta ſolo
A levantar mi baxa voz canſada
De materia haſta aquí neceſitada.

Mas ſi me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo éſto refiera,
Alcanzar ſi pudieſe á Don Garcia,
Aunque es diverſa y larga la carrera:
El qual en el turbado Reyno habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puſo con ſolícito cuidado
La juſticia y gobierno en buen eſtado.

Paſó de Villarrica el fértil llano,
Que tiene al ſur el gran Volcan vecino,
Fragua ſegun afirman de Vulcano,
Que regoldando fuego eſtá contino:
De allí volviendo por la dieſtra mano
Viſitando la tierra alcabo vino
Al ancho lago y gran deſaguadero
Término de Valdivia y fin poſtrero;

Donde tambien llegué, que ſus pi-
ſadas
in descanſar un punto voy ſiguiendo,
de las mas ciudades convocadas
ban gentes en número acudiendo
láticas en conquiſtas y jornadas:
asi el tumulto bélico creciendo
n ſordo ſón confuſo ribombaba,
el vecino contorno amendrentaba.

Que arrebatado del ligero viento,
por la fama lexos esparcido,
irió el deſapacible y duro acento
e los remotos Indios el oído:
os quales con turbado ſentimiento
uyen del nuevo y fiero ſón temido,
ual medroſas ovejas derramadas
el aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroſo velo
e nubes congregadas de repente,
i preſto rayo que rasgando el cielo
axa tronando envuelto en llama ardiente,
i terremoto quando tiembla el ſuelo
urba y atemoriza aſi la gente,
omo el horrible eſtruendo de la guerra
urbó y amedrentó toda la tierra.

Quién ſin duda publica que ya entraban
Deſtruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos ſaqueaban
Privando á los Caciques de las vidas;
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros inſultos y maldades
Sin reſervar lugar, ſêxo, ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada coſa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Quanto el triſte temor les repreſenta,
Solo el ſalvarſe les parece incierto,
Y eſto los atribula y atormenta,
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen, y en nada ſe reſuelven.

Mas luego que el temor deſatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dexó en ella lugar desocupado
Por donde la razon halláſe entrada:
El atónito pueblo reportado
Su total perdicion conſiderada
Se junta á conſultar en éſte medio
Las coſas importantes al remedio.

Hallóſe en éſte vario ayuntamiento
Tunconabala plático ſoldado,
Perſona de valor y entendimiento;
En la Araucana escuela dotrinado,
Que por cierta qüeſtion y acaecimiento
De ſu tierra y parientes deſterrado
Se reduxo á doméſtico exercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El qual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confuſion que habia,
Pues ſin oir trompeta, ni ver gente
Le espantaba ſu misma voceria:
En un lugar capaz y conveniente
Junta toda la noble compañia,
Soſegado el rumor y alteraciones
Les comenzó á decir éſtas razones:

Escuſado es, amigos, que yo os diga
El peligroſo punto en que nos vemos
Por éſta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos:
Pues el temor, que á todos nos fatiga
Nos apremia y conſtriñe á que entreguemos
La libertad y caſas al tyrano,
Dándole entrada libre y paſo llano.

¿A qué foſado muro, ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué caſtillo
Os podreis retirar en éſte eſtrecho,
Que baſte ſola un hora á reſiſtillo?
Si quereis hacer roſtro, y moſtrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge éſta furia repentina
Sin armas, Capitan, ni disciplina.

Que eſtos barbudos crueles y terribles
Del bien universal uſurpadores
Son fuertes, poderoſos, invencibles,
Y en todas ſus empreſas vencedores:
Arrojan rayos con eſtruendo horribles,
Pelean ſobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De ſolo el penſamiento gobernados.

Y pues contra ſus armas y fiereza
Defenſa no teneis de fuerza ó muro,
La induſtria ha de ſuplir nueſtra flaqueza,
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que moſtrando doméſtica llaneza
Les podeis prometer paſo ſeguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promeſa en daño á nadie obliga.

Haciendo en éſte tiempo limitado
letirar con ſilencio y buena maña
.a ropa, proviſiones, y ganado
il último rincon de la montaña:
)exando el alimento tan taſado,
)ue vengan á entender que éſta campaña
is eſtéril, es ſeca, y mal templada
)e gente pobre y miſera habitada.

Porque eſtos inſaciables avarientos
'iendo la tierra pobre y poca preſa
in duda mudarán los penſamientos
)exando por inútil éſta empreſa,
' la falta de gente y baſtimentos
.os echará deſte diſtrito aprieſa
iuiados por la breña y gran recueſto,
)e dó quizá no volverán tan preſto.

Teneis de Ancud el paſo y eſtrecheza
errado de peñascos y jarales,
or dó quiſo impedir naturaleza
l trato á los vecinos naturales,
uya eſpeſura grande y aſpereza
un no pueden romper los animales,
las aves alígeras del ciclo
ienten trabajo en el paſarle á vuelo.

Llevados por aquí sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso:
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dexando ésta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viage,
Con rústica y desnuda compañia
Salir quiero á encontrarlos al pasage:
Y fingiendo ignorancia y alegria
Vestido de grosero y pobre trage
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra, y mísero tribúto,
El linage de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Qué es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.

No acabó ſu razon el Indio quando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin moſtrarſe ninguno diferente:
Y aſí la execucion apreſurando
En lo ya conſultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas, y ganados.

Ya el Eſpañol con la preſteza uſada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la poſtrer jornada
Del límite haſta allí conſtituido:
Y pueſto el pie en la raya ſeñalada
El preſuroſo paſo ſuspendido,
Dixo, ſi ya escucharlo no os enoja,
Lo que el Canto dirá vuelta la hoja.

## CANTO XXXV.

Entran los Españoles en demanda de la nueva tierra: sáleles al paso Tunconabala, persuadeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos; donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
Qué pecho fiel, qué volüntad tan sana
Que éste no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada, ni cerrada puerta
Que no la facilite y dexe abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Truxo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles remotas
Del interés incitador llevados
Piensan escudriñar quanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dixe, que Don Garcia habia arribado
Con prática y lucida compañia
Al término de Chile señalado,
De dó nadie jamas pasado habia:
Y enmedio de la raya el pie afirmado,
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dixo fueron tales:

Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles
Ni syrados mares, ni contrarios vientos
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
Que rompiendo por todo habeis llegado
Al término del orbe limitado:

Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El dificil camino y paso abierto
A solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto,
Y quanto os ha fortuna prometido,
Que siendo de tan grande empresa autores
Habeis de ser sin límite señores.

Y la parlera fama discurriendo
Hasta el extremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo
Pondrá ésta vuestra en el lugar primero:
Pues en dos largos mundos no cabiendo
Venis á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazon tan oportuna,
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna,
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
Desas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.

Luego pues de tropél toda la gente
A la plática apenas detenida
Pisó la nueva tierra libremente
Jamas del estrangero pie batida:
Y con orden y paso diligente
Por una angosta senda mal seguida
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados:
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al mas gigante
Poder volver atras, ni ir adelante.

Ya del móbil primero arrebatado
Contra ſu curſo el ſol ácia el poniente
Al mundo quatro vueltas habia dado
Calentando del pez la húmida frente,
Quando al baxar de un áſpero collado
Vimos ſalír diez Indios de repente
Por entre un arcabuco y breña eſpeſa
Desnudos en montón trotando aprieſa.

Del ayre, de la lluvia y ſol curtidos,
Cubiertos de un eſpeſo y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho, y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas ſin cortar, largo el cabello,
Brutos campeſtres, rúſticos ſalvages
De fieras cataduras y viſages.

Venia un robuſto viejo el delantero,
Al qual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de ſayal groſero,
Que míſera pobreza prometia:
Eſte pues como dixe allá primero
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nueſtros deſignios y opiniones
Con fingidos conſejos y razones.

Fuimos luego ſobre ellos recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos nueſtros paſos atajando
Venian á mas andar la cueſta arriba,
Y al pie de una alta peña reparando
Por dó un quebrado arroyo ſe derriba
Todos nos aguardaron ſin recelo
Pueſtas ſus flechas y arcos en el ſuelo.

Luego el anciano á voces, y en eſtraña
Lengua de nueſtro intérprete entendida,
Dixo: ¡o gente infeliz, á éſta montaña
Por falſo engaño y relacion traida,
Dó la ſerpiente y áſpera alimaña
Apenas ſuſtentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raíces mantenido!

¿Qué informacion ſinieſtra, qué noticia
Incita aſí vueſtro ánimo invencible?
Qué dañado conſejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo impoſible?
Frenad aunque loable eſa codicia,
Que la empreſa es dificil y terrible,
Y vais ſin duda todos engañados
A miſerable muerte condenados.

Que quando no encontreis gente de
guerra,
Que os ponga en el paſage impedimento,
Hallareis una ſierra y otra ſierra,
Y una eſpeſura y otra, y otras ciento,
Tanto que la aſpereza de la tierra
Por la falta de yerba y nutrimento,
Y contagion del ayre no conſiente
En ſu eſterilidad coſa viviente.

Y aunque me veis en bruto transfor-
mado
A la ſilveſtre vida reducido,
Sabed, que ya en un tiempo fui ſoldado,
Y que tambien las armas he veſtido:
Aſí que por la ley que he profeſado
Viendo que va éſte exército perdido
La láſtima me mueve á aconſejaros,
Que ſin paſar de aquí querais tornaros.

Que eſtas yermas campañas y eſpe-
ſuras
Haſta el frígido Sur continuadas
Han de ſer el remate y ſepulturas
De todas vueſtras próſperas jornadas:
Mirad deſtos ſalvages las figuras
De quien ſon como fieras habitadas,
Y el fruto que nos dan escaſamente
Del qual os traygo un míſero preſente.

En eſto de un fardel de ovas marinas
A la manera de una red texidas
Sacó diverſas frutas monteſinas
Duras, verdes, agreſtes, deſabridas,
Carne ſeca de fieras ſalvaginas,
Y otras ſilveſtres rúſticas comidas,
Langoſta al ſol curada, y lagartijas
Con mil varias inmundas ſavandijas.

Admirónos la forma y la eſtrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran ſelvatiquez y ruſtiqueza,
El fiero aſpecto y término intratable:
La eſpeſura de montes y aſpereza,
Y el fruto de aquel ſuelo miſerable,
Tierra yerma, deſierta, y despoblada
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí ſi proſiguiendo
La tierra era adelante montuoſa,
Reſpondiónos el viejo ſonriendo,
Ser mas áſpera, dura, y mas fragoſa:
Y que aſí la montaña iba creciendo,
Que era impoſible y temeraria coſa
Romper tanta maleza y eſpeſura
Pueſta allí por ſecreto de natura.

Pero viſto nueſtro ánimo ambicioſo,
Que era de proſeguir ſiempre adelante,
Y que el fingido aviſo malicioſo
A volvernos atras no era baſtante,
Con un afecto tierno y amoroſo
Moſtrando en lo exterior triſte ſemblante
Puesto un rato á penſar afirmó cierto
Haber cerca otro paſo mas abierto.

Que por la vanda dieſtra del poniente
Dexando el monte del ſinieſtro lado
Habia un raſtro curſado antiguamente
Por la nacida yerba ya borrado,
Por dó podia paſar ſalva la gente
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo qual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fue de noſotros eſto bien oído,
Que alguna gente eſtaba ya dudoſa,
Y el donoſo preſente recibido,
Tambien la recompenſa fue donoſa:
Un manto de algodon roxo teñido,
Y una poblada cola de rapoſa,
Quince cuentas de vidrio de colores
Con doce cascaveles ſonadores.

La dádiva del viejo agradecida
Por ſer joyas entre ellos eſtimadas,
Y la guia ſolícita venida
Con todas las mas coſas apreſtadas,
Puſimos en efecto la partida
Siguiéndonos los Indios dos jornadas,
Dando vuelta despues por otra ſenda
Dexándonos el Indio en encomienda.

La qual nos iba ſiempre aſegurando
Gran riqueza, ganado, y poblaciones,
Los ánimos eſtrechos enſanchando
Con falſas y engañoſas relaciones,
Diciendo: quando Febo volteando
Seis veces alumbráre éſtas regiones,
Os prometo ſo pena de la vida
Henchir del apetito la medida.

No ſabré encarecer nueſtra altiveza,
Los ánimos brioſos y lozanos.
La eſperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discurſos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aſpereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo éxorbitante
No oſaban ya ponérſenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos
Máquinas levantadas y quimeras:
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la quarta al tramontar del dia
Se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta
Los ánimos turbó mas esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados:
Mas aunque sin camino y en desierta
Tierra del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
Siempre mas arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes, y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraygados matorrales,
Dó el caballo ostigado y receloso
Afirmáse seguro el pie medroso.

Nunca con tanto eſtorbo á los humanos
Quiſo impedir el paſo la natura,
Y que aſí de los cielos ſoberanos
Los árboles midieſen el altura:
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y eſpeſura
Como en éſte camino defendido
De zarzas, breñas y árboles texido.

Tambien el cielo encontra conjurado
La escaſa y turbia luz nos encubria
De eſpeſas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebroſa noche el dia:
Y de granizo y tempeſtad cargado
Con tal furor el paſo defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra,
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos preſto ſocorro demandaban
En las hondas malezas ſepultados,
Otros ayuda, ayuda voceaban
En húmidos pantanos atascados:
Otros iban trepando, otros rodaban
Los pies, manos, y roſtros deſollados,
Oyendo aquí y allí voces envano
Sin poderſe ayudar, ni dar la mano.

Era láſtima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos ſin ánimo caidos;
Deſtroncados los pies, rotos los brazos:
Nueſtros ſencillos débiles veſtidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, ſolo armados,
En ſangre, lodo, y en ſudor bañados.

Y demas del trabajo incomportable
Faltando ya el refresco y baſtimento,
La aquexadora hambre miſerable
Las cuerdas apretaba del tormento:
Y el bién dudoſo, y daño indubitable,
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dexativo ſudor frio
De los canſados miembros todo el brio.

Pero luego tambien conſiderando
La gloria que el trabajo aſeguraba,
El corazon los miembros reforzando
Qualquier dificultad menospreciaba:
Y los fuertes opueſtos contraſtando
Todo lo por venir facilitaba,
Que el valor mas ſe mueſtra y ſe parece
Quando la fuerza de contrarios crece.

Aſí pues nueſtro exército rompiendo
De ſolo la eſperanza alimentado,
Paſaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deſeado:
Ibanſe ya las breñas deſtexiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando ſus ramas intrincadas
Nos daban paſo y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por éſta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cueſta
Iban ſus altas cumbres allanando:
La eſpeſa y congelada niebla opueſta
El grueſo vapor húmido exhalando
Aſí ſe aldelgazaba y eſparcia,
Que penetrar la viſta ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á hierro el impedido paſo,
Que en todo aquel discurſo no tuvimos
Dó poder reclinar el cuerpo laſo:
Alfin una mañana descubrimos
De Ancud el eſpacioſo y fertil raſo,
Y al pie del monte y áſpera ladera
Un, eſtendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado
De innumerables islas deleytoſas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas preſuroſas:
Marinero jamas deſeſperado
Enmedio de las olas fluctuoſas
Con tanto gozo vió el vecino puerto,
Como noſotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados.
Llenos de nuevo gozo y de ternura
Dimos gracias á Dios, que aſí escapados
Nos vimos del peligro y desventura:
Y de tantas fatigas olvidados
Siguiendo el buen ſuceſo y la ventura
Con eſperanza y ánimo lozano
Salimos preſto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el eſtropeado,
El coxo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó ſano, gallardo, y alentado,
De nuevo esfuerzo, y de valor veſtido,
Pareciéndole poco todo el ſuelo,
Y facil coſa conquiſtar el cielo.

Mas con todo éſte esfuerzo á la ba-
xada
De la ribera en partes montuoſa
Hallamos la frutilla coronada,
Que produce la murta virtuoſa:
Y aunque agreſte, montés, no ſazonada,
Fue á tan buena ſazon, y tan ſabroſa,
Que el celeſte maná y ollas de Egypto
No movieran mejor nueſtro apetito.

Qual vanda de langoſtas embiadas
Por plaga á veces del linage humano,
Que en las espigas fértiles granadas
Con un ſordo rozar no dexan grano:
Aſí pues en quadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dexaba los murtales mas copados
De fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian
De la hambre aquexados importuna,
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al reparrir la compañia
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas quando
Salen el campo del corral cerrado,
Aquí y allí ſolicitas buscando
El trigo de la trox desperdiciado,
Que con los pies y picos escarvando
Halla alguna el regojo ſepultado,
Y alzándoſe con él pueſta en huida
Es de las otras luego perſeguida:

Aſí aquel que arrebata buena parte
Deſte y de aquel aquí y allí ſeguido,
Huyendo ſe retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido:
Ninguno ſi algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ſer partido,
Ni allí la caridad aunque la habia
Eſtenderſe á los próximos podia.

Eſtando con ſabor deſta manera
Guſtando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola ligera
De doce largos remos impelida,
Que zahordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra ſin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas ſi quereis ſaber quien es la gente,
Y la cauſa de haber aſí arribado,
No puedo aquí decíroslo al preſente,
Que eſtoy del gran camino quebrantado:
Aſí para ſazon mas conveniente
Será bien que lo dexe en éſte eſtado,
Porque pueda entretanto repararme,
Y os dé menos faſtidio el escucharme.

## CANTO XXXVI.

Sale el Cacique de la barca á tierra, ofrece á los Eſpañoles todo lo neceſario para ſu viage, y proſiguiendo ellos ſu derrota, les ataja el camino el deſaguadero del archipiélago; atraviéſale Don Alonſo en una piragua con diez ſoldados: vuelven al aloxamiento, y de allí por otro camino á la Ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas coſas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto quanto ſon maravilloſas
El que menos las cuenta es mas prudente:
Y aunque es bien que ſe callen las dudoſas,
Y no ponerme en riesgo aſí evidente,
Digo que la verdad hallé en el ſuelo,
Por mas que afirmen que es ſubida al cielo.

Eſtaba retirada en éſta parte
De todas nueſtras tierras excluida,
Que la falſa cautela, engaño, y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida:
Pero dexada éſta materia aparte,
Volveré con la prieſa prometida
A la barça de chusma y gente llena,
Que vogando enviſtió recio en la arena.

Donde un gracioſo mozo bien dispueſto
Con haſta quince en número venia,
Crespo de pelo negro, y blanco geſto,
Que el principal de todos parecia:
El qual con grave término modeſto
Junto á nueſtra esparcida compañia
Nos ſaludó cortes y alegremente,
Diciendo en lengua eſtraña lo ſiguiente:

Hombres, o dioſes rúſticos, nacidos
En eſtos ſacros bosques y montañas,
Por celeſte influencia producidos
De ſus cerradas y áſperas entrañas,
¿Por quál caſo o fortuna ſois venidos
Por caminos y ſendas tan eſtrañas
A nueſtros pobres y últimos rincones
Libres de confuſion y alteraciones?

Si vueſtra pretenſion y penſamiento
Es de buscar region mas eſpacioſa,
Y en la profecucion de vueſtro intento
Teneis neceſidad de alguna coſa,
Toda comodidad y aviamiento
Con mano larga y voluntad gracioſa,
Hallaréis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

Y ſi quereis morar en éſta tierra,
Tierra donde moreis aquí os darémos,
Si os place y os agrada mas la ſierra,
Allá ſeguramente os llevarémos:
Si quereis amiſtad, ſi quereis guerra
Todo con ley igüal os lo ofrecemos,
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amiſtad escogería.

Mucho agradó la ſuerte, el garbo, el trage
Del gallardo mancebo floreciente
El expedido término y lenguage
Con que aſí nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedage,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion tornida,
De manto y floxa túnica veſtida.

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atras la punta y derribada,
A las ceñidas ſienes ajuſtado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y viſtoſo parecia,
Señal de ſer el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad gracioſa que moſtraba,
Ofreciendo tambien la nueſtra cierta,
Que á ſu provecho y bien ſe enderezaba:
Pero alfin nueſtra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitualla
Debaxo de promeſa de pagalla.

Luego con voz y priſa diligente
Viſta la gran neceſidad que habia,
Mandó á ſu prevenida y pronta gente
Sacar quanto en la góndola traïa:
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañia,
Sin de nadie aceptar ſolo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados aſi deſta manera,
Y tambien esforzada la eſperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nueſtra coſtumbre en ordenanza:
Y andada una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda eſtanza,
Cerca del agua en reparado aſiento
Hicimos el primer aloxamiento.

No eſtaba nueſtro campo aun aſentado,
Ni pueſtas en lugar las demas coſas,
Quando de aquella parte y deſte lado
Hendiendo por las aguas espumoſas
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas preſuroſas,
Refreſcando la gente desvalida
Sin rescate, ſin cuenta, ni medida.

La ſincera bondad y la caricia
De la ſencilla gente deſtas tierras
Daban bien á entender que la cudicia
Aun no habia penetrado aquellas ſierras:
Ni la maldad, el robo, y la injuſticia
Alimento ordinario de las guerras
Entrada en éſta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho y ancha entrada:
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la cudicia su estandarte
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche el dia siguiente
La nueva por las islas estendida
Llegaron dos Caciques juntamente
A dar el parabién de la venida
Con un largo y expléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos, y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos:
Miraban los caballos alentados
Enmedio de la furia corregidos,
Y mas los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la polvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al Sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando:
Pero quando ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos Caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no truxese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nacar fino,
Quién la piel del carnero vedixosa,
Quién el arco y carcax, quién la vocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fui siempre amigo, e inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado
En una presta góndola metido
Pasé á la principal isla cercana
Al parecer de tierra y gente llana.

Vi los Indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres:
Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y exercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fui torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas:
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me truxo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viage fue el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desagua-
ba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesia
El pato por allí nos impedia.

Cayó una 'gran triſteza, un gran nublado
En el ánimo y roſtro de la gente,
Viendo nueſtro camino aſí atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabeſtro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angoſta piragua era baſtante
A comportar un peſo ſemejante.

Y volver pues atras viſto el terrible
Trabajo intolerable y exceſivo,
Tenian ſegun razon por impoſible
Poder llegar en ſalvo un hombre vivo:
Quedar allí era coſa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proſeguir el comenzado curſo
Contra toda opinion y buen discurſo.

Viendo nueſtra congoxa y agonia
Un joven Indio, al parecer ladino,
Alegre ſe ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fue exceſiva en algunos la alegria,
Y aſí dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido hibierno á los Auſtrales
Comenzaba á embiar claras ſeñales.

Mas yo que mis deſignios verdaderos
Eran de ver el fin deſta jornada,
Con haſta diez amigos compañeros
Gente gallarda, brava y arriscada
Reforzando una barca de remeros,
Paſé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenoſa
Sin lengua y ſin noticia á la ventura,
Aſpera al caminar y pedregoſa,
A trechos ocupada de eſpeſura;
Mas viſto que la empreſa era dudoſa,
Y que paſar de allí ſería locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á atraveſar la furioſa agua.

Pero yo por cumplir el apetito
Que era poner el pie mas adelante,
Fingiendo que marcaba aquel diſtrito,
Coſa al descubridor ſiempre importante,
Corrí una media milla, dó un escrito
Quiſe dexar para ſeñal baſtante,
Y en el tronco que ví de mas grandeza
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó donde otro no ha llegado
Don Alonſo de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslaſtrado
Con ſolos diez paſó el deſaguadero
El año de cinqüenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos por Hebrero
A las dos de la tarde el poſtrer dia,
Volviendo á la dexada compañia.

Llegando pues al campo, que aguardando
Para partir nueſtra venida eſtaba,
Que el riguroſo hibierno comenzando
La deſierta campaña amenazaba:
El Indio amigo prático guiando
La gente alegre el paſo apreſuraba,
Pareciendo el camino aunque cerrado
Facil con la memoria del paſado.

Cumplió el bárbaro Isleño la promeſa,
Que ſiempre en ſu opinion eſtuvo fixo,
Y por una encubierta ſelva eſpeſa
Nos ſacó de la tierra como dixo:
Voy paſando por eſto á toda prieſa
Huyendo quanto puedo el ſer prolixo,
Que aunque lo fueron mucho los trabajos
Es meneſter echar por los atajos.

A la Imperial llegamos dó hospedados
Fuimos de los vecinos generoſos
Y de varios manjares regalados
Hartamos los eſtómagos goloſos:
Viſto pues en el pueblo aſí ayuntados
Tantos gallardos jóvenes brioſos
Se concertó una juſta y deſafio,
Donde moſtráſe cada qual ſu brio.

Turbó la fieſta un caſo no penſado,
Y la celeridad del juez fue tanta,
Que eſtuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exâgerado
La voz y fama pública le canta,
Que fue ſolo poner mano á la eſpada
Nunca ſin gran razon deſenvaynada.

Eſte acontecimiento, éſte ſuceſo
Fue forzoſa ocaſion de mi deſtierro,
Teniéndome deſpues gran tiempo preſo
Por remendar con éſte el primer yerro:
Mas aunque aſí agraviado no por eſo
Armado de paciencia y duro hierro
Falté en alguna accion y correria,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Huvo allí escaramuzas ſanguinoſas,
Ordinarios rebatos, y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligroſas,
Aſaltos y batallas aplazadas,
Raras eſtratagemas engañoſas,
Aſtucias y cautelas nunca uſadas,
Que aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos puſieron en eſtrecho.

Mas deſpues del aſalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo temida,
Donde fue deſtrozada tanta malla,
Y tanta ſangre bárbara vertida:
Fortificado el ſitio y la muralla
Aceleré mi ſúbita partida,
Que el agravio mas fresco cada dia
Me eſtimulaba ſiempre y me roía.

Y en un grueſo barcon baxel de trato,
Que velas altas de partida eſtaba,
Salí de aquella tierra y Reyno ingrato,
Que tanto afan y ſangre me coſtaba:
Y ſin contraſte alguno, ni rebato
Con el Auſtro que en popa nos ſoplaba,
Coſta á coſta y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizò la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada
Mas que Neron y Herodes inclemente
Pasó tantos amigos por la espada,
Y á la querida hija juntamente;
No por otra razon y causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia
De camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via
A mas larga carrera acostumbrado,
Y á Panamá llegué, dó el mismo dia
La nueva por el ayre habia llegado
Del desbarate y muerte del tyrano,
Saliendo mi trabajo y priesa envano.

Estuve en tierra firme detenido
Por una enfermedad larga y estraña;
Mas luego que me ví convalecido
Tocando en las Terceras vine á España:
Donde no mucho tiempo detenido
Corrí la Francia, Italia, y Alemaña,
A Silesia, y Moravia hasta Posonia,
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Paſé y volví á palar eſtas regiones,
Y otras y otras por áſperos caminos,
Traté y comuniqué várias naciones
Viendo coſas y caſos peregrinos:
Diferentes y eſtrañas condiciones,
Animales terreſtres y marinos,
Tierras jamas del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
Del camino primero desviado?
Por qué aſí me olvidé de la promeſa,
Y diſcurſo de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dexada empreſa
Sinó teneis el guſto ya eſtragado;
Mas yo procuraré deciros coſas,
Que valga por diſculpa el ſer guſtoſas.

Volveré á la conſulta comenzada
De aquellos Capitanes ſeñalados,
Que en la parte que dixe diputada
Eſtaban diferentes y encontrados:
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y como alfin quedaron conformados,
Los aſaltos, encuentros y batallas,
Que es meneſter lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo
fatigando
La trabajada mente y los ſentidos,
Por las regiones últimas buſcando
Guerras de ignotos Indios escondidos,
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áſpero rumor y ſón de guerra,
Y abraſarſe en furor toda la tierra?

Veo toda la Eſpaña alborotada
Envuelta entre ſus armas victorioſas,
Y la inquieta Francia ocaſionada
Descoger ſus vanderas ſoſpechoſas:
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las caxas ſonoroſas,
Allegándoſe en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el eſtrépito bélico y ruído
Es meneſter esfuerzo y nuevo aliento,
Y ſer de vos, ſeñor, favorecido:
Mas ya que el temerario atrevimiento
En éſte grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos eſpero cierto
Llegar con mi canſada nave al puerto.

Que ſi mi eſtilo humilde y compoſtura
Me ſuſpende la voz amedrentada,
La materia promete y me aſegura,
Que con grata atencion ſerá escuchada:
Y entretanto, ſeñor, ſerá cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el eſpíritu inquieto
Haſta que ſaque fuerzas del ſujeto.

## CANTO XXXVII.

En eſte ultimo Canto ſe trata como la guerra es de derecho de las gentes, y ſe declara el que el Rey D. Phelipe tuvo al Reyno de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los Portugueſes para juſtificar mas ſus armas.

Canto el furor del pueblo Caſtellano
Con ira juſta y pretenſion movido,
Y el derecho del Reyno Luſitano
A las ſangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo chriſtiano
En rabioſa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra ayradas
A los parientes pechos arrojadas.

La guerra fue del cielo derivada,
Y en el linage humano transferida,
Quando fue por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida:
Por la guerra la paz es conservada,
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda, y le corrige.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soverbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina:
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el orden militar y disciplina
Conserva la República y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviáre:
O quando por venganza, ó furor ciego,
O fin particular se comenzáre:
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbáre:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo

Que aſſí como tenemos profeſada
na hermandad en Dios y ayuntamiento,
anto del miſmo Chriſto encomendada
n el último eterno Teſtamento,
o puede ſer de alguno deſatada
ſta paz general y ligamiento,
nó es por cauſa pública ó querella,
autoridad del Rey defenſor della.

Entonces como un Angel ſin pecado
ueſta en la cauſa univerſal la mira,
uede tomar las armas el ſoldado,
en ſu enemigo executar la ira:
quando algun reſpeto ó fin privado
e templa el brazo, encoge, y le retira,
emas de que en peligro pone el hecho
eca, y ofende al público derecho.

Por donde en juſta guerra permitida
uede la ayrada vencedora gente
ferir, prender, matar en la rendida,
hacer al libre esclavo y obediente:
ue el que es ſeñor y dueño de la vida,
o es ya de la perſona, y juſtamente
ará lo que quiſiere del vencido,
ue todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocaſiones
Por la cauſa comun ſin cárgo alguno
En batallas formadas y esqüadrones
Puede uſar de las armas cada uno,
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
A pie, á caballo, armado, deſarmado,
Ora ſea en campo abierto, ora eſtacado.

En guerra juſta es juſto el deſafío
La autoridad del Príncipe interpueſta,
Baxo de cuya mano y ſeñorío
La ordenada República eſtá pueſta:
Mas ſi por caſo proprio ó alvedrio
Se denuncia el combate, y ſe proteſta,
O ſea provocador, ó provocado
Es ilícito, injuſto, y condenado.

Y los Chriſtianos Príncipes no deben
Favorecer jamas, ni dar licencia
A condenadas armas, que ſe mueven
Por odio, por venganza, ó competencia:
Ni decidan las cauſas, ni ſe prueben
Remitiendo á las fuerzas la ſentencia,
Pues por razon oculta á veces veo,
Que ſale vencedor el que fue reo.

Y el juicio de las armas ſanguinoſo
uſta y derechamente ſe condena,
ues vemos el incierto fin dudoſo,
:gun la ſuma providencia ordena:
'ue el ſuceſo ora triſte, ora dichoſo
ſo es quien hace la cauſa mala ó buena,
ſi jamas la juſticia en coſa alguna
ſtá ſujeta á caſo, ni á fortuna.

Digo tambien, que obligacion no tiene
'e inquirir el ſoldado diligente
es lícita la guerra y ſi conviene,
ſi ſe mueve injuſta ó juſtamente:
'ue ſolo al Rey que por razon le viene
a obediencia y ſervicio de ſu gente,
omo gobernador de la República,
e toca exâminar la cauſa pública.

Y pues del Rey como cabeza pende
l peſo de la guerra y grave carga,
quanto daño y mal della depende
odo ſobre ſus hombros ſolo carga,
ebe mucho mirar lo que pretende,
antes que dé al furor la rienda larga
ıſtificar ſus armas prevenidas,
o por codicia y ambicion movidas.

Como Phelipe en la ocaſion preſente,
Que de preciſa obligacion forzado
En favor de las leyes juſtamente
Las permitidas armas ha tomado,
No fundando el derecho en ſer potente,
Di de codicia de reynar llevado;
Pues ſe eſtiende ſu cetro y monarquia
Haſta adonde remata el ſol ſu via.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los ſanos corrompe e inficiona,
Llamado del derecho y la juſticia
Contra el rebelde Reyno va en perſona:
Y á despecho y peſar de la malicia,
Que le niega y le impide la corona,
Quiere brir y allanar con mano armada
A la razon la defendida entrada.

Y aunque con juſta indignacion movido,
Sus fuerzas y poder diſimulando
Detiene el brazo en alto ſuspendido,
El remedio de ſangre dilatando:
Y con prudencia y ánimo ſufrido
Su espada y pretenſion juſtificando,
Quebrantará despues con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano ayrada
La ſobervia cerviz de los traydores,
Despedazando la pujante armada
De los Galos Piratas valedores:
Y con rigor y furia disculpada
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Phelipe Eſtrozi ſu caudillo,
Serán todos paſados á cuchillo.

No manchará éſta ſangre ſu clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga,
Que ſi el delito es grave y la inſolencia,
Clemente es y piadoſo el que caſtiga:
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor ſe ſiga,
Cruel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no eſtá en perdonar el ſer clemente
Si conviene el rigor y es importante,
Que el que ataja y caſtiga el mal preſente
Huye de ſer cruel para adelante:
Quien la maldad no evita, la conſiente,
Y ſe puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona
La República eſtraga e inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud ineſtimable,
Que el perdonar victoria es glorioſa,
Y en el mas poderoſo mas loable:
Pero la paz comun tan provechoſa
No puede ſin juſticia ſer durable,
Que el premio y el caſtigo á tiempo uſados
Suſtentan las Repúblicas y Eſtados.

Y no todo el exceſo y mal que hubiere
Se puede remediar, ni ſe caſtiga,
Que el tiempo á veces y ocaſion requiere
Que todo no ſe apure, ni ſe ſiga:
Príncipe que ſaberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho ſe obliga:
Que es medicina fuerte y riguroſa
Descarnar haſta el hueſo qualquier coſa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el odio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el contínuo rigor en los caſtigos
Hace al Príncipe odioſo y deſamado:
Oficio es proprio y proprio de los Reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y ſe puede decir que no importára
Diſimular los males ya paſados,
Si dello ánimo el malo no tomára
Para nuevos inſultos y pecados:
El miedo del caſtigo es coſa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor pueſto en el palo
Corrige la maldad, y enmienda al malo.

Mas tambien el caſtigo no ſe haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que ſiendo leve el mal, poca la llaga
Mete los filos mucho por lo ſano,
Y con el enconoſo hierro eſtraga
Lo que ſanára ſin tocar la mano,
Que no es buena la cura y experiencia,
Si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algun curioſo
Dirá que aquí y allí me contradigo.
Virtud es caſtigar quando es forzoſo,
Y neceſario el público caſtigo:
Virtud es perdonar el poderoſo
La ofenſa del ingrato y enemigo
Quando es particular, ó que ſe entienda
Que puede ſin caſtigo haber enmienda.

Voyme de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga,
En lugar de aliviarme, recibiendo
En mis cansados hombros mucha carga:
Así de aquí adelante resumiendo
Lo que menos importa, y mas me carga
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, o Lusitanos, que engañados
Contraponeis el obstinado pecho?
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
Qué, no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Phelipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Haciendas, libertades y esenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y esqüadrones:
Y casi murmurado ha detenido
Las armas convenciendoos con razones,
Qual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¿Qué ciega pretenſion, qué embáucamiento,
Qué paſion pertinaz deſatinada
Saca aſí la razon tan de ſu aſiento,
Y tiene vueſtra mente traſtornada?
Que una unida nacion por ſacramento,
Y con la Cruz de Chriſto ſeñalada,
Envuelta en crueles armas homicidas
Dé en ſus proprias entrañas las heridas!

Y unas mismas diviſas y vanderas
Salgan de aloxamientos diferentes,
Trayendo mil naciones eſtrangeras,
Que derraman la ſangre de inocentes!
Y introducen errores y maneras
De pegajoſos vicios inſolentes,
Dexando con ſu peſte derramada
La católica España inficionada!

A vos, eterno padre ſoberano,
El favor neceſario y gracia pido,
Y os ſuplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido;
Para que al Portugues y al Caſtellano
Dé juſtamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y ſáque de lo juſto
Particular respeto, ni otro guſto.

Y pues vos conoceis los corazones,
Y el juſto celo con que el mio ſe mueve,
Y en los buenos propóſitos y acciones
El principio teneis, y el fin ſe os debe,
Dadme eſpíritu igüal, dadme razones
Con que informe mi pluma, que ſe atreve
A emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebaſtian Rey Luſitano
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término Africano,
Y oprimir el Pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paſo llano
Su altivo y levantado penſamiento,
Allegó de aquel Reyno brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el Rey Don Phelipe que al ſobrino
Vió moverſe á la empreſa tan ligero,
Al errado deſignio contravino
Con conſejo de padre verdadero:
Y penſando apartarle del camino
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe ſe juntaſen
Para que allí ſobre ello platicaſen.

No baſtaron razones ſuficientes,
Ni el ruego y perſuaſion del grave Tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes,
Que pudieran volver atras un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Báxo de un ſolo golpe al alvedrio
De la inconſtante y variable diosa,
De revolver el mundo deſeoſa.

Que el orgulloſo mozo prometiendo
Lo que el juſto temor dificultaba,
Los prudentes discurſos rebatiendo,
Todos los contrapueſtos tropellaba:
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apreſuraba;
Que no baſta conſejo, ni advertencia
Contra el decreto y la fatal ſentencia.

¿Quién cantará el ſuceſo lamentable,
Aunque tenga la voz mas expedida,
Y aquel ſangriento fin tan miſerable
De la jornada y gente mal regida,
La ruina de un Reyno irreparable,
La fama antigüa en ſolo un dia perdida,
Todo por voluntad de un mozo ardiente
Movido ſin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia,
Que á los mas triſtes en miſeria excede,
Que aunque ſangrienta eſtá la pluma mia,
Correr por tantas láſtimas no puede:
Quiero ſeguir la comenzada via,
Si el alto cielo aliento me concede,
Que ya de aqueſta parte tambien ſiento
Armarſe un gran ñublado turbulento.

Despues que el mozo Rey voluntarioſo
Al Africano exército aſaltando,
En el ciego tumulto polvoroſo
Murió en monton confuſo peleando,
Y la fortuna de un baybén furioſo
Derrocó quatro Reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del Poniente;

Fue luego en Portugal por Rey jurado
Don Enrique, el hermano del avuelo,
Cardenal y Presbytero ordenado,
Perſona religioſa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Mas que para éſte mundo para el cielo,
Ofreciéndole el Reyno la fortuna
Con poca vida y ſuceſion ninguna.

El gran Phelipe en lo íntimo ſintiendo
Del Reyno y muerto Rey la deſventura,
Y del enfermo Don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal ſegura,
Como ſobrino y ſuceſor queriendo
Aclarar ſu derecho en coyuntura,
Que por la transverſal propinqüa via
A los Reyes y títulos tenia.

Con celoſa y loable providencia
Hizo juntar doctíſimos varones
De grande chriſtiandad y ſuficiencia,
Desnudos de intereſe y pretenſiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Miraſen en el grado que él eſtaba,
Si el pretendido Reyno le tocaba.

Que Doña Catalina como parte
Duqueſa de Berganza pretendia
Por hija del Infante Don Duarte,
Que de derecho el Reyno le venia:
Y tambien Don Antonio de otra parte
A la corona y cetro ſe oponia;
Mas aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo excluido.

Y que hecho el exâmen cada uno
A tan arduo negocio conveniente,
Sin miramiento, ni respeto alguno
Dieſen ſus pareceres libremente,
Porque en tiempo quieto y oportuno
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el Reyno á la razon no ſe allanáſe
Sus armas y poder juſtificáſe.

Todos los quales claramente viendo,
Que el transverſal por ley y fuero llano
No repreſenta al padre, ſucediendo
El legítimo deudo mas cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de menos edad el mas anciano,
Yendo la ſuceſion y precedencia
Por derecho de ſangre, y no de herencia:

Don Antonio excluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igüalmente exâminado
De Don Phelipe y Doña Catalina,
Descendientes del tronco en igüal grado,
Él ſobrino de Enrique, ella ſobrina,
Él varon, ella hembra, él Rey temido,
Mayor de edad, y de mayor nacido.

Arento al fuero, á la coſtumbre, al hecho,
Y otras muchas razones que juntaron
Con recto, juſto, igüal y ſano pecho
Sin discrepar conformes declararon
Ser Don Phelipe ſuceſor derecho,
Y el Reyno por la ley le adjudicaron
Con tierras, mares, títulos y Eſtados
Baxo de la corona conquiſtados.

Viſta pues Don Phelipe la juſticia
Por tan baſtantes hombres declarada,
Soſpechoſo del odio y la malicia
De la plebeya gente libertada,
Y la intrínſeca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraygada,
Quiſo tentar en eſtas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoſo celo deſeando
El bien del Reyno y público ſoſiego,
En la mente perplexa iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun deſaſoſiego,
Que ya con libertad ſin corregirſe
Comenzaba en el pueblo á deſcubrirſe.

Para lo qual fue dél luego elegido
Don Chriſtoval de Mora en quien habia
Tantas y tales partes conocido,
Quales el gran negocio requeria,
De iluſtre ſangre en Portugal nacido,
De quien como vaſallo el Rey podria
Con ánimo ſeguro y eſperanza
Hacer tambien la misma confianza.

Y enterarſe del celo y ſano intento
Tantas veces por él repreſentado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De ſu cauſa y derecho declarado,
No traído por término violento,
Ni deſeo de reynar deſordenado,
Mas por rigor de la juſticia pura
Por ley, razon, por fuero, y por natura.

Aſíque eſto por él reconocido,
Como de Rey tan juſto ſe eſperaba,
Miráſe el gran peligro en que metido
El patrio Reyno y chriſtiandad eſtaba:
Y tuvieſe por bien, fueſe ſervido
De ſoſegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por ſucceſor derecha y juſtamente

Con que en el ſuelto pueblo ceſaria
El tumulto y eſcándalos eſtraños,
Y ſu declaracion atajaria
Grandes inſultos y eſperados daños:
Haciendo que en la forma que ſolia
Para deſpues de ſus felices años
El Reyno le juráſe ſegun fuero
Por legítimo Príncipe heredero.

Hecha por Don Chriſtoval la embaxada,
Y de Phelipe la intencion propueſta,
Tibiamente de Enrique fue escuchada,
Dando una ambigua y frívola reſpueſta:
Que por mas que le fué repreſentada
La juſticia del Rey tan manifieſta,
Procuraba con cauſas eſcuſarſe
Sin querella aclarar, ni declararſe.

Viſto pues dilatar el cumplimiento
De negocio tan arduo e importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante:
Don Phelipe embió con nuevo aſiento
Largo poder y comiſion baſtante
Para ſacar reſolucion alguna
A Don Pedro Giron Duque de Oſuna.

Y al docto Guardiola juntamente
Porque con mas inſtancia y diligencia,
Viſta de la tardanza el daño urgente
Contra la paz comun y convenencia,
Dieſen claro á entender quan conveniente
Era en tan gran diſcordia y diferencia
Que el Rey ſe declaráſe por decreto
Cortando á mil deſignios el ſujeto.

Y porque coſa alguna no quedáſe
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega paſion no perturbáſe
El ſoſiego y quietud de los Eſtados,
Antes que el odio antiguo rebentaſe,
Dos eminentes hombres ſeñalados
De los que en ſu Real Conſejo habia
Ultimamente á Don Enrique embia.

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, eſtudio y diſciplina
Era de grande prueba y experiencia,
De claro juicio y ſingular dotrina:
El otro de no menos ſuficiencia
Famoſo en letras el doctor Molina,
Ambos varones raros eſcogidos,
En gran figura y opinion tenidos.

Para que Enrique de ellos informado,
Y de todas las dudas satisfecho,
A las Cortes que ya se habian juntado
Informasen tambien de su derecho:
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le reduxesen.

Y aunque entendiese el viejo Rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la expresa ley derechamente
El reyno á su sobrino le venia;
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
A fin que aquellos súbditos y Estados
Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo Rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso
Del Autor de la vida estatuido:
Por donde al sucesor le fue forzoso
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines malicia
Las armas, y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas, y partidos:
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta
Al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del Portugues y Castellano vando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Exemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumáz inimicicia,
Liberal y magnánima largueza,
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros mariçes vivos y colores
Que fácilis harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren
vena,
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Phelipe les dá materia llena,
Y un campo abierto, fértil y espacioso:
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale mas que el trabajo infructuoso,
Trabajo infructuoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Quántas tierras corrí, quántas naciones
Acia el helado norte atravesando,
Y en las baxas Antárticas regiones
El Antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos innavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la Austral frígida Zona.

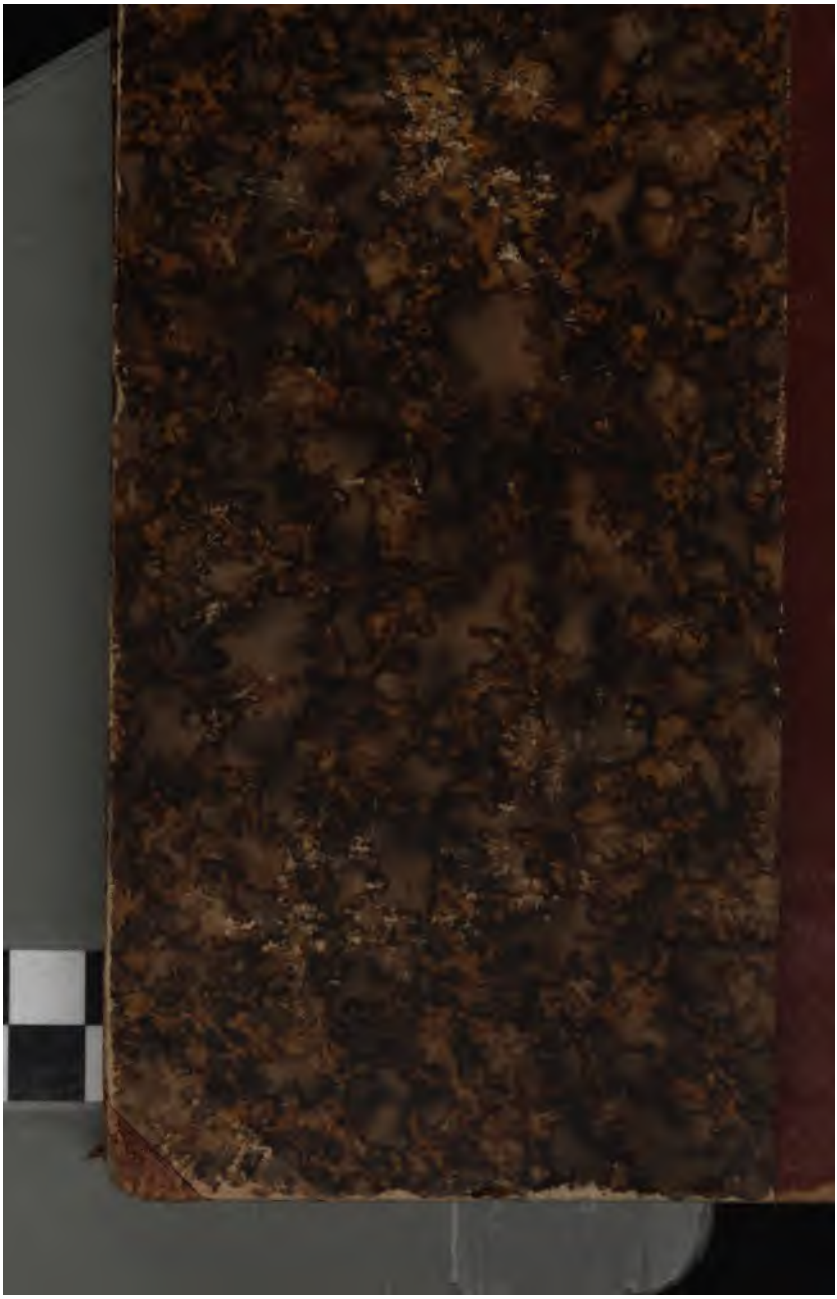
¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
Habeis hecho que dexe de seguiros,
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra
Quando el Reyno por Rey vino á pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Piru me llevó por mas serviros,
Dó con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desembaynadas.

Y el rebelde Indiano castigado,
Y el Reyno á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Aurauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido,
Y con prolixa guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dexo por no cansaros y ser mios
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores, y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances, y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.

Ni digo como alfin por accidente
Del mozo Capitan acelerado
Fui sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente
Dó estuve tan sin culpa molestado
Ni mil otras miserias de otra suerte
De comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad nunca cansada
Está para serviros hoy mas viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome prohejar siempre agua arriba:
Y al cabo de tan larga y gran jornada
Hállo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lexos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfia
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán alfin que por derecha via
La carrera dificil he corrido:
Y aunque mas ínste la desdicha mia
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sinó en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande inúmerable suma
De vuestros hechos, y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz, y otros acentos.